MAR ÁLVAREZ



No te enamores en la biblioteca



CONTENTS

ASÍ COMENZÓ TODO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Epílogo
otros libros de la autora
Sobre la Autora

No te enamores en la biblioteca

Mar Álvarez



Derechos de autor Derechos de autor © 2025 Mar Álvarez
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN: 9798306995823

ASÍ COMENZÓ TODO

Antes de comenzar esta novela, quisiera darte las gracias por darle una oportunidad a estas cuatro chicas, cuyos nombres he pedido prestado a mis mejores amigas.

La verdadera amistad tiene el poder de transformar un día gris en uno lleno de luz. Una reunión con amigas, esas que siempre están cuando más las necesitas, te recuerda que no importa lo que pase, ellas estarán ahí para apoyarte, escuchar y compartir sonrisas que sanan el alma.

Dicho esto, te quiero regalar este brevísimo relato (aunque es posible que ya lo tengas) donde os presento a las cuatro protagonistas que conforman la serie *No te enamores en otoño*.

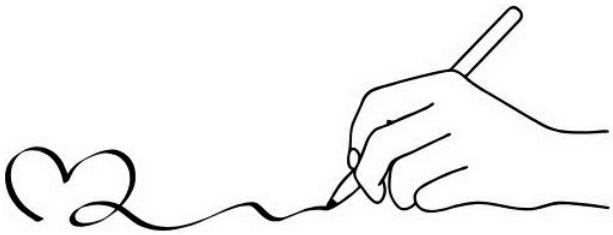
Espero que os guste y, de nuevo, muchas gracias por estar ahí.





CAPÍTULO 1

Sueños no cumplidos



MARILUZ

Las luces de la biblioteca parpadean ligeramente, como si el edificio compartiera mi indecisión. Me detengo frente a los estantes de novela romántica, donde acaricio los lomos de los libros con las yemas de mis dedos, permitiéndome un momento de fantasía. Este es, sin duda, mi lugar preferido: mi refugio, mi pequeño rincón donde el mundo parece estar en pausa. Y, sin embargo, incluso aquí, no puedo evitar el murmullo persistente de mi propia desilusión.

Sé lo que todos opinan de mí: soy la simpática Mariluz, una de las trabajadoras de la Biblioteca Provincial de Cádiz, que recomienda libros a diestro y siniestro a aquellos lectores que no terminan de decidirse por uno en concreto. No es que yo me los haya leído todos, ni mucho menos, pero conozco la mayoría de los que pueblan las estanterías que me rodean. Sobre todo, si son de romántica.

En cambio, lo que yo veo reflejado en el vidrio del mostrador donde me siento cada mañana no es esa imagen. Al mirarme solo siento que estoy en un lugar donde pasan desapercibidos mis sueños, acorde con mi frustrante sensación de querer y no poder.

Porque, aunque nadie lo sepa (a excepción de mis mejores amigas), mi más ansiado anhelo es convertirme en escritora. Una autora de novelas románticas, de esas que hacen suspirar a la gente en los trenes y llorar en las cafeterías. Bueno, quizás no algo tan exagerado, que así dicho suena un poco melodramático. Pero sí de las que consiguen arrancarte una sonrisa cuando identificas a un personaje con tu amiga loca que es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir que tú seas feliz. Las que te encogen el corazón cuando el amor entre los protagonistas se vuelve imposible. Las que te hacen desear tener una pareja que te haga sentir que puedes ser el centro del universo para otra persona que no sea tu madre. Y, sobre todo, las que te arranquen un suspiro de satisfacción cuando llegas al ansiado final feliz.

Tengo historias dentro de mí, tantas, que a veces siento que me ahogan. Pero

escribirlas… publicarlas, eso ya es otra cosa. Cada vez que abro un archivo en blanco, me lleno de dudas. Me digo que lo que he escrito no es suficiente, que nadie va a querer leer mis relatos. Así que, como siempre, acabo por cerrarlas y las dejo acumulando polvo en el rincón más oscuro de mi ordenador.

Me muerdo el labio inferior, tratando de sacudirme el malestar. Hoy debería ser un día de emociones positivas. Estoy ultimando los detalles de algo que para mí es muy importante: el taller de escritura más ambicioso que he gestionado en años. Y lo mejor de todo es que será impartido por Gael Fuentes. Es que… ¡Todavía no puedo creer que haya dicho que sí!

Siento como un cosquilleo de nerviosismo y expectación recorre mi estómago cada vez que pronuncio ese nombre: Gael, mi autor favorito de novela romántica. Resulta extraño que siendo un género en el que los autores son mayoritariamente mujeres, este hombre se haya abierto paso de una manera triunfal en el mercado y que casi todo lo que publique lo convierta en número uno de ventas a las primeras de cambio.

Son incontables las veces que me ha hecho llorar y reír a través de sus páginas. Es de los pocos escritores que me ha emocionado hasta lo indecible… de la misma manera que espero y deseo conseguir alguna vez a través de mis manuscritos.

Todo surgió de una idea loca, un impulso repentino que tuve hace unos meses, cuando leí en su página web que estaba ofreciendo algunos talleres online. En ese momento pensé, *"¿y por qué no?"*, así que le mandé un correo. Nunca imaginé que respondería. Pero lo hizo. Y en las comunicaciones que siguieron, ya vía telefónica, se mostró no solo encantador, sino genuinamente interesado por el proyecto que le proponía. A pesar de la imagen de escritor reservado que proyecta en sus entrevistas, conmigo siempre se ha mostrado cercano y amable, Y así, sin darme cuenta, todo se fue cociendo a fuego lento...

—¿Mariluz? ¿Estás escuchándome?

Parpadeo y vuelvo al presente. Marta, mi compañera de trabajo y amiga, me mira con una mezcla de paciencia y diversión.

—Perdona —murmuro, quitando la mano del estante de libros como si me hubiera sorprendido haciendo algo indebido. Me ajusto las gafas sobre el puente nasal y me centro en los ejemplares que me pasa para recolocarlos en su lugar.

—Estabas otra vez en tu mundo, ¿verdad? —. Me sonríe mientras sigue organizando los libros en el carrito que nos sirve para moverlos por los pasillos—. Llevo quince minutos hablándote y tengo la impresión de haber estado haciéndolo con la pared. No has dicho ni una palabra.

Me sonrojo un poco, porque ciertamente, no le estaba prestando ninguna atención.

—Estaba pensando en lo que se nos viene encima. ¿Te imaginas? Gael Fuentes aquí, en persona, en nuestra biblioteca —le contesto, excusando mi ensimismamiento—. Es… surrealista. Aún no me puedo creer que haya aceptado el trabajo y, además, para llevarlo a cabo de manera presencial.

—Es increíble, la verdad. Todavía me cuesta creer que un escritor de su caché esté dispuesto a pasar dos meses lejos de su casa para impartir un taller con el presupuesto tan limitado que tenemos. No sé qué cuento le habrás vendido para convencerlo, pero hay que admitir que te lo has debido montar muy bien —reconoce Marta.

—Bueno, solo me limité a sondearlo, y le expuse lo emocionante que sería para nosotras

que fuera él y no otro, la persona encargada de llevarlo a cabo. Quizás me dejé llevar por mi impetuosidad porque ya sabes cuánto lo admiro, y a lo mejor fue ese entusiasmo el que lo conmovió y lo empujó a aceptar nuestra propuesta. Sea como fuere, en unos días lo tendremos aquí y espero que todo esté a la altura de sus expectativas. Me preocupa habérselo puesto todo muy bonito y que después se lleve un chasco.

Marta se apoya sobre el carro de libros y mueve la cabeza de lado a lado repetidas veces.

—Tranquilízate, mujer. Lo tienes todo bajo control. El cupo de alumnos, aunque fuera reducido, se llenó a los dos días de hacer público el cartel que anunciaba el taller.

—Ya, pero no sería la primera vez que organizamos algo así, el listado de alumnos se llena, y después son tres gatos los que se presentan y solo uno, el que muestra interés de verdad.

—Es lo que tiene que sean cursos gratuitos, financiados exclusivamente por la Biblioteca. Sin embargo, cuando a la gente le duele el bolsillo, otro gallo canta. Pero así son las cosas —reconoce con un encogimiento de hombros.

—¿Y si resulta un fiasco? ¿Y si todo lo que le he dicho acerca del interés que su taller había suscitado no se cumple? ¿Cómo queda la biblioteca? ¿Cómo quedo yo?

—A ver, relájate un poco que tu galopante imaginación ya empieza a desbocarse. Para empezar, jamás hemos tenido un taller impartido por un escritor tan prestigioso como lo es Gael Fuentes. ¿Me equivoco?

—No…

—Por lo general, en los cursos de este tipo que hemos organizado en el pasado, el cupo tardaba en llenarse dos meses. Y este, ¿cuánto ha tardado? ¿dos días?

—Uno y medio, para ser exactos.

—Y aun suponiendo que no asistan los 10 alumnos que se han inscrito, me juego el cuello a que va a haber una que no se va a perder ni una de las clases, así llueva, truene o ventee. ¿Me equivoco? —Esa referencia va dirigida a mí, que he sido la primera en apuntarme al taller. Vamos, es que esta oportunidad no pienso desperdiciarla ni loca—. Así que, relájate de una vez, mujer.

Marta vuelve a centrarse en los libros que tiene pendiente de ordenar, y no se percata de mi ceño fruncido.

En efecto, yo soy una de las participantes en el taller y eso me entusiasma y me asusta a partes iguales. Se supone que durante los dos meses que dura, los participantes escribiremos un relato de entre cincuenta y setenta mil palabras, que él irá tutelando personalmente.

Pero, ¿y si no le gusta? ¿y si soy un desastre como escritora? ¿y si me dice que no pierda el tiempo en perseguir mis sueños? Aspiro el aire que me rodea hasta llenar mis pulmones y lo dejo escapar lentamente. Dios, ¡cómo me agobia el fracaso!

Ojalá fuera como él…, me digo a mí misma mientras acaricio el lomo de uno de los ejemplares de Gael que tenemos en la biblioteca. Abro la portada y leo la primera línea, como si necesitara recordarme por qué lo admiro tanto.

“El amor no es algo que uno elige, sino algo que te elige a ti, y cuando lo hace, no puedes escapar de sus garras.”

Esas palabras me llegaron al alma cuando las leí por primera vez. El libro en el que están escritas es uno de mis favoritos, y a menudo pienso que es la razón por la que me atreví a soñar

con escribir algo propio. Pero mi miedo al fracaso siempre ha sido más fuerte que mis ganas de intentarlo. Tal vez, solo tal vez, este taller sea la oportunidad que necesito para cambiar eso.

El teléfono en la recepción suena, rompiendo el silencio de mis pensamientos. Marta se acerca al mostrador para cogerlo y en cuestión de segundos me llama para que me acerque. Me dirige una mirada que me paraliza, porque sé leer en sus ojos.

—Mariluz, es para ti.

Mi corazón da un vuelco.

Tomo el teléfono con manos ligeramente temblorosas.

—¿Diga?

—Hola, Luz. —La voz al otro lado de la línea es inconfundible. Suave, grave, con ese toque cálido que me resulta tan familiar por haberlo escuchado en entrevistas, podcasts y llamadas telefónicas. Además, es el único que no me llama por mi nombre completo como hacen todos mis conocidos.

Trato de controlar el temblor en mi voz.

—¡Gael! Hola, qué sorpresa. ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Solo quería confirmarte que llego a la ciudad el lunes por la tarde. Quería asegurarme de que todo sigue según lo planeado.

Siento una mezcla de alivio y emoción.

—Sí, todo marcha correctamente. Estamos preparados para recibirte.

—Genial. Estoy deseando empezar. Gracias de nuevo por organizar todo este tinglado. Sé que no es fácil.

—Soy yo quien debe darte las gracias. Te aseguro que tenerte aquí es para mí, para nosotros, un verdadero honor —afirmo con sinceridad—. Estoy segura de que este taller será todo un éxito.

—Eso espero —responde él con una ligera risa—. Nos vemos entonces la semana que viene, Luz.

Cuelgo el teléfono y siento que mis piernas apenas me sostienen. Marta me mira con curiosidad, pero no digo nada. Simplemente me dejo caer en la silla detrás del mostrador y respiro hondo.

Gael va a estar aquí. En unos días.

Me giro hacia mi ordenador y abro el archivo donde tengo el material del taller: la lista de inscritos, los horarios, los temas que se van a tratar según las pautas por él marcadas. Todo está listo. Todo excepto yo.

Me inclino hacia atrás en mi asiento, observando el techo de la biblioteca. ¿Qué voy a hacer cuando lo tenga frente a mí? ¿Qué voy a decirle? Él es un escritor con experiencia, alguien a quien he admirado durante años, y yo soy solo… yo.

—Marta— la llamo en voz baja.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que estoy preparada para esto?

Ella me mira fijamente durante un largo segundo antes de responder.

—Mariluz, siempre lo has estado. Lo que pasa es que nunca te has permitido creértelo.

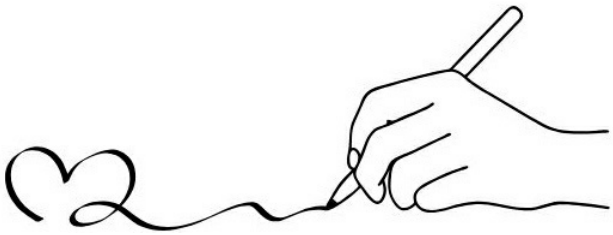
Dejo que sus palabras se asienten en mi mente. Tal vez tenga razón. Tal vez este taller sea más que la simple oportunidad de estar cerca de mi autor favorito. Tal vez sea la manera de demostrarme a mí misma que puedo hacerlo, que soy capaz de enfrentarme a mis miedos y, quién sabe, incluso de escribir mi propia historia.

No sé si estoy lista, pero sí sé que no puedo dejar pasar esta oportunidad.



CAPÍTULO 2

Primer Encuentro



MARILUZ

El sonido de mis tacones resuena en el suelo enlosado de la estación de tren. Cada paso más inseguro que el anterior. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Solo se trata de Gael, alguien que desde que empezó a hablar conmigo, se mostró cercano y accesible. Alguien que se va a convertir en un compañero y mentor durante los próximos dos meses. Nada más.

¡*Y nada menos*! —me corrijo mentalmente.

Extiendo las manos ante mis ojos y observo que tiemblan ligeramente. ¡Qué ridícula me siento! Más pareciera una quinceañera que una mujer de cuarenta y un años recién cumplidos. Así que aprieto fuerte los puños, levanto la cabeza, y sigo avanzando hasta el límite que separa la estación de los andenes.

Conocedora de mi nerviosismo, Marta se ofreció esta mañana a recogerlo en mi lugar, pero entendiendo que, si he sido yo quien ha organizado el taller, es mi responsabilidad darle la bienvenida. Aunque la verdad es que me agrada la idea de ser la primera en verlo. Quiero sentir esa emoción en carne viva, la misma que sus personajes sienten cuando se enfrentan a algo nuevo y desconocido. Solo que, en mi caso, no es una aventura épica o un romance de película. Es un simple autor. O, al menos, así es como debo verlo.

Un anuncio por los altavoces me saca de mis pensamientos. El tren que espero ha llegado. Mi corazón salta, y de nuevo, me siento como una tonta. ¿Es posible que esté actuando como una adolescente?, vuelvo a preguntarme en silencio. El hormigueo en mi estómago y el nudo que aprisiona mi garganta sugieren que sí.

Desde mi posición, observo cómo las puertas de los vagones del convoy se abren con un chasquido. El flujo de personas comienza a descender, cada una inmersa en su propio mundo, con sus maletas arrastrándose detrás. Intento distinguir su figura entre la multitud, pero no consigo verlo. El pulso se me acelera, y empiezo a imaginar escenarios catastróficos: ¿y si no ha

venido? ¿Y si cambió de opinión a última hora y no se molestó en decírmelo? ¿Y si…?

Mierda... Estoy peor que mi madre, que siempre se pone a inventar los desastres más universales posibles si me paso dos días sin llamarla. Supongo que de ella me viene el tener una imaginación tan prolífera.

—¿Luz?

Me giro como respuesta, y allí está él.

Gael.

No sé por qué me sorprendo. He visto sus fotos innumerables veces. Reconozco el corte ligeramente desordenado de su cabello oscuro, los ojos que parecen estar siempre al acecho de algo más allá de lo evidente. Lleva una chaqueta fina que cuelga de su cuerpo con una naturalidad que me hace pensar que acaba de salir de una película. Y, sin embargo, lo que más me impacta es que parece... real. Más real de lo que imaginé.

Desde luego, las fotos de las contraportadas de sus libros poco favor le hacen a su imagen. Menudo hombre tengo delante de mí. Espero que mi mandíbula siga en su sitio y no se haya ido por peteneras, dejándome en ridículo.

—Hola, Gael. —Mi voz suena un poco más aguda de lo que me gustaría, pero él no parece notarlo. Por cierto, ¿cómo me ha reconocido si tan solo hemos hablado por correo electrónico o por teléfono?

En apenas dos segundos, me recorre de arriba abajo con la mirada, pero son suficientes para arrancarle una sonrisa que no consigo descifrar. Seguramente sea mi imaginación, pero tengo la sensación de que, en ese brevísimo lapso, me acaba de radiografiar. Me recoloco la montura de las gafas sobre la nariz y le sonrío.

—¡Por fin estás aquí! Es un placer que hayas venido.

—El placer es todo mío, te lo aseguro. —La sonrisa que me devuelve es cálida; su voz, sensual.

¿Sensual? ¡Déjate de tonterías, Mariluz! —Me reprendo a mí misma

Me estudia un segundo más, y luego su mirada se desliza hacia su maleta, que coloca tras de sí, para empezar la marcha al exterior.

—Gracias por venir a recogerme. Es todo un detalle.

—Faltaría más. —Respiro hondo, en busca de la compostura que por un momento creo perdida—. Es lo mínimo que podía hacer. Además, quería asegurarme de que llegabas bien. Y, bueno, darte la bienvenida a nuestra ciudad.

Él asiente y me pregunto si lo que acabo de decir suena demasiado formal. Sin embargo, no hay rastro de incomodidad en su rostro. Al contrario, parece relajado, como si estuviera acostumbrado a este tipo de situaciones.

¡Claro que lo está!, me recuerdo. Ha viajado por todo el país haciendo lecturas y presentaciones, ha conocido a cientos, quizá miles, de personas como yo.

Embocamos la salida de la estación, tratando de no pensar demasiado en lo que digo o cómo me comporto. Solo quiero que todo salga bien. Tengo la sensación de que este momento es el principio de algo importante, aunque todavía no sé por qué.

—Esta ciudad es una maravilla —dice mirando a su alrededor cuando finalmente salimos

a la calle—. Siempre me ha gustado la *Luz* que tiene.

De nuevo, un hormigueo extraño me recorre la boca del estómago. Lo miro y no sé identificar si esa última frase va con segundas intenciones o no.

¡Quieres dejar de fantasear de una vez, mentecata!" —me regaño una vez más.

Miro a mi alrededor y me sobrecoge la belleza de la luz del atardecer cubriendo la ciudad con un tono dorado. No me cabe duda de que sus palabras están inspiradas por los reflejos del astro rey destelleando sobre el mar que tenemos frente a nosotros y que conforma el muelle principal de la ciudad.

—Lo es —murmuro, y al girar mi rostro hacia él, advierto cómo los rayos del sol destacan los matices de sus facciones—. Siempre me ha gustado la tranquilidad que se respira aquí. Es diferente al bullicio de las grandes ciudades.

—Exactamente lo que necesito —dice con una sonrisa que me deja sin aliento por un segundo—. Después de tantos viajes y estrés, estar aquí será un descanso bienvenido.

—¿Habías estado en Cádiz anteriormente?

—Sí, varias veces, pero nunca para una estancia larga. He venido a alguna presentación que otra, aunque no me he quedado más de un par de días como mucho.

—Pues ya verás como le cojas el gusto a esto. Cádiz, y no me refiero solo a la capital, tiene muchos encantos que mostrar.

De repente se detiene y me mira con esos grandes ojos negros que me provoca un escalofrío.

—¿Y tú estarías dispuesta a enseñarme esos encantos?

Trago saliva.

—¿Los de la provincia? —No quiero parecer nerviosa, pero la pregunta se me escapa de los labios sin poder controlar un leve temblor en la voz.

Gael se ríe antes de contestar.

—Por supuesto. ¿Cuáles si no?

Le devuelvo una sonrisa poco natural y trato de dirigir la conversación a aguas más calmas, donde yo sé que me puedo desenvolver con tranquilidad.

—La biblioteca donde impartirás el taller queda muy cerca de aquí. Es lo bueno que tiene Cádiz que, al no ser una ciudad excesivamente grande, todo queda a tiro de piedra.

Gael asiente y guarda silencio durante unos instantes. Trato de no mirar su rostro con demasiada fijeza, pero la atracción es muy tentadora. Las líneas de expresión que surcan sus mejillas y frente son más profundas en persona, y me pregunto cuántas historias esconden.

—Me gustaría verla —me suelta de repente.

—¿El qué? ¿Te refieres a la biblioteca? ¿Ahora? —su petición me pilla por sorpresa.

Había pensado que, tras varias horas de viaje, lo que más le apetecería sería descansar un rato y soltar sus pertenencias en el hotel que le he buscado.

—Si fuera posible…

—Claro, claro. Pero en ese caso, tendremos que ir con las maletas. La biblioteca cierra a las nueve, y si no nos damos prisa, no llegaremos a tiempo.

—Pensaba que tú podrías entrar y salir cuando quisieras. ¿No se supone que trabajas allí?

—Bueno, obviamente no me rijo por los mismos horarios que los del público en general, pero tampoco voy a hacer que mis compañeros cierren más tarde por mi culpa.

—Por supuesto. En tal caso, démonos prisa, a ver si llegamos… Siempre y cuando, no suponga una molestia para nadie —me interpela.

—No te preocupes. Está aquí al lado y nos pilla de paso —lo tranquilizo.

Finalmente, después de un corto trayecto, llegamos a la biblioteca, mi territorio. Abro la puerta y, al entrar, el aire familiar, con ese característico olor a papel y café, me envuelve. Gael sigue mis pasos con curiosidad, su mirada explorando cada rincón del lugar.

—Es... acogedora —comenta mientras se detiene un segundo en la entrada.

—Bueno, no es una maravilla de edificio. Y desde luego, tampoco es que sea algo gigantesco. Pero bajo mi punto de vista, tiene carácter. Será que, como todos los de aquí somos un poco frikis de los libros, el ambiente que se respira en ella nos resulta de lo más agradable.

Él ríe suavemente, y me encuentro sonriendo como una tonta.

—Me gusta eso. Los frikis de los libros suelen ser los mejores tipos de personas con los que me he cruzado —afirma con complicidad.

Siento cómo el calor me colorea las mejillas, pero trato de mantener la compostura.

—¿Te gustaría visitar el lugar donde se llevará a cabo el taller? Lo tengo todo preparado en una de las salas de lectura de la planta superior.

—Por supuesto. Me encantaría verla.

Guío a Gael hacia las escaleras que nos llevan a la sala que he dispuesto con tanto esmero. No puedo evitar sentirme como una niña enseñándole su castillo de arena a un adulto, esperando su aprobación.

La sala de lectura está impecable, con las mesas ya dispuestas, un proyector en un rincón y una pizarra que, de alguna manera, ahora me parece demasiado pequeña para alguien de su enjundia. Sin embargo, Gael no parece notar los pequeños detalles que me han estado preocupando durante semanas.

—Está perfecto, Luz —dice, mientras pasea la vista por la estancia—. Me agrada que no sea nada extravagante. Esto es justo lo que tenía en mente.

Mi corazón se hincha de alivio.

—Me alegra que te guste. Estoy segura de que a los participantes también les encantará.

Me siento más relajada, pero al mismo tiempo, el nerviosismo sigue presente. No sé si es porque todavía no me creo que él esté aquí, en mi biblioteca, o si es porque todo parece ir demasiado bien. Como si en cualquier momento algo fuera a torcerse.

Gael me observa durante un segundo más, y luego su sonrisa se suaviza.

—Has hecho un gran trabajo organizando esto. Sé que te lo he dicho antes, pero de verdad lo aprecio.

—Gracias —susurro, sin saber muy bien qué más decir. No estoy demasiado acostumbrada a recibir elogios de desconocidos y no sé cómo actuar ante ellos.

Me acerco a una de las mesas, frotando la superficie pulida con la mano, como si buscara

algo que hacer para calmarme.

—Todavía no puedo creer que hayas aceptado venir. Si te soy sincera, cuando te escribí, no esperaba que respondieras siquiera.

Gael se deja caer sobre otra de las mesas, cruzando las piernas por delante y apoyando sus manos sobre el tablero. La luz del ocaso que entra por una de las ventanas le otorga un halo especial, como si fuera una persona inalcanzable.

—Para ser sincero yo también, no recibo muchas propuestas así. O al menos, no como la tuya.

—¿Cómo la mía? —pregunto, extrañada.

Él ladea la cabeza y curva sus labios hacia arriba —Dios, que no me sonría de nuevo que me está matando—. Esta vez hay algo más detrás de sus ojos, una especie de cansancio o vulnerabilidad que no había visto antes.

—Lo que quiero decir es que tu propuesta sonaba auténtica. No era solo otra biblioteca buscando un nombre famoso para atraer más público. Sentí que realmente querías que la gente aprendiera, que se inspirara en la escritura.

Me quedo en silencio asimilando sus palabras. ¿Auténtica? Nunca lo había pensado desde ese punto de vista. En cualquier caso, siento que su afirmación me conmueve.

—Gracias —repito sin estar segura de qué más añadir. Ni que me hubiera comido la lenga el gato—. Eso significa mucho para mí.

Me mira unos segundos más, y luego se incorpora de la mesa.

—Bueno, creo que será mejor que me retire por hoy. El viaje fue largo, y quiero estar fresco para mañana.

—Por supuesto —respondo rápidamente, volviendo a la realidad—. Te acompañaré al hotel.

Caminamos juntos hasta la puerta de la biblioteca, y cuando estamos a punto de salir, le lanzo una pregunta que me lleva carcomiendo desde que nos encontramos en la estación.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —lo inquiero antes de alcanzar la calle de camino al hotel Las Cortes.

—Por supuesto.

—¿Cómo supiste que era yo? Quiero decir… cuando te bajaste del tren.

—Busqué tu perfil en Instagram —reconoce con naturalidad.

Lo miro, pero él no parece inmutarse.

—¿En serio?

Ahora sí, me devuelve la mirada y se ríe.

—Pero me costó dar con una foto tuya. Me da la impresión que no te gusta mostrarte. Además, se te olvida que soy escritor, lo cual significa, que soy curioso por naturaleza… —me explica, como si con eso todo estuviera dicho.

Supongo que lleva razón. Pero reconozco que un cosquilleo me recorre las entrañas al pensar que ha dedicado parte de su valioso tiempo a buscarme a mí, una simple bibliotecaria.

Cuando nos despedimos, una vez llegados a nuestro destino, siento un nudo en el

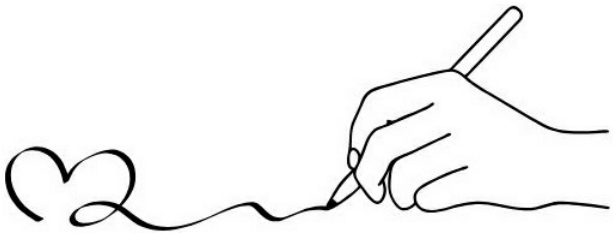
estómago. No sé por qué, pero algo me dice que este taller no será como esperaba. No puedo decidir si eso me emociona o me aterra. Por un instante, tengo la sensación de que la distancia entre mis sueños y la realidad nunca había sido tan corta.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de cruzar el puente que las separa.



CAPÍTULO 3

El Taller



MARILUZ

La luz de la tarde entra a raudales por los ventanales de la sala de lectura, y el murmullo de los diez participantes del taller llena el espacio con un entusiasmo palpable. Estoy sentada en una de las sillas, mis manos descansando sobre la libreta de notas que he traído conmigo. No soy la única que ha llegado temprano, pero tengo la impresión de que sí que soy la más nerviosa. Mis dedos juegan con el bolígrafo, moviéndolo de un lado a otro en un ritmo inquieto. La expectativa me está carcomiendo por dentro.

Hoy es el primer día del taller. El día en que Gael va a comenzar a compartir su sabiduría literaria con nosotros. Siento una mezcla de emoción y presión, porque quiero hacerlo bien. Aprovechar cada consejo, cada palabra suya, y, por supuesto, impresionarlo. No solo como organizadora del evento en cuestión, sino también como escritora.

Nuestro profesor entra en la sala con una energía que, de alguna manera, logra ser tranquila y poderosa al mismo tiempo. Lleva una camisa azul claro, arremangada hasta los codos, y sus pasos son seguros, pero no arrogantes. Se detiene frente a nosotros, con su cuaderno en la mano, y observa la sala durante unos segundos, como si quisiera absorber todo cuanto lo rodea. Su presencia llena la habitación de inmediato, y el murmullo cesa.

Hay una ligera sonrisa en su rostro, la expresión de alguien que está disfrutando del ambiente creativo que se está generando. Jugueteo con mi libreta esperando que su atención finalmente recaiga sobre mí.

Cuando me ve noto que su sonrisa titubea por un breve instante. Sus cejas se alzan y parece sorprendido. Sin parecer importarle que la atención de los otros nueve compañeros esté centrada en él, se dirige hacia mi mesa con pasos lentos, manteniendo esa expresión curiosa en su rostro. Al llegar junto a mí, se agacha un poco, lo justo para poder hablarme en voz baja sin que nadie más oiga nuestra conversación.

—No sabía que fueras una alumna del taller… ¿Por qué no me lo dijiste anoche?

Me doy cuenta de que mis manos están temblando ligeramente, pero consigo forzar una sonrisa.

— Sí... bueno, no creí que fuera algo digno de mencionar.

La sonrisa de Gael se acentúa y una calidez inusitada recorre mis venas.

—Para mí, sí. En cualquier caso, me resulta una sorpresa muy, pero que muy agradable.

Siento un ligero rubor en las mejillas. En nuestra breve interacción de ayer, me había comportado más como la organizadora del curso que como alguien que realmente buscaba aprender de él.

—Supongo que... bueno, me dio corte.

Los ojos de Gael recorren los míos, como si estuviera decodificando algo en mi simplona afirmación. Por un instante, me doy cuenta que su mirada se detiene en mis labios, para posarlos con rapidez de nuevos en mis iris. A continuación, asiente lentamente.

No tengo ni idea de qué va este hombre, pero como no cambie esa actitud, mi imaginación se va a desbocar y no creo que eso sea conveniente para mi salud mental.

—Todos tenemos miedos cuando se trata de escribir, Luz. Lo importante es enfrentarlos. Y eso es lo que haremos aquí.

Me quedo en silencio, agradecida de que su comentario vaya por derroteros muy diferentes a por los que vuela mi mente. Gael se incorpora y, con una última mirada, me dice:

—Estoy deseando ver lo que tienes para compartir.

Antes de que pueda responder, él se gira y vuelve al frente de la sala, retomando el ritmo de la clase.

—Buenos días a todos —dice con esa voz grave y cálida que ya he empezado a reconocer —. Gracias por estar aquí. Estoy realmente emocionado por lo que vamos a crear juntos en estas próximas semanas.

El corazón me late con fuerza al escucharlo, y me pregunto si los demás pueden oírlo.

—El objetivo de este taller —continúa— no es solo que aprendáis a escribir mejor, sino que consigáis expresar lo que realmente lleváis dentro. Eso es lo que importa en la escritura: lo que sentimos, lo que vivimos, lo que nos define.

Las palabras resuenan en mí de una manera inesperada. Siento que me habla directamente, como si supiera con exactitud cuáles son mis inseguridades. ¿Será posible que ya haya notado algo en mí? Hay algo en él que me hace sentir vista, aunque apenas hayamos interactuado más allá de unas cuantas frases.

Gael sigue hablando, explicando el formato del taller y lo que espera de nosotros. Su tono es firme, pero también accesible, como si de verdad creyera en el potencial de cada uno de sus alumnos. Cuando termina de dar las pautas, nos mira con una sonrisa que parece hecha para tranquilizarnos.

—Vamos a tomar el día de hoy como una primera toma de contacto. Quiero que escribáis algo ahora mismo. No os preocupéis por la perfección. Si está mejor o peor. El objetivo es soltaros, explorar vuestros pensamientos y emociones. Todo lo que necesitáis ahora es dejar que las palabras fluyan. Escribid sobre lo que queráis, lo que os inspire en este momento. Tened la libertad de explorar lo que sentís o lo que queréis compartir.

Mi estómago se encoge al escucharlo. Escribir sin pensar, dice. Dejar que las palabras afloren sin más. Siempre he sido una escritora estructurada, una que necesita tener todo planeado antes de poner una sola palabra sobre el papel. Pero ahora mismo, bajo la mirada de Gael, eso parece imposible. Me siento vulnerable, expuesta. Y, al mismo tiempo, ansiosa por aceptar el reto.

Abro mi libreta y me obligo a respirar profundamente. Su propuesta sobre la importancia de escribir lo que llevamos dentro sigue resonando en mi cabeza. Algo en mi interior sabe exactamente de lo que quiero escribir, pero no estoy segura de si debería. Es una historia que llevo tiempo intentando contar, pero que siempre evito por dolorosa. La pérdida de mi hermana fue el momento más triste de mi vida, y nunca he podido ponerlo sobre un papel. Hasta hoy, tal vez.

Miro a mi alrededor. Los demás ya han comenzado a escribir, algunos con gestos rápidos y decididos, otros, como yo, mirando fijamente sus páginas en blanco. Veo a Gael caminando lentamente por la sala, observándonos, pero no siento que nos esté juzgando. Su curiosidad se refleja en sus preciosos ojos oscuros y me pregunto si se molestará en leer lo que escribimos. Es lógico pensar que sí, y eso me aterra.

Comienzo.

Ya va siendo hora de afrontar esta vivencia.

Si quiero convertirme en una escritora de verdad, debo enfrentar mis propios miedos. Cojo el bolígrafo con decisión y empiezo a escribir. Las letras encadenadas salen con más facilidad de la que esperaba, y pronto me encuentro sumida en una especie de trance. Cada frase que escribo parece una liberación, como si estuviera arrancando un peso de mi pecho. Es doloroso, pero al mismo tiempo, catártico.

Escribo sobre mi hermana. Sobre la última vez que la vi, de cómo me despedí de ella en el hospital tras haber sufrido un accidente de tráfico que en un primer momento creímos que no pasaría a mayores, sin saber que sería la última vez que escucharíamos nuestras voces. Describo cómo, después de su muerte, ella vino a mí en sueños para que pudiéramos despedirnos como no había tenido posibilidad de hacerlo. Le dije cuánto la quería y lo mucho que la extrañaba, y recuerdo como si fuera ayer mismo, que ella me besó la frente y me contestó que lo sabía. Aquel trance me brindó paz, pero aún me hace llorar cuando lo recuerdo. Vuelco en este pequeño relato todo el dolor que todavía alberga mi alma, aunque hayan transcurrido doce años desde que la perdí.

Cuando termino, me siento exhausta, como si hubiera vertido una parte de mí misma en ese par de folios. Percibo que una lágrima solitaria recorre mi mejilla y, sin esperarlo, siento la mano de Gael apoyada en mi hombro. Levanto la cabeza y nuestras miradas quedan engarzadas. Me interroga con la mirada, y le sonrío restándole importancia a mi debilidad. Él se limita a asentir como si comprendiera. Sé que lo hace, porque puedo leerlo en sus ojos. Continúa su recorrido a través de las sillas y aprovecho para mirar al resto de mis compañeros. Algunos de ellos también han terminado. Gael se deja caer sobre el tablero de su propio escritorio para observar uno por uno a cada alumno. Al llegar a mí, me descubre observándolo y me sonríe. La conexión entre los dos es innegable, o al menos eso me lo parece a mí. Sea como fuere, me siento orgullosa de lo que acabo de hacer. Con independencia de lo que nadie piense, esta historia es mía, y ya no tengo miedo de contarla.

Después de unos minutos más, Gael se aclara la garganta y se incorpora de nuevo para

colocarse al frente de la clase. Nos pide que dejemos los bolígrafos.

—Bien —dice con una sonrisa—. Ahora, me gustaría que compartiésemos algunos de los relatos. No os sintáis obligados, pero si alguien quiere leer lo que ha escrito, estaré encantado de escuchar.

El silencio se apodera de la estancia, y puedo ver la vacilación en los rostros de mis compañeros. Nadie quiere ser el primero. Yo tampoco, claro. Pero al mismo tiempo, hay una fuerza invisible que me empuja a hablar. Quizás es el hecho de que ya me he abierto tanto al escribir que dar el siguiente paso parece inevitable.

Gael me mira, invitándome, pero sin presionar. Estoy a punto de dar el paso cuando una de las chicas en la esquina levanta la mano tímidamente. Su relato es bonito, una historia romántica sobre dos desconocidos que se encuentran en una librería. Me doy cuenta de que su estilo es muy diferente al mío, más ligero, menos cargado de emociones. Pero eso no lo hace menos válido.

A pesar de haber estado a punto de lanzarme al ruedo, la vergüenza se apodera de mí en el último instante y siento cómo doy un paso atrás.

A continuación, un chico lee algo cómico, una anécdota sobre un malentendido en una cafetería. Todos reímos, incluido nuestro profesor, y por un momento, el ambiente se relaja. Pero entonces, Gael levanta la vista y vuelve a posar sus ojos sobre mí.

—Luz —dice suavemente—, ¿te gustaría compartir tu relato con el resto de la clase?

La atención de todos mis compañeros se vuelca en mí, pero la mirada de Gael es la única que importa. Asiento lentamente, y mis manos tiemblan un poco cuando cojo el cuaderno. Tengo la boca seca, pero sé que no puedo echarme atrás ahora.

Empiezo a leer. Al principio, mi voz es baja, insegura, pero a medida que avanzo, la narración fluye con más facilidad. Siento la mirada de Gael fija en mí, y aunque no me atrevo a levantar los ojos para enfrentarlo, soy consciente de que está escuchando atentamente. Quizá más de lo que esperaba.

Cuando termino, la sala está en silencio. Nadie dice nada, pero no lo necesito. El alivio que siento es suficiente. He dado un paso importante, y aunque estoy temblando, también me siento orgullosa de mí misma.

Gael asiente lentamente, y por un segundo, creo ver algo en sus ojos.

—Gracias por compartir tu relato, Luz —dice con una sinceridad que me desconcierta—. Es un texto muy profundo e intenso. Conmovedor, sin lugar a dudas. Y eso es exactamente lo que buscamos en este taller.

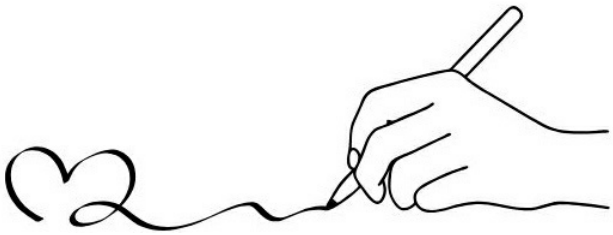
Sus palabras me sobrecogen con más intensidad de lo que esperaba. No me había parado a pensar hasta qué punto su opinión es importante para mí hasta que esa afirmación sale de sus labios. Es como si te acabaran de decir que has ganado un premio en la lotería… pequeño, eso sí; pero no por ello, menos emocionante.

El taller continúa, pero la mirada de Gael hacia mí no es la misma que antes. Y me pregunto si, en algún lugar entre las líneas que he escrito, ha visto algo más. Algo que lo atrae, más allá de la escritora.



CAPÍTULO 4

Primer Encuentro



GAEL

Cierro la puerta de la habitación del hotel con un golpe seco. El sonido resuena en el silencio de la estancia vacía, como un eco de todo lo que he perdido. Apenas me tomo un momento para mirar a mi alrededor. El suelo de mármol blanco me incita a quitarme los zapatos y los calcetines que constriñen mis pies para plantarlos en la frialdad de su encerado. Resulta agradable a pesar de todo. A pesar de mi apatía.

La habitación es de tamaño medio, con una única cama de matrimonio en el medio, una televisión de pantalla plana anclada en la pared y un escritorio donde acumulo mis cuadernos de escritura. A muchos compañeros les gusta escribir directamente en el ordenador, pero yo prefiero plasmar mis ideas sobre las hojas de papel. No sé por qué, pero las ideas me fluyen así mejor, aunque últimamente mi inspiración ha decidido abandonarme. Camino hacia el balcón que da a la calle San Francisco y, bajo la luz que desprende el ocaso, se puede oír el bullicio de una ciudad que no reconozco, y que tampoco me reconoce. Se trata de una calle peatonal, y a pesar de mi humor de perros, me agrada comprobar la vida que tiene este lugar. No me molesta en absoluto el murmullo de los viandantes que llega hasta mi habitación, situada en el segundo piso y que parece tener más vida que yo mismo.

Exhalo un suspiro, largo, profundo, y decido volver al interior solo para dejarme caer a plomo sobre la cama. Cierro los ojos y una simple idea asalta mi cabeza.

No debería estar aquí. Por un segundo, imagino que estoy en otro lugar, en otro tiempo. En uno donde mi nombre brillaba, donde mi carrera era un tren que no se detenía y que no conocía freno. En esos primeros años, los editores me llamaban sin descanso y las invitaciones a eventos literarios llenaban la bandeja de entrada de mi correo electrónico. Recuerdo la primera vez que firmé libros en la Feria del Libro de Madrid. La fila frente a mi stand era interminable. Podía sentir el murmullo de la gente, la expectación, las miradas que me lanzaban cuando creían que no estaba mirando.

Era alguien. Todos querían una parte de mí, una palabra, una sonrisa, un maldito autógrafo. Y yo lo daba todo, porque tenía la energía para hacerlo. Cada libro que lanzaba superaba al anterior en ventas. Los críticos hablaban de mi obra con reverencia. Me llamaban la nueva voz de la literatura romántica contemporánea. No había nadie que no supiera quién era Gael Fuentes.

Pero ahora…

Ahora todo es diferente.

Esos días parecen pertenecer a otra vida. Esos eventos ya me resultan tan lejanos, tan irreales, como si le hubieran sucedido a otra persona. Porque la realidad es que, en los últimos años, todo ha ido cuesta abajo. Las ferias y las presentaciones, donde solía ser la estrella principal, ya no me llaman. Las ventas se desploman con cada nuevo libro, los críticos que una vez elogiaron mi trabajo ahora me ignoran. Los lectores que antes esperaban ansiosos el lanzamiento de cada novela ya no sienten interés por mi obra. Apenas vendo una cuarta parte de lo que vendía en mis mejores días. Perdí la chispa que me hacía destacar.

Es curioso cómo el éxito se cuela en la sangre como si de una droga se tratase. Una vez que lo has probado, siempre estás buscando esa misma sensación de placer personal, esa validación constante. Pero cuando las cosas dejan de ir bien, es como si todo el mundo desapareciera a tu alrededor.

La misma gente que solía alabarte ahora te olvida, te ignora. Y lo peor de todo es que tú mismo empiezas a olvidarte de quién eras. Lo que un día fue una pasión se convierte en un proceso tedioso, una obligación a la que me veo sujeto porque no sé hacer otra cosa. Porque este es el único camino que conozco.

Miro mis manos y me pregunto qué ha pasado. Mis dedos ya no parecen tener la misma magia, la misma fuerza que antes. ¿Cuándo fue la última vez que disfruté escribiendo? ¿Cuándo fue la última vez que sentí que las palabras manaban de mí sin esfuerzo, como una tormenta creativa imparable? Ni siquiera puedo recordarlo. El éxito es traicionero. Te hace sentir invencible hasta que te das cuenta de que es solo una ilusión. Un castillo de naipes que puede derrumbarse en cualquier momento. Y el mío ya está en el suelo, con las cartas esparcidas por todas partes.

Los últimos libros no han funcionado. Y no es que no lo haya intentado. Les he dedicado horas y horas, he forzado las ideas hasta extremos inverosímiles, me he sentado frente a la pantalla en blanco hasta que mis ojos ardieran. Pero ha sido inútil. Todo lo que hago ahora carece de vida, de alma. Es como si estuviera escribiendo por obligación, no porque lo desee, no porque sienta la necesidad de compartir un trocito de mí. No es para esto que empecé a escribir. Empecé porque amaba las palabras, porque había historias dentro de mí que necesitaban salir. Pero esa llama ya no está. Se ha apagado.

Ya no soy aquel autor a quien los lectores amaban. Tengo la sensación de ser solo alguien que está intentando mantenerse a flote en medio de un naufragio, aferrándome a cualquier cosa que me permita sobrevivir un poco más. Pero cada vez tengo menos donde agarrarme.

Hace cinco años, habría rechazado este trabajo sin pensarlo. Pero hoy no me queda más remedio que aceptarlo si quiero seguir adelante, porque los ingresos de antaño han quedado relegados al olvido más absoluto.

Miro el techo, como si en la escayola blanca estuviera la solución a mis problemas.

Obviamente, no es así. Me incorporo y paso una mano por mi cabello, sintiendo cómo la frustración, el cansancio y, sobre todo, la desgana, me calan los huesos. Sin embargo, no debo dejarme llevar por el desánimo. No paro de repetirme una y otra vez que esta mala racha pasará algún día. Que volveré a ser el de antes.

Pero mientras tanto…

De repente, el teléfono vibra sobre la mesita de noche. Lo miro sin muchas ganas y observo que se trata de Hugo, mi editor.

Genial.

Justo lo que necesitaba para completar el día.

Sé lo que quiere y lo que me va a decir. Y aunque no me apetece ni pizca charlar con él, no tiene sentido aplazar la conversación que me espera. Así que me giro en la cama y estiro el brazo para coger el móvil.

—¿Qué pasa, Hugo? —contesto, haciendo un esfuerzo por disimular la falta de entusiasmo en mi voz.

—Gael, necesitamos hablar. —Su voz cortante me suena como la de un cuchillo rasgando el aire. O al menos, es lo que a mí me parece—. Ya va siendo hora de que me mandes algo de una maldita vez. ¡Hace días que debería tener tu manuscrito en mi correo!

Ruedo los ojos. Esta conversación se está convirtiendo en un bucle interminable.

—Ya te dije que estaba en ello.

—Eso mismo me lo llevas repitiendo durante meses. —Mi editor no se molesta en ocultar su frustración—. Tus últimos dos libros no han funcionado, Gael. No podemos seguir así. Las cifras son un desastre, y la editorial no puede seguir apostando a ciegas. Necesitamos algo y pronto. Algo bueno, no cualquier material que te excuse de cumplir con la fecha de entrega.

Me encojo sobre la cama, sintiendo cómo la presión me aprieta el pecho.

—¿Te crees que no lo sé? —contesto con rabia—. ¿Acaso crees que no soy consciente de lo que está pasando? ¡Soy el primer interesado en que todo vuelva a ser como antes, joder!

—Gael, no es cuestión de ser consciente. Es cuestión de actuar. El mercado se está moviendo a una velocidad vertiginosa y no espera a nadie. Y tú… bueno, te estás quedando atrás. Bastante atrás.

Esa palabra la siento como una bofetada en la cara.

—¡No puedo sacar un libro cada tres meses como si fueran churros, Hugo! —La frustración me desborda y sin poder controlarlo, alzo el tono—. Esto no funciona así. No todo el mundo puede escribir algo potable a esa velocidad. La calidad se resiente, y lo sabes.

—¿Y de qué te ha servido tomarte más tiempo? —me corta Hugo sin piedad—. ¡Mira los resultados! La realidad es que los libros no se venden. Los últimos no han sido precisamente *bestsellers*, Gael —remarca haciendo sangre con cada una de sus palabras—. Y te lo digo sin rodeos, porque quiero que reacciones de una puta vez: o haces algo diferente, o estás acabado. ¡Así que mueve el culo!

Me quedo callado al tiempo que aprieto la mandíbula con fuerza para no soltar un improperio, luchando por mantener la calma. La última afirmación de mi editor retumba en mi cabeza como un eco que no puedo apagar. Acabado. No puedo estar acabado. No después de

todo lo que he construido durante años.

—Estoy en ello —insisto—. Dame tiempo, Hugo.

—Tiempo es lo que no tenemos. —La voz de mi jefe se suaviza, pero sigue siendo cortante—. Tienes que recuperar la chispa que te hizo destacar, así que manda de una vez algo que valga la pena. De lo contrario, no sé cuánto más podremos seguir trabajando juntos. —La línea se queda en silencio por unos segundos, antes de que Hugo añada—: Espero tener noticias tuyas muy pronto.

Y entonces, cuelga.

Me acaban de echar un barreño de agua helada encima. Estoy petrificado, con el teléfono todavía en la mano, mirando la pantalla en blanco. El peso de la conversación me aplasta. No es solo mi carrera lo que está en juego; es mi vida entera. Es todo lo que soy. Pero la inspiración, la chispa de la que habla Hugo, hace tiempo que se extinguió.

Cierro los ojos y me dejo caer de espaldas sobre el colchón como un peso muerto, dejando que la tensión se deslice por mi cuerpo. No me gusta la persona en la que me estoy convirtiendo. El éxito me dio tantas cosas… pero también me las quitó. Me quitó la pasión, la ilusión con la que empecé. Pienso en mis primeros años, cuando cada palabra que escribía parecía tener sentido, cuando las ideas brotaban sin esfuerzo. ¿Dónde quedó todo aquello?

De repente, el rostro de Luz aparece en mi mente, como una visión fugaz. No sé por qué me viene a la cabeza, pero su entusiasmo de hoy me llamó la atención. Ella aún tiene eso. Esa emoción genuina, esa energía. Es un recuerdo de lo que una vez fui, de lo que una vez tuve.

El silencio en la habitación se vuelve asfixiante, ensordecedor. ¿Qué haría si todo esto se acabara? ¿Si de verdad no pudiera seguir viviendo de lo que escribo? Esa posibilidad, que siempre ha estado en la sombra, ahora se planta frente a mí como una realidad tangible. No puedo permitirme fallar. No puedo permitirme desaparecer de esta manera.

Y entonces, casi sin darme cuenta, surge una idea. Una idea oscura y retorcida, pero que parece brillar en medio de la desesperación.

Luz… ella tiene talento. Lo vi en sus palabras, en esa claridad que me recuerda a mis primeros tiempos. ¿Y si me aprovechara de lo que ella me puede ofrecer? Nadie se enteraría…

Me detengo de golpe. ¿Qué estoy pensando, por Dios?

No puedo robarle sus ideas. ¡No puedo hacer eso!

Pero… el peso en mi pecho es abrumador, y por primera vez, el camino que nunca habría considerado empieza a parecer tentador.

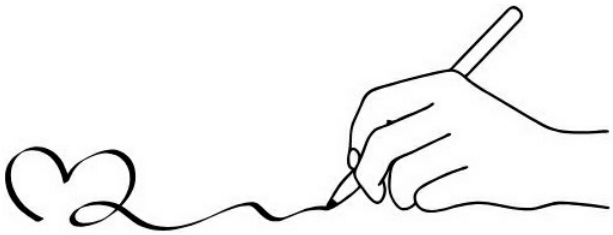
Me paso una mano por la cara, sintiendo cómo el agobio me envuelve. No quiero hacerlo. No quiero ser esa persona. Pero la presión, la necesidad, la ansiedad… todo eso me está empujando hacia un rincón del que no sé cómo escapar.

Cierro los ojos de nuevo y, esta vez, en lugar de sentirme más calmado, noto que el suelo bajo mis pies comienza a tambalearse.



CAPÍTULO 5

El síndrome del impostor



MARILUZ

A punto de finalizar la primera semana del taller, se ha producido un contratiempo en la organización que me ha obligado a improvisar sobre la marcha en busca de una solución. A la vista de la nefasta e ilegible letra de algunos de mis compañeros, Gael ha pedido cambiar los cuadernos manuscritos por equipos informáticos con procesadores de textos listos para imprimir. No ha sido fácil conseguirlos todos, pero al final, rebuscando por los almacenes de la biblioteca, he logrado cumplir con su petición, si bien no son los ordenadores más rápidos del mundo, que todo hay que decirlo.

El sordo repiqueteo de los teclados que nos ha acompañado durante la última hora ha quedado por fin en silencio. En el aula se respira un aire tenso de concentración mientras revisamos los textos que debemos entregar a nuestro profesor. La intención del curso es poner en marcha una historia, ya sea novela o relato, que nos sirva de catapulta en el mundo de la publicación. Y en esta ocasión, Gael nos ha pedido que, sobre cualquier historia que tengamos en nuestras cabezas, le planteemos una sinopsis corta y otra larga que más adelante tendremos que desarrollar.

Mis pensamientos giran una y otra vez alrededor de lo que acabo de escribir, en las emociones que he volcado sobre el papel, y aún más, en la inquietante cercanía de Gael. No puedo evitar pensar en él, en su mirada fija y en el interés que parece mostrar por mí. No obstante, me obligo a creer que todo es fruto de mi volátil fantasía. Él es nuestro maestro, por lo que es normal que quiera estar al tanto de nuestros progresos.

Entonces, ¿por qué siento esta inquietud interior? ¿Por qué, cada vez que me dirijo a él, mi voz parece que tiembla?

—Creo que todos necesitáis un merecido descanso —Gael mira su reloj de muñeca y a continuación nos sonríe—. Y yo, tengo trabajo por revisar —comenta, golpeando los trabajos que acabamos de entregarle—. Podéis salir a tomaros un café y, aunque no me va a dar tiempo

de revisar todo esto en media hora, a la vuelta comentamos y ponemos en común las dificultades con las que os habéis encontrado a la hora de escribir vuestras sinopsis. Me consta que no a todo el mundo se le da bien, por lo que podemos incidir en aquello que más os cueste. ¿Os parece?

Todos asienten, conformes.

—Perfecto. En tal caso, os espero aquí dentro de treinta minutos —afirma. Y antes de que pueda recoger mis cosas, se vuelve directamente hacia mí para decirme—: Luz, ¿podrías quedarte un momento conmigo? Querría comentarte una cosa.

Mi corazón se acelera. Este hombre, con su porte, con su seguridad, con su forma de hablar… con todo su ser, consigue que mis pulsaciones enloquezcan con una sola mirada. Me siento como una niña tonta, enamorada del cantante de su grupo favorito. Solo me falta sacar la pancarta y pintarme *I love you* en los párpados, como las alumnas de Indiana Jones, en no sé qué película.

—Claro —me limito a contestar, aunque me vendría bien salir un rato para despejarme, al igual que el resto de mis compañeros.

No sé si a ellos les ocurrirá lo mismo, pero mi autoexigencia provoca que mis expectativas me opriman el pecho. Sobre todo, sabiendo que Gael volverá a leer algo que ha salido de mi cabeza, de mis manos y de mi corazón. Aunque solo se trate de una maldita sinopsis.

Una vez a solas, Gael posa sus ojos en mí y sonríe.

Dios, ¡qué guapo es este hombre! No negaré que estaba enamorada del personaje, pero es que, conociéndolo ahora en persona, también su físico provoca una emoción inaudita en mí.

Durante ese silencio, tenso para mí, quizás cómodo para él, Gael rebusca entre los folios que les hemos entregado y saca el mío de entre todos ellos. Concentra su mirada en él y observo como su ceño se frunce, o como hace una mueca con los labios. ¿Acaso mi escrito es una basura? Vale que de la sinopsis corta no se pueda sacar grandes conclusiones, pero en la larga sí que me he explayado a gusto, volcando no solo un resumen, sino también los sentimientos que espero provocar en la historia final. ¿Estoy defraudándolo después de que el primer día alabara mi buen hacer?

Este silencio, esta expectación, me está matando. Observo como sus ojos se desplazan del papel a mí más de una vez, pero vuelve al texto sin decir nada sobre la exposición que parece examinar con sumo detenimiento. Intento no hacer suposiciones, pero mi cabeza no coopera.

Finalmente, tras unos minutos que para mí se vuelven eternos, deja de nuevo el papel sobre el escritorio y siento que su mirada oscura se detiene en mi rostro, taladrándome los sentidos.

—Si te apetece, puedes salir también a tomar algo. No me parece justo dejarte sin ese café que tus compañeros sí van a disfrutar.

Abro los ojos de par en par ante su cambio de actitud. ¿Qué significa eso? ¿Para qué me ha pedido entonces que me quede? ¿Acaso lo que ha leído es tan malo que no tiene palabras para describirlo?

Una sensación de desazón me acompaña cuando me limito a asentir con la cabeza. Sin mediar palabra, recojo el bolso que tengo colgado de la silla y salgo por la puerta en busca de un café que bien sé que no va a pasarme por la garganta.

Me arrastro, más que camino, hacia la pequeña cafetería junto a la biblioteca con la moral por los suelos. Allí está reunido el resto de los integrantes del taller y escucho cómo las conversaciones giran alrededor de lo que cada uno ha escrito. Algunos están emocionados, otros, como yo, nerviosos. En este instante, no me apetece compartir con ellos mis impresiones, por lo que me siento en una de las mesas cerca de la ventana, con la esperanza de que el aire fresco que entra por las rendijas me devuelva algo de serenidad.

Unos pasos se acercan y levanto la vista. Es él. Gael. Por un instante, mi estómago se revuelve, y me pregunto qué ha venido a buscar. ¿Decirme acaso que me dedique a otra cosa? Sin embargo, para mi sorpresa, percibo que su expresión es cálida, relajada.

—¿Te molesta si me siento contigo? —pregunta, sosteniendo una lata de refresco en la mano.

—Claro que no —respondo, con más calma de la que siento en realidad. Quito mi bandolera que ocupa el único asiento libre que hay en la mesa y él me lo agradece con una sonrisa. Se la devuelvo, nerviosa, mientras se acomoda.

Gael da un sorbo a su lata y sus ojos se clavan en los míos, como si pudiera ver más allá de lo que estoy dispuesta a mostrar.

—¿Qué te está pareciendo el taller hasta ahora? —me pregunta con interés, como si mi respuesta fuera importante para él.

Hago un esfuerzo por no parecer demasiado ansiosa.

—Bien, creo. Aún me estoy acostumbrando a escribir con tanta presión. —Me encojo de hombros, como restándole importancia—. Suelo hacerlo cuando me apetece o me siento cómoda en la soledad de mi casa, pero no es igual si tienes a alguien pendiente de que entregues un trabajo en determinado espacio de tiempo…

Gael asiente, pero noto una chispa de interés en sus ojos.

—La presión puede ser buena. Te obliga a salir de tu zona de confort. Y tú… —Se detiene un segundo, evaluando sus palabras—. Lo que he visto de ti hasta ahora me ha impresionado mucho.

Mi garganta se cierra. No sé si es por los nervios o por la sorpresa.

—¿Impresionado?

—Sí, Luz. Tienes algo especial. Hay una fuerza en tus palabras que no se ve a menudo, especialmente en alguien que no ha publicado nada. Tu escritura tiene alma. No puedo llegar a comprender cómo no has permitido que tu talento vuele libre para que otros lo disfruten tanto como lo estoy haciendo yo.

Lo dice con tanto sentimiento que, de no estar sentada, estoy segura de que me hubiera caído de espaldas.

Mis mejillas arden. Nunca me han dicho algo así sobre mi trabajo. Todo el esfuerzo, todas las noches en vela escribiendo, reescribiendo, dudando de cada palabra... parece que, al menos para él, han valido la pena.

—Gracias —logro decir, aunque mi voz apenas es un susurro. Siento en mi interior que necesito justificarme, explicar cómo el miedo me atenaza cuando mi cabeza y mi corazón me dice que luche por mis sueños—. He escrito varias cosas… relatos, algunas novelas, pero nunca he tenido el valor de publicarlas. Tengo la sensación de que no son lo bastante buenas.

Gael me mira con curiosidad, sus ojos parecen estudiar cada una de mis reacciones.

—Sufres el síndrome del impostor… —No es una pregunta, sino una afirmación—. Si te sirve de consuelo, creo que todo escritor lo padece. Ni siquiera yo, a pesar de tener a mis espaldas una cierta carrera literaria, me desprendo de él con facilidad. Pero no puedes permitir que eso te frene.

Le sonrío con una de esas sonrisas que salen del alma, porque compruebo que él me entiende a la perfección.

—No es fácil, aunque supongo que eso ya lo sabes —consigo rebatir.

—Por supuesto que no, pero nunca sabrás lo que te espera más allá de las puertas de esa biblioteca, donde no dudo que eres excelente en tu trabajo, si no te atreves a cruzarlas. Acabas de decir que tienes algunas novelas escritas. ¿Cuántas, si puede saberse?

Dudo por un instante, pero finalmente respondo.

—Tres. Están terminadas, pero guardadas en un cajón. No sé… siempre que pienso en publicarlas, el temor al fracaso me detiene. Mis amigas me animan a que lo intente, pero no puedo dejar de pensar que tal vez no estén listas. O tal vez, quien no lo está soy yo.

Una mueca apenas perceptible cruza su rostro.

—No te subestimes. Si lo que has escrito en clase es una muestra de lo que eres capaz, estoy seguro de que tus novelas tienen mucho potencial.

Una mezcla de emoción y temor recorre mi cuerpo. Nunca había compartido con nadie este lado de mí, a excepción de mis mejores amigas, Joe, Mara y Carmen. Para el resto de la humanidad, esta parte de mi vida la he mantenido escondida, recelosa de lo que los demás pudieran pensar. Pero ahora aquí estoy, abriendo mi corazón a alguien a quien admiro, alguien que me intimida tanto como me inspira. Y la verdad es que eso me aterra y me enorgullece a partes iguales. Creo que mi ego no había vivido nunca una experiencia así.

—Me gustaría que me permitieras leer alguna de esas novelas —me dice Gael, con una sonrisa amistosa, pero sus ojos no pierden ni un ápice de esa intensidad que me descoloca.

—Yo… —el temblor se vuelve patente en mi voz.

—Solo si te sientes cómoda con ello, por supuesto. Puedo darte mi opinión desde una perspectiva profesional. Tal vez te ayude a decidir si es el momento de publicarlas.

Mi corazón se acelera aún más. La oferta es tentadora, pero también aterradora. ¿Qué pasaría si al leerlas me dice que no tienen valor alguno, que no valen la pena?

—Gracias —respondo, intentando mantener la calma—. Es… es algo que me gustaría meditar, por favor. No quiero que creas que no agradezco tu ofrecimiento, pero es que no sé si estoy preparada para que alguien las lea.

Gael asiente comprensivo, pero no aparta sus ojos de los míos. Es como si supiera que, en el fondo, hay más miedo que duda en mi negativa.

—Lo entiendo. Pero si alguna vez decides compartirlas, estaré encantado de leerlas.

Nos quedamos en silencio por un momento, bebiendo de nuestros brebajes. Él parece relajado, pero yo me siento inquieta. Esta conversación ha removido demasiadas cosas en mí, cosas que no estaba lista para enfrentar.

Y de forma inesperada, en medio de este silencio incómodo que se ha creado entre los

dos, lo noto como una revelación. Hay algo oculto en la forma en que me observa. Gael está intrigado, tal vez más de lo que debería. ¿Es solo interés profesional? ¿O hay algo que se me escapa? No puedo asegurarlo con certeza, no obstante, vuelvo a tener la sensación de que puede haber más en juego de lo que parece.

De repente, movida por esa sospecha, me siento vulnerable, expuesta. Y, sin embargo, hay una pequeña chispa dentro de mí, una que me dice que tal vez, solo tal vez, este sea el primer paso para superar mis miedos. Quizás sea el momento de arriesgarme.

—Me lo pensaré —repito, pero esta vez con un poco más de convicción.

Gael me sonríe, y sin ningún motivo aparente, tengo la certeza de que todo ha cambiado. Quizá él lo sepa también. Aunque, por ahora, es suficiente con la promesa de que es posible que algún día llegue a mostrarle las páginas que he escondido durante tanto tiempo.

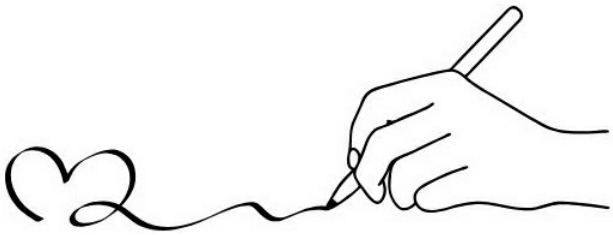
Me levanto para regresar a la clase, y él me sigue de cerca. En el aire queda suspendida una sensación que no puedo describir con precisión: una mezcla de expectativas y promesas no dichas. Lo que sí sé es que la aprensión que sentía cuando me senté a la mesa ha empezado a ceder, reemplazada por un pequeño brote de expectación, que aún soy incapaz de discernir si es bueno o malo.

Gael vuelve a ponerse al frente del grupo, y mientras retoma la clase, una cosa me queda clara: él tiene un interés en mí que va más allá de lo que esperaba, y por primera vez en mucho tiempo, estoy tentada de dejarme llevar.



CAPÍTULO 6

El taller avanza



GAEL

Me encuentro sentado en el mismo lugar de siempre, frente al grupo de diez personas que han llegado a este taller con la esperanza de aprender algo de mí, de lo que alguna vez fui. Intento concentrarme, mantener el control de mis pensamientos y las palabras que salen de mi boca, pero algo me distrae continuamente: Luz.

No sé en qué momento ha ocurrido, pero esta mujer, con ojos llenos de sueños no cumplidos, ha comenzado a meterse en mi cabeza de una forma que no puedo controlar. Al principio pensé que era solo interés, hasta admiración, por el talento que ella exhibía en sus escritos, pero ahora... ahora tengo la convicción de que se trata de algo más profundo. Algo que no debería estar sintiendo.

No por alguien como ella.

No en este momento de mi vida.

Mientras explico la importancia del conflicto en la construcción de los personajes, mis ojos la buscan casi de manera inconsciente. Está sentada al final del aula, con el cuaderno abierto, tomando notas con atención. Lo que me desconcierta no es solo su disposición a aprender, es la pasión que veo detrás de cada línea que escribe, como si cada palabra fuera vital para ella. Aun a la distancia, noto que su aura brilla con una luz que no he visto en años. Tal vez nunca.

Sin embargo, esa misma luz está comenzando a cegarme, a distraerme de lo que debería estar haciendo. Hugo no sale de mi cabeza, su voz demandante y crítica retumba en mi mente cada vez que intento relajarme. Me ha exigido un manuscrito que, si debo ser sincero, no es más que un puñado de ideas sin orden ni concierto. El mercado me ha dejado atrás, y ahora, este taller es mi única forma de mantenerme a flote. No debería estar distrayéndome con una mujer como Luz.

—El conflicto es lo que impulsa la trama, lo que lleva al lector a seguir pasando páginas —digo, con una voz más firme de lo que siento por dentro—. Si el conflicto no es creíble, si los personajes no están enfrentados a sus peores miedos, no habrá razón para seguir leyendo. El lector tiene que sufrir con ellos, llorar con ellos, reír con ellos… identificarse con ellos.

Miro a los otros estudiantes. Algunos parecen entender, otros siguen perdidos en el tecnicismo de las palabras. Pero Luz... Luz lo capta. Lo sé porque he leído con atención cada uno de los breves capítulos de la incipiente historia que me ha entregado. No me había equivocado…

Tiene algo único, una voz propia que no todos los escritores descubren. Es buena; muy buena. Pero Luz no lo siente así y debo hacer algo para que esa preciosa mariposa que veo en ella, salga de una vez de su crisálida y extienda sus alas.

—Quiero que piensen en un momento difícil de sus vidas. Algo que realmente los haya marcado —les digo, mientras me esfuerzo por alejar de mi mente las constantes presiones de Hugo—. Usen ese dolor, esa emoción, y construyan una escena alrededor de ello.

El grupo comienza a escribir, pero mi mente sigue atrapada en ese bucle.

Luz tiene una habilidad que no puedo ignorar y el demonio que está sentado sobre mi hombro no deja de susurrarme palabras tentadoras. Sería tan fácil tomar prestadas algunas de sus ideas para reescribirlas y hacerlas mías. Nadie lo sabría... Ella nunca ha publicado nada, por lo que nadie podría tachar mi obra de plagio.

Nada más pensarlo, la culpa me golpea inmediata e irremediablemente, haciéndome sentir la persona más ruin y traidora del mundo.

¿Realmente he caído tan bajo?

Sacudo la cabeza, con la intención de sacar de mi mente semejantes pensamientos. Trato de concentrarme en el resto de alumnos, en los textos que están escribiendo, pero todo vuelve a ella. Mis ojos regresan a Luz, y me pregunto si será consciente de lo mucho que me está afectando.

—Gael, ¿podrías leer esto? —me interrumpe María, una de las estudiantes.

Me acerco a la pantalla de su ordenador y leo con rapidez. Es un ejercicio decente, pero carece de profundidad. Algo que puedo corregir con facilidad, pero mi atención sigue desviándose hacia el rincón donde Luz escribe sin cesar. Me esfuerzo por guiar a María, ofreciéndole comentarios útiles, pero mis palabras salen automáticas, mecánicas. Mi mente está en otra parte, atrapada entre las expectativas de Hugo y la atracción que me provoca mi preciosa bibliotecaria.

—Eso está bien, María. Pero intenta profundizar más en la emoción. Haz que el lector sienta lo que tú sientes. Eso es lo más importante. —Le palmeo el hombro con una sonrisa que espero sea convincente.

Sigo caminando por la sala, revisando los trabajos, pero la tensión se acumula en mi estómago. Me esfuerzo por actuar como si todo estuviera bajo control, sin embargo, por dentro estoy luchando con algo que no había anticipado. Esta sensación, este deseo de estar cerca de Luz, de saber más de ella, está empezando a interferir con lo que vine a hacer aquí.

Al final del tiempo dado para la realización del ejercicio, Luz levanta la vista y nuestros ojos se cruzan. Por un segundo, percibo que ella también ha sentido lo mismo que yo: una conexión invisible que no podemos negar. Es una mirada breve, pero cargada de significado. Y aunque intento convencerme de que no es nada, una parte de mí sabe que ya estoy demasiado

involucrado.

Como suelo hacer en estos casos, permito a los estudiantes que se tomen un descanso. Mientras tanto, aprovecho para apilar los escritos que acaban de imprimir y que más tarde tendré que revisar. Cuando ella se acerca a mi escritorio, me sonríe y yo le devuelvo el gesto, sabedor de que lo que ella me entrega, será lo bastante bueno como para impresionarme. Porque siempre es así. Siempre lo consigue.

Si Luz no me hubiera encandilado tanto, si no hubiera visto en ella lo que otros no ven, esto sería más fácil. Podría concentrarme en mi trabajo, terminar el taller y olvidarme de todo lo demás. Pero ahora... ahora, estoy atrapado.

—¿No sales hoy a tomarte un refresco? —me pregunta, ajena a mi tormento interior.

—Quizás más tarde…

Asiente y la observo irse tras haberme entregado su trabajo del día.

En esta ocasión, no comienzo a leerlo de inmediato, tal y como he hecho otras veces. Mis pensamientos vuelven a Hugo, y, sobre todo, a la presión que ejerce sobre mí. Necesito un éxito y Luz... ella podría ser la clave para lograrlo.

Pero, ¿estoy dispuesto a llegar tan lejos?

Mierda, me siento sucio de tan solo pensarlo, pero la opción está ahí…

Y es tan seductora…

La media hora de descanso transcurre sin que sea consciente de que no me he movido del sitio. Esa losa invisible que cargo me ha tenido atado al asiento sin darme cuenta de que debo retomar la clase, tanto si me apetece como si no.

—¿Todo bien? —La voz de Luz me saca de mis pensamientos. Parece leer que algo me atormenta, aunque no lo dice—. Hoy te noto abstraído. Sabes que si puedo ayudarte en algo… Aunque seas mi profesor, es mi obligación, como organizadora del taller, que todo esté bien para ti.

La miro y me esfuerzo por que mi gesto parezca despreocupado.

—Sí, todo está bien... Tan solo pensaba en cosas que tengo pendientes, pero no tiene importancia.

Es una mentira a medias, pero ella parece aceptarla. Se acerca un poco más, con su cuaderno en la mano. Hay algo en su manera de mirarme que me desarma, una mezcla de admiración y vulnerabilidad que me hace sentir culpable.

—Por cierto, quería agradecerte lo que dijiste el otro día —dice, su voz suave pero segura —. Ya sabes: sobre mi escritura. Nunca nadie me había dicho algo así.

Sus palabras golpean un punto sensible. Ella confía en mí. Se está abriendo, y yo... yo estoy pensando en traicionarla.

—No tienes que agradecerme —respondo, esforzándome por sonar casual—. Solo estoy siendo honesto. Tienes un talento increíble, Luz. De verdad. Me gustaría que tú misma te dieras cuenta.

Ella me sonríe, y por un segundo, siento que la opresión en mi pecho disminuye. Pero al mismo tiempo, sé que me estoy acercando a un precipicio del que no podré retroceder si no me retiro a tiempo.

Luz regresa a su asiento, y mientras la observo, me doy cuenta de algo: lo que siento por ella no es solo admiración. No es solo interés profesional. Es algo más intenso, algo que me asusta admitir.

Pero la atracción está ahí, y es cada vez más difícil ignorarla.

Miro mi reloj. Aún me quedan unos cuarenta minutos para dar por concluida la clase de hoy, aunque lo cierto es que no me encuentro de humor para continuarla. Necesito tiempo para reflexionar, para ordenar mis pensamientos antes de que cometa un error irreversible.

—Sé que es temprano, pero creo que vamos a dejarlo por hoy —digo; mi voz sonando más firme de lo que me siento—. Soy humano y tengo una jaqueca que me impide seguir con la clase. Mañana continuamos y, si os parece bien, recuperamos el tiempo que nos resta. En cuanto me encuentre un poco mejor, os prometo que me sumerjo de lleno en vuestros trabajos. Y antes de comenzar con la siguiente lección, comentaremos las cosas buenas y no tan buenas, que considere deben ser corregidas. ¿Os parece bien?

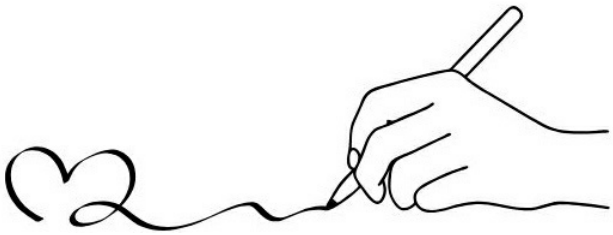
La respuesta se limita a un murmullo generalizado que doy por hecho se trata de aceptación. Así que, los estudiantes comienzan a recoger sus cosas y a salir. Yo, sin embargo, me quedo un rato más, observando a Luz mientras se despide del resto de los alumnos. Hay un brillo en ella que no puedo apartar de mi mente, una especie de magnetismo que me atrae cada vez más.

No debería sentir lo que siento. Y, sin embargo, aquí estoy, atrapado entre lo que quiero y lo que necesito hacer.



CAPÍTULO 7

Acercamiento



MARILUZ

—¡Gael, espera! —Tras haberlo dejado marchar, he sentido la necesidad de seguirlo. Lo he notado extraño durante toda la clase y tengo la impresión de que su malestar va más allá de un simple dolor de cabeza. Se detiene y me espera con gesto serio—. ¿Estás bien? —le pregunto al llegar a su altura, apoyando una mano sobre su brazo. No lo hago muy a menudo, pero me doy cuenta de que me encanta tocarlo de algún modo—. Ya sabes que, si necesitas algo, me lo puedes decir con total confianza.

Su mirada se suaviza mientras observo como sus ojos recorren mis facciones. Finalmente suspira y se frota las sienes, como si intentara aliviar la presión que parece soportar.

Entonces, me responde con unas palabras que me sorprenden:

—¿Te apetecería pasar un rato conmigo? Si quieres que te sea sincero, lo que necesito ahora mismo es tu compañía —murmura—. Estar contigo me calma en muchos sentidos, Luz. Me ayuda más de lo que crees.

—¿En serio? —mi cara de estupor debe ser tal, que él termina por sonreír.

—Bueno, si quieres… Tampoco me gustaría obligar a nadie a soportar mi presencia.

—No, no es eso. Para nada. Pero como has comentado que tenías jaqueca, pensé que me pedirías que me acercara a la farmacia a comprarte algún analgésico, por si no tienes nada que te alivie. He dado por sentado que te irías al hotel a descansar.

—Sí, y hacia allí me dirijo. Pero me gustaría que te quedaras conmigo, si no es mucho pedir.

—Que me quede contigo… ¿dónde? —¿Se refiere a su habitación? Mi cabeza, para variar, empieza a elucubrar más de la cuenta.

—Me apetece que me dé el aire, y hay una terraza en la última planta…

—Sí, la conozco —le sonrío para disimular que mi mente me ha imaginado metida en su cuarto—. A veces suelo quedar allí con mis amigas. Hay unas vistas muy chulas y el ambiente es muy agradable.

—¿Entonces? —Me insiste.

—Bueno, no tengo nada que hacer, así que, si es lo que quieres, por mí no hay problema.

Y aquí estoy, sentada frente a Gael en un chill-out la mar de coqueto, con una pequeña mesa donde reposan nuestras bebidas. Un café para él y un refresco para mí.

—¿Qué te está pareciendo el taller hasta ahora que está más avanzado? Sé que ya te pregunté lo mismo al inicio, pero es que valoro mucho tu opinión —me pregunta con un interés que adivino sincero.

—Mucho mejor de lo que esperaba —respondo sin dudarlo.

—¿Tan malo te imaginabas que sería? —Me cuestiona con, supongo, ironía.

—No, no… Para nada —Trato de sacarlo de su error de inmediato—. Es más, tengo la sensación de estar aprendiendo muchas cosas.

De repente, Gael se ríe, confirmando que se está burlando de mí.

—No te creas…

Ante semejante observación, frunzo el ceño. Lo cierto es que no sé a qué se refiere.

—¿No? ¿Por qué lo dices?

—Porque creo que llevas la escritura como algo innato en ti. De lo que llevo visto hasta ahora de tu trabajo, no creo que necesites en absoluto ninguno de mis consejos. Se nota que tienes un don en el manejo de las palabras y del que carecen el resto de tus compañeros. Tu escritura tiene alma, sentimiento, pasión… Pero a la vez es natural, cercana, cotidiana. A los lectores les gusta empatizar con las historias que leen, creerse lo que tienen delante de sus ojos, y conmoverse si así lo requiere la narrativa. Leyéndote, me cuesta creer que no te hayas atrevido a publicar nada de lo que tienes. —Me toma de las manos y acorta la distancia que nos separa, pero sin que el roce llegue más allá de nuestras extremidades—. Dios, no te imaginas cuánto me gustaría leer algo tuyo que esté completo.

Mis mejillas se encienden, y bajo la mirada hacia mi vaso de refresco, insegura de cómo responder. Mi ego se acaba de disparar, pero, por otra parte, también me abruma la intimidad que empieza a formarse entre nosotros. Esta situación no debería emocionarme tanto, y, sin embargo, lo hace.

—Pues quizás eso sea lo que me echa para atrás —bromeo—. Te estás formando una imagen quizás un tanto exagerada de mí. Si te muestro alguno de mis escritos, puede que no te guste y te tengas que tragar tus palabras. A ver qué cara me pones entonces para decirme que no valen un pimiento…

—Estoy seguro de que eso no va a pasar. ¿Puedo confesarte algo?

La cercanía entre ambos se vuelve cada vez más patente.

—Por supuesto.

—Te envidio…

—¡Qué tontería! ¿Por qué habrías de hacerlo? —rio nerviosa. —Eres guapo, inteligente, seguro de ti mismo, con un prestigio incuestionable… —Ejem, ¿acabo de decirle que es *guapo?*

Por suerte, él parece soslayar ese comentario al contestarme.

—Veo muchas cosas en ti que una vez reconocí en mí mismo. Cosas que se perdieron con el paso del tiempo —revela, dejándome boquiabierta.

Su expresión es melancólica y casi puedo ver la nube de preocupaciones que flota sobre su cabeza.

Cada vez tengo más claro que algo lo atormenta, pero no consigo adivinar qué es. Solo sé que quiero ayudarlo en lo que sea que le ocurra.

Ahora soy yo quien se acerca un poco más y enlazo sus dedos con los míos, estrechando el contacto de nuestras manos.

—Gael, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? —le pregunto en voz baja, esperando no parecer una cotilla.

Sus ojos parecen querer taladrar los míos, y siento una necesidad imperiosa de abrazarlo. Pero me contengo.

—Ser escritor puede ser... complicado —dice, y su voz baja unos decibelios, como si no quisiera que otras personas en la terraza lo oyeran—. A veces estás en la cima, y otras veces... parece que todo se desmorona.

—¿Lo dices por ti? —Me atrevo a preguntar.

Él suspira, como si estuviera decidiendo cuánto compartir conmigo. Finalmente, asiente, pero me ofrece una respuesta evasiva.

—Es algo que veo en muchos colegas. La industria es una montaña rusa; los éxitos vienen y van. La creatividad también... a veces parece fluir, y otras, no importa cuánto lo intentes, que nada sale bien.

Pese a la ambigüedad de sus palabras, hay algo en sus ojos que me revela que está hablando más de sí mismo de lo que quiere admitir.

—Entiendo lo que dices —murmuro, apartando la mirada por un momento—. No soy escritora profesional, pero... Creo que por eso nunca he tenido el valor de publicar nada. Me aterroriza la idea de fracasar.

—Pero eso es lo que te hace especial, Luz —me dice, inclinándose un poco hacia adelante, como si nuestras palabras fueran un secreto entre nosotros—. No puedes dejar que el miedo te paralice.

—No sé si soy lo suficientemente buena —admito en voz baja.

Gael niega con la cabeza, su expresión ahora más seria.

—No digas eso. He visto tus ejercicios en las clases, e insisto al afirmar que estás muy por encima de la mayoría. Solo necesitas un poco de confianza en ti misma.

No sé cómo procesar sus palabras. ¡El escritor que he admirado durante tanto tiempo me está diciendo que tengo talento!

—Gracias. De verdad —me limito a contestar. No suelo quedarme sin palabras con facilidad, pero él parece tener la habilidad de conseguirlo.

De repente, él alza una de sus manos y me acaricia el rostro con suavidad.

—¿Harás eso por mí? ¿Confiarás más en ti?

Su pulgar se desliza repetidamente y con suavidad sobre mi mejilla, haciéndome sentir vulnerable.

—Me gustaría hacerlo. Pero no es fácil. Sin embargo, por ti sería capaz de… —la frase queda inconclusa.

—Luz, ¿has pensado en lo que te propuse? —me inquiere de repente—. ¿Por qué no me permites leer una de tus novelas? Solo para darte una opinión desde el punto de vista profesional. Sin compromisos. Sin expectativas. No voy a juzgarte. Solo quiero ayudarte a ver el potencial que tienes. Porque créeme, es mucho más de lo que piensas.

Sus palabras me tranquilizan, aunque el temor continúa paralizándome. No obstante, por primera vez en mucho tiempo, una pequeña parte de mí comienza a preguntarse si podría hacerlo. Si sería capaz de dejar que alguien más entre en ese mundo privado que he guardado celosamente durante tantos años.

Parte de mí quiere confiar en él, entregarle mis palabras, mis sueños. Pero el miedo de que no tenga un mínimo de calidad, sigue ahí, agarrado a mis entrañas.

—Sí, lo he pensado —murmuro, casi en un susurro.

—¿Y bien?

Gael se echa hacia atrás, dándome el espacio que necesito. Sé que espera mi respuesta, pero no me presiona. Su mirada, aunque curiosa, es paciente, como si supiera lo difícil que es tomar una decisión.

—No sé…

—Me haría muy feliz que me lo dejaras leer, Luz —insiste con suavidad—. Sé que tienes algo especial, así que no puedo sino aconsejarte que no dejes que el miedo te frene.

Busco sus ojos y percibo sinceridad en sus palabras, en sus gestos, en su mirada. Y por unos segundos siento que tal vez podría confiar en alguien. Bueno, no en “alguien” sin más… Sino en él.

Me sonríe, y su sonrisa es tan cálida que casi siento que podría derretirme aquí mismo. Quizás me esté dejando llevar por la sensación de bienestar que él me transmite, pero lo cierto es que la tentación me ronda cada vez con más insistencia.

—Ya te lo dije: no sé si estoy preparada —contesto con cabezonería.

—Bueno, no tienes por qué estarlo ahora —replica—. Solo recuerda que cuando te decidas, estaré aquí.

Su cercanía, su paciencia, me hacen sentir más cómoda, pero también más consciente de que algo flota en el aire a nuestro alrededor. Son palabras que no pronunciamos en voz alta, pero cada vez estoy más convencida de que no soy solo yo quien lo siente.

—Luz… —murmura sin añadir nada más. Su voz ronca me provoca un escalofrío agradable que me recorre la espalda.

Se vuelve a acercar a mí. Y yo quiero que lo haga. Gael tiene un magnetismo que me envuelve, me hipnotiza, y me siento incapaz de retirarme.

Tengo su rostro a escasos centímetros y casi puedo sentir cómo su aliento roza mis labios.

Su cercanía provoca una reacción en todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera y el corazón me late frenético contra el pecho. Me encuentro mirándolo, atrapada en sus ojos oscuros, incapaz de apartar la vista.

Si en este momento no me besa, creo que soy capaz de lanzarme yo a su boca, de las ganas que tengo por saber cómo me sentiría siendo besada por él.

Y antes de terminar de procesar esa imagen que me estoy formando en mi imaginación, Gael se inclina hacia adelanten lo suficiente hasta rozar mis labios con los suyos.

Al principio se muestra suave, como si tuviera miedo de asustarme. Pero cuando se da cuenta de que respondo a su gesto, abriéndome para acogerlo, siento cómo su confianza crece y se atreve a profundizar en mi boca. Sus dedos se enredan en mi cabello, y nos enzarzamos en un beso de esos que, como diría mi madre, hacen que se te caigan las medias al suelo.

El mundo a nuestro alrededor desaparece. En este momento, solo existimos él y yo, envueltos en esta burbuja de intimidad. No hay palabras, no hay miedos. Solo estamos nosotros, y el calor de sus labios sobre los míos.

Cuando nos separamos, me siento tan aturdida que no soy capaz de reaccionar de inmediato… como si el suelo se hubiera movido bajo mis pies. Mis labios aún hormiguean, y noto el rubor en mis mejillas mientras lo miro, incapaz de articular una sola palabra.

Gael se aparta un poco, pero no mucho. Aún mantiene sus manos enterradas en mi melena, sus ojos fijos en los míos.

—Perdona, no quería… —empieza a decir con tan poca convicción que suena a excusa barata. Es obvio que los dos queríamos.

—No, está bien —susurro, aunque mi voz apenas me sale del cuerpo.

¿Bien? Demonios… ¡Está más que bien!

Para mi fastidio, Gael me mira y se retira. Puedo leer en su expresión lo que adivino puede ser una mezcla de deseo y… ¿arrepentimiento?

Las palabras que pronuncia a continuación así me lo demuestran.

—Creo que debería bajar a mi habitación y echarme un rato. El dolor de cabeza no termina de remitir. ¿No te importa si seguimos hablando mañana en el taller?

Después de lo que acaba de ocurrir entre nosotros, este repentino cambio de actitud me cae como un jarro de agua fría.

No estás en una maldita novela de amor, pardilla estúpida. Esta es la vida real —me veo obligada a recordarme.

—Claro. Disculpa si te entretuve más de la cuenta —me apresuro a levantarme de mi asiento y a recoger el bolso para colgármelo sobre el hombro—. Me olvidé de que te sentías mal y yo aquí dándote palique.

Gael se incorpora también y posa su mano sobre mi antebrazo.

—El que debe disculparse soy yo.

¿Disculparse?

¿Por qué?

¿Por el beso?

¿Acaso no se da cuenta de que yo estaba deseándolo?

¿O es que solo se ha dejado llevar por un impulso desafortunado?

—No, para nada. Y ahora, te dejo para que descanses. Mañana nos vemos en clase.

Me voy sin volver la vista atrás. Aunque sin saber si es cierto o solo fruto de mi imaginación, tengo la sensación de sentir su mirada clavada en mi espalda mientras me alejo.

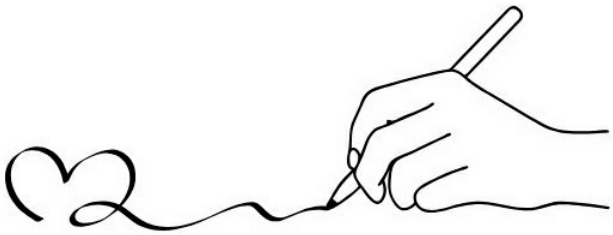
Este no es solo un simple taller de escritura. Al menos, no lo está siendo para mí.

Y no estoy segura de querer descubrir qué es en realidad.



CAPÍTULO 8

Terapia de grupo



MARILUZ

M.LUZ: *Chicas, ¿estáis alguna por ahí? Sé que es tarde, pero os necesito.*

JOE: *Yo. ¿Qué te pasa, corazón?*

M.LUZ: *Ay, que estoy hecha un lío.*

JOE: *¿Por?*

M.LUZ: *He conocido a alguien. Me gusta muchísimo y no sé qué hacer.*

JOE: *¿Cómo que has conocido a alguien? ¿Dónde? ¿Cuándo?*

M.LUZ: *Es algo largo de contar. Ahora necesito vuestra opinión porque no sé muy bien cómo actuar.*

JOE: *Esta bien, entonces nos lo cuentas luego… ¿Por qué dices que no sabes qué hacer? Si tanto te gusta, debes ir a por él, por supuesto. Eres preciosa y a poco que te lo propongas, es tuyo. Salvo que esté casado o con alguien, claro está. Si Mara estuviera conectada, te diría que te alejes de cualquier tipo con ataduras… o de cualquier tipo en general, para el caso.*

M.LUZ: *No es eso, Joe. Bueno, o sí. Ahora que lo mencionas, la verdad es que ni siquiera sé si tiene pareja.*

JOE: *Vale, supongamos que no la tiene. ¿Qué es lo que te preocupa?*

M.LUZ: *Que no es de aquí. Solo se va a quedar unas cuantas semanas, y que cuando termine lo que le ha traído a Cádiz, supongo que se irá.*

JOE: *¿Supones? ¿Y por qué no haces algo para evitarlo?*

M.LUZ: *¿Y qué quieres que haga? ¿Lo encierro en el hotel para que no salga?*

JOE: *¡Claro que sí! Un buen candado y listo. Solo asegúrate de que le dejen comida por la ventana.*

M.LUZ: *Pero ¿qué te crees que es, un gorrión acaso?*

MARA (uniéndose): *¿Por qué os gusta charlar tanto a estas horas de la noche? Joe, ¿qué es eso de un candado? ¿Desde cuándo nos hemos vuelto tan desesperadas por un tío? Ya sabes que, en mi opinión, ninguno merece la pena.*

M.LUZ: *Todas conocemos tu opinión, Mara. Pero quizás este sí la merezca.*

MARA: *¿De verdad lo crees o estamos hablando de la escaleta de tu próxima historia?*

M.LUZ: *Os estoy hablando muy en serio, chicas. Si no fuera así, no estaría como estoy y desde luego, tampoco os lo estaría contando. ¡Pero es que es tan encantador! Sin mencionar que es un escritor profesional y entiende mis miedos y mis inseguridades… Siempre me ayuda y me anima con mis escritos. No sé, tiene algo especial. Además, me trata como si realmente le importara lo que digo.*

MARA: *Ajá, vale la pena porque es "encantador". Primer error, amiga. Los hombres son encantadores… hasta que dejan de serlo. Si tan perfecto te parece, desconfía. Esas historias acaban en desastres emocionales.*

JOE: *Espera, espera. ¿Cómo que es escritor profesional? No será el hombre ese que buscaste para lo del taller, ¿no?*

M.LUZ: *El mismo.*

JOE: *Bueno. Para empezar, no le hagas caso a Mara. Su último "desastre emocional" la dejó traumatizada.*

MARA: *Mi último desastre emocional se fue de picos pardos con otra tía y me dejó más tirada que una colilla. Ah, y por si se te olvida, se trataba de mi amado y queridísimo esposo. Permíteme que mi opinión de los hombres deje un tanto que desear.*

JOE: *Mara, no te enfades conmigo. Sabemos lo mal que lo pasaste, pero no puedes vestir a todos los santos con el mismo traje. Aunque, bueno, a mí me han metido a un compañero en la oficina hace un par de días que es un puñetero grano en el culo. Y, para colmo, me lo tengo que llevar a cuestas a mi viaje de Francia.*

MARA*: ¿Al de la presentación de la marca que llevas semanas preparando?*

JOE*: La misma. Por cierto: se supone que te va a llamar la secretaria del jefe para arreglar lo de su viaje. Así que búscale algo a cien kilómetros de mí.*

MARA*: Jajajaja ¿Sólo? Si quieres, le busco un hotel en Flandes. ¿Es lo bastante lejos?*

M.LUZ: *Hola, chicas, sigo estando aquí…*

JOE: *Sí, sí, perdona. Vamos a centrarnos en tu problema, que del capullito de alhelí que tengo en la oficina ya me encargaré yo. En cuanto a tu escritor… A ver, déjate llevar un poco. ¿No estás siempre diciendo que nunca arriesgas? Pues ahora tienes una oportunidad.*

M.LUZ: *Lo sé, pero… no quiero complicaciones. Además, ¿y si resulta que tiene familia?*

CARMEN (entrando en la conversación): *¿Y por qué no se lo preguntas? ¿Qué es lo peor que podría pasar? Bueno, no, espera, no contestes. Mis alumnos me han enseñado que siempre hay algo peor…*

MARA: *Por supuesto, porque siempre puede aparecer una ex celosa con un niño secreto bajo el brazo.*

M.LUZ: *¡Madre mía! No lo había pensado… ¿Y si estoy metiéndome en una historia*

complicada? Tal vez debería ser solo su amiga.

JOE: *Solo amiga… ¿en serio? Mira, nadie tiene por qué enterarse si al final te lanzas. Vive un poquito. No se te va a caer el mundo encima por darte un homenaje con alguien que te guste.*

MARA: *O sí, pero eso te lo cuento luego.*

CARMEN: *A ver, Lucecita de mi vida, ¿tú quieres que se quede o no? Porque las semanas pasan y luego no quiero que vengas lloriqueando por lo que pudo ser y no fue.*

JOE: *Mariluz, ¡no te lo pienses tanto! Lo único que podría pasar es que, si termina rompiéndote el corazón, Mara vendrá para decirte "Te lo advertí"*

M.LUZ: *Perfecto, me arriesgo con un hombre y además me llevo gratis la sesión de regañina de Mara.*

JOE: *O no. Pero si no arriesgas, no ganas.*

M.LUZ: *No sé...*

MARA: *Ese es el espíritu. Vas, te enamoras, te rompen el corazón… y aquí estamos nosotras, con un buen vino y algo de chocolate. ¡Un plan perfecto!*

M.LUZ: *Gracias por los ánimos, Marita…*

JOE: *Mara, si no vas a aportar algo positivo, mejor te callas la boca. Estamos intentando ayudar a Mariluz.*

MARA: *Y eso es justo lo que estoy haciendo... a pesar de vosotras.*

M.LUZ: *No empecéis a discutir, chicas. Además, hay otra cosa que no os he comentado todavía. Veréis, hace un rato, me besó.*

MARA: *¿¡Qué!? ¿Y no dices nada hasta ahora?*

JOE: *¡Ya lo tienes en el bote! Ese hombre no se va a ningún sitio… ¡aprovéchalo!*

CARMEN: *¿Y cómo fue? ¿Fue un beso de los buenos?*

M.LUZ: *Fue... mejor no lo digo que voy a sonar ordinaria y bajuna.*

MARA: *Entonces fue una mierda, ¿no? Si es así, despáchalo. No merece la pena.*

JOE: ¡*Mara, que te calles!*

M.LUZ: *Da igual cómo fuera. Lo único que sé es que me ha dejado hecha un lío.*

MARA: *Joe, deja de mandarme a callar porque no lo voy a hacer. A ver, Mariluz, veamos el lado positivo: tienes la "supuesta" historia de amor perfecta. Pero, por favor, yo solo te estoy diciendo que no te hagas muchas ilusiones.*

M.LUZ: *Sí. Porque creo que… no sé.*

JOE: *Dilo. Suelta lo que piensas. Ya sabes que este grupo de WhatsApp es nuestra terapia particular. Aquí venimos a desahogarnos y a decir las cosas tal y como las sentimos.*

M.LUZ: *Tengo la sensación de que se está creando una conexión entre nosotros. Ya sabéis, hay miradas, roces, la forma en que me habla. Sin embargo, me da miedo de encapricharme con él, o quizás algo más, porque hace muy poco que lo conozco y después me puedo quedar hecha polvo si se va.*

MARA*: Eres experta en crear historias de amor hasta cuando dos personas llevan a su*

perro a cagar al parque.

JOE: *¡Como vuelvas a decir una de las tuyas, te echo del grupo!*

MARA: *¿No se supone que aquí podemos soltar las cosas tal y como las sentimos? Pues así las veo yo.*

JOE: *De verdad, Mara… Ojalá te venga un tío por derecho que te haga que se te mojen las bragas hasta cuando respires.*

MARA*: ¿Te he dicho que me encanta tu sutileza?*

CARMEN: *No le eches cuenta a estas dos y escúchame a mí, que parece que soy la voz de la cordura. Mira, amiga, pocas veces en la vida se presenta algo así. Yo te aconsejaría que lo disfrutes. Y, oye, si se marcha, siempre te quedarán los buenos recuerdos. Aunque, por lo que nos cuentas… este chico no tiene pinta de querer irse tan pronto. ¿Cuánto dices que va a estar aquí? ¿Unas cuantas semanas? ¡Pues déjate llevar y lo que tenga que ser, será!*

M.LUZ: *Quizás lleves razón. Puede que esté dándole demasiadas vueltas.*

JOE: *Bueno, ¿tú qué sientes cuando estás con él?*

M.LUZ: *No sabría decirlo… Me siento yo misma. Tengo la sensación de que me entiende como nadie.*

MARA*: ¿Mejor que nosotras? Lo dudo.*

M.LUZ*: Ni mejor, ni peor. Distinto.*

JOE: *¿Ahora también te vas a poner celosa de un tío, Mara?*

MARA*: ¿Tienes algún interés especial en tocarme las narices, Joe?*

JOE*: A mí no me digas nada. Has empezado tú.*

CARMEN: *¿No tengo bastante con los niños del colegio que también me voy a tener que encargar de vosotras dos? Si no vais a aportar nada a la cuestión, punto en boca ahora mismo. Y, Mariluz, dale una oportunidad. ¿Qué tienes que perder?*

MARA*: ¿Su corazón?*

M.LUZ: *La verdad, es que me gustaría dar el paso. Poder confiar en él.*

MARA: *¡Ay, que nos hemos vuelto todas unas románticas! Como no podéis verme mi oírme, nótese que lo digo con ironía. En fin, ya veo que mi experiencia vital no te sirve en este caso. Así que lo único que puedo decirte es que, si es lo que te nace, nosotras no somos quienes para llevarte la contraria. No te tomes a mal mis comentarios, pero te ruego que no pierdas la cabeza, ¿vale? No quisiera ver sufrir a alguien tan especial y sensible como tú.*

JOE: ¡*Vaya, por fin oigo algo sensato! Yo pienso igual. Si así lo sientes, lánzate.*

M.LUZ: *Está bien, chicas. Lo intentaré.*

JOE: *Piensa que tienes dos opciones: una, que vivas el momento y luego veas qué pasa, o dos, que no hagas nada y siempre te quedes preguntándote qué hubiera ocurrido si hubieras seguido los dictados de tu corazón.*

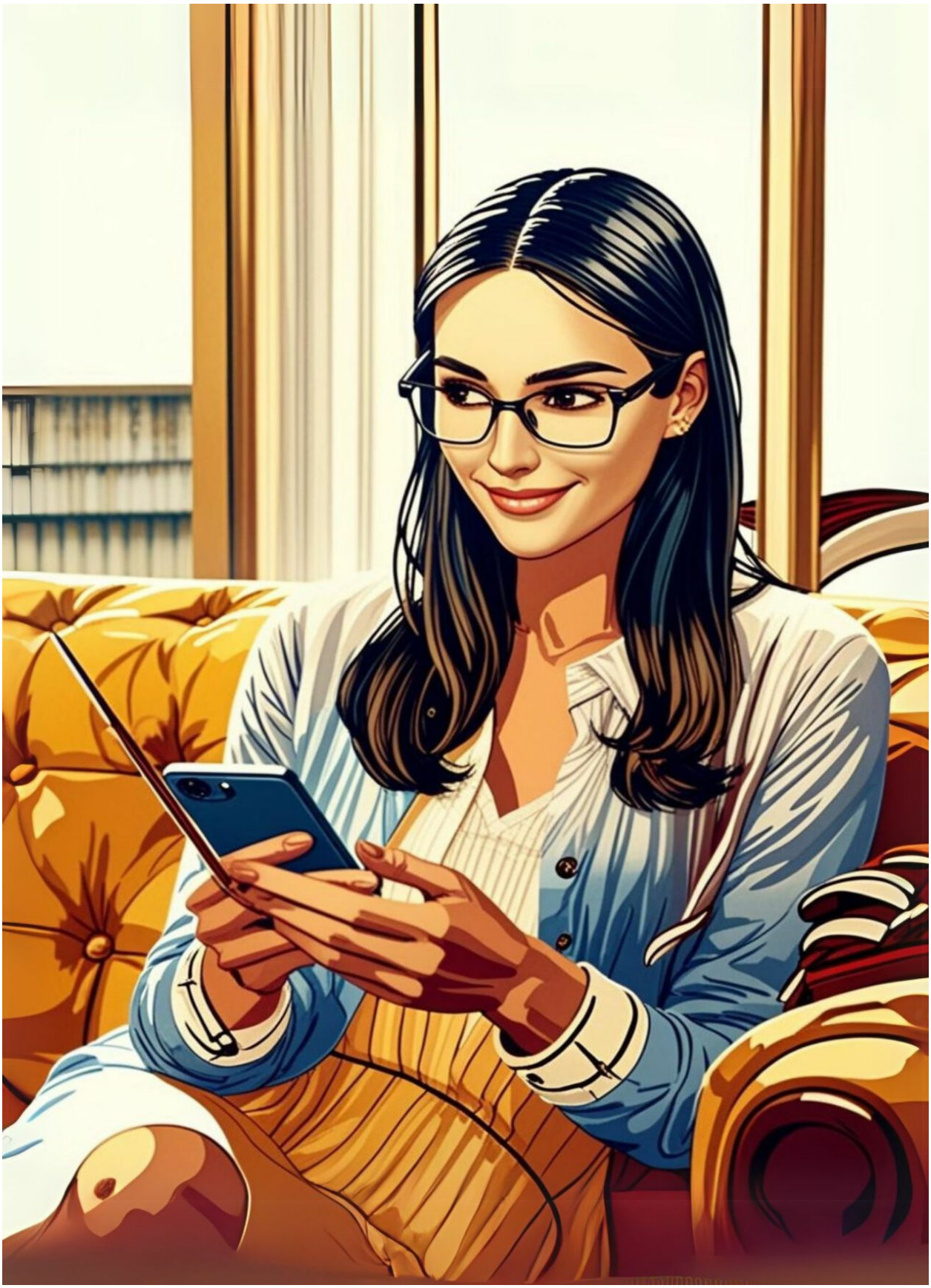
CARMEN: *Voto por la opción uno. Y si hace falta, contratamos a un detective privado y lo ponemos en su sitio si se atreve a desaparecer. Que, aunque no sirva de mucho, nos vamos a quedar la mar de a gusto despachándolo por perderte.*

MARA: *Exacto. Aunque yo opto por otra opción mejor: si se va lo traemos de vuelta a*

como dé lugar y le cortamos los huevos, como a los gatos castrados.

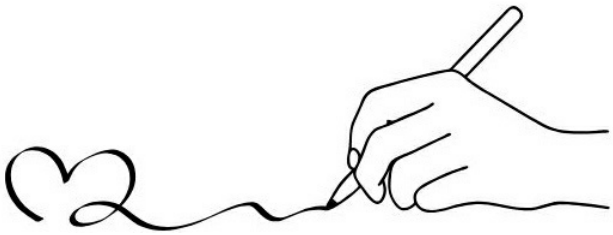
JOE: *Mira que eres bruta.*

M.LUZ: *¡Ay, chicas! Sois las mejores. No sé qué haría sin vosotras.*



CAPÍTULO 9

No te disculpes



GAEL

Cuando termina la clase, observo cómo los alumnos van saliendo uno a uno. Me permito el lujo de esperar unos segundos, sintiendo una mezcla de satisfacción y cansancio. Es entonces cuando noto que Luz permanece en el aula, demorándose a propósito, supongo que con la intención de hablar conmigo. Parece nerviosa, así que me acerco a ella con paso lento. Mi mente regresa, como ha hecho mil veces desde la tarde de ayer, al beso que nos dimos, y siento que quizás le debo una disculpa. No porque esté arrepentido, sino porque ha sido un comportamiento poco profesional por mi parte.

Pero es que… ¡me gusta tanto!

Así que antes de que diga nada, decido ser yo quien rompa el hielo.

—Luz, ¿me estás esperando?

—Sí —contesta.

Me aclaro la garganta y me apoyo sobre el tablero de la mesa que tiene a su espalda. A pesar de estar solos, me acerco a ella para susurrarle, como si alguien más pudiera oírlo.

—Si lo que quieres es hablar de lo que pasó ayer… permíteme decirte que lo siento. Como tu mentor en este taller, soy consciente de que no me comporté de la manera más apropiada.

Sin hacerle caso a lo que expresan mis disculpas, aquí estoy de nuevo, aproximándome a su cuerpo como un lobo al acecho de su presa. Hay algo que me empuja a acercarme, cada vez un poco más.

—No te disculpes —me interrumpe. Su voz es un murmullo, como la mía. Luego me mira y sonríe, con una mezcla de timidez y seguridad que no había visto en ella antes—. Ninguno de los dos somos unos críos como para tener que estar disculpándonos por un simple beso, ¿no te parece? Si quieres que te diga la verdad, no puedo decir que me pese lo sucedido.

Su respuesta me deja sin palabras. Sonrío, aliviado y encantado a la vez.

—Ni a mi tampoco. Aunque, si te soy sincero, he de decir que me supo a poco.

—Entonces, ¿por qué no me pediste que me quedara contigo?

Ahora sí, veo que sus mejillas se tiñen ligeramente de un rubor que me parece encantador. Incluso ella parece sorprendida por haber hecho tal pregunta, pero a mí me ha sabido a gloria bendita. Levanto la mano y rozo esa parte de su rostro que cambia de color.

—¡Me gusta tanto como eres, Luz! No pierdas nunca tu encanto natural.

—Bueno, yo no le veo nada encantador a ponerse colorada como una quinceañera.

—Pero yo sí —rebato con convicción sin romper la conexión de nuestras miradas—. ¿Te gustaría dar una vuelta? —le pregunto, con esa mezcla de curiosidad y deseo de estar más tiempo con ella, solo con ella.

—Me encantaría —responde—. ¿A algún sitio en especial?

—Me da lo mismo, siempre que sea contigo. No he tenido tiempo de ver mucho de la ciudad, así que cualquier lugar a donde me lleves, me parecerá bien.

—De acuerdo. Vamos entonces.

En cuestión de minutos nos encontramos caminando por calles estrechas, donde las sombras juegan a esconderse entre las fachadas de color crema y piedra ostionera, mientras el murmullo de la gente va descendiendo conforme nos acercamos al mar.

El recorrido me resulta completamente nuevo, y Luz se convierte en una especie de guía espontánea, hablándome de la historia de la ciudad, de su catedral, de sus barrios con solera y de los detalles que nos vamos encontrando en cada esquina.

—Siempre me ha impresionado el modo en que esta ciudad parece resistir al paso del tiempo —me dice, señalando hacia el ayuntamiento y sus columnas. La gente camina a nuestro alrededor en un vaivén constante, mientras yo intento concentrarme en sus palabras y no en el hecho de que quiero saber más de ella. Que me cuente todo lo que esconde detrás de esa mirada profunda que me ha atrapado desde el mismo momento que la vi tras bajar del tren.

—Tú también pareces alguien que ha resistido al tiempo —comento, tratando de meter la cuña para que me hable de sí misma.

Ella ríe, bajando la mirada un momento.

—¿Tan vieja me presupones? Cádiz tiene tres mil años de antigüedad. Me gustaría pensar que no aparento semejante edad.

—No, no, por favor. No quería ofenderte, sino todo lo contrario.

—Eso espero… —me dice, entre risas.

No me había parado a observar la risa tan bonita y musical que tiene. Hasta hoy, se ha mostrado un tanto tímida o retraída conmigo, así que debo reconocer que me gusta este cambio de actitud. Y de nuevo me pregunto si el motivo deviene del beso que nos dimos ayer.

—Estás estupenda tal y como eres. Cádiz es preciosa, cierto, pero tú lo eres más.

Continuamos caminando hasta llegar a La Caleta, donde el agua nos recibe con su murmullo constante, y el sol que comienza a teñir el horizonte de tonos naranjas y violetas. Nos sentamos en un chiringuito a pie de playa, y pido dos bebidas mientras observo la tranquilidad

reinante del lugar. En una ciudad tan viva como Cádiz, esta playa parece un rincón hecho para pensar, para soltar palabras que en otro contexto quedarían atrapadas en el aire.

Es entonces cuando Luz abre su mochila y, para mi sorpresa, la veo sacar un taco de folios perfectamente encuadernado. Sé lo que es. Y siento como la boca se me seca de repente. Un leve estremecimiento me recorre la columna, como si se tratara de algo prohibido. Su decisión de confiar en mí con algo tan personal me deja momentáneamente sin palabras.

—¿Es lo que creo que es? —Pregunto al fin. Luz se limita a asentir—. Ya veo...

—No... no esperes gran cosa. Fue la primera historia que escribí, y por eso, le tengo un cariño muy especial. Aunque la he releído y revisado doscientas veces, seguramente quede mucho por pulir para que merezca la pena.

Tomo el manuscrito entre mis manos y aireo sus páginas, perfectamente mecanografiadas a doble cara.

—¿Puedo preguntarte qué te ha hecho cambiar de opinión? Creí que no me lo ibas a mostrar.

Me mira a los ojos, y en su voz hay una serenidad que no había percibido en ella hasta ahora.

—Nunca dije que no lo haría. Sólo te pedí tiempo para pensarlo.

—Cierto.

Y de pronto, las siguientes palabras que pronuncia se clavan en mi alma como una daga afilada:

—He decidido confiar en ti, Gael. No sé por qué, pero creo que puedo hacerlo. Además, tengo la impresión de que tú puedes llegar a entenderme mejor que nadie. Y quizás puedas ayudarme a ver lo que yo no consigo.

En efecto, la declaración me cala profundamente. Su confianza me hace sentir honrado y culpable al mismo tiempo, una mezcla de emociones contradictorias que no había experimentado en años. Mis manos toman el documento con la misma delicadeza con la que tomaría un códice milenario.

—Gracias, Luz. Te prometo que lo leeré con todo el cariño y respeto que merece.

Ella sonríe, y de nuevo, ese leve rubor en sus mejillas al que ya me voy acostumbrando, suaviza su expresión. El silencio entre nosotros resulta cómodo, confidente, familiar. Solo el sonido de las olas y la brisa nos rodea, como si el mundo se hubiera reducido a este rincón situado sobre la suave arena de la playa.

Finalmente, ella rompe el mutismo.

—Gael, ¿te podría hacer una pregunta de índole personal? —me pregunta, con la curiosidad pintada en sus ojos oscuros.

—Por supuesto.

—¿Estás casado?

La pregunta me pilla por sorpresa, pero también me hace sonreír. Suelto el manuscrito sobre la mesa que nos separa. Acodo los brazos sobre el tablero y me aproximo a ella tanto como puedo.

—No. Hace tiempo que no tengo una relación estable —confieso. Ella asiente, y parece

aliviada—. ¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Hay alguien en tu vida?

—¿Además del Sr. Darcy?

—Madre mía. —Remarco mis palabras llevándome la mano a la cara con afectación—. A veces me pregunto si Jane Austin fue consciente del daño que hacía a los pobres hombres al crear al personaje de Fitzwilliam Darcy. Ni te imaginas la de veces que he oído esa respuesta. Deja al resto de los mortales a la altura del betún.

—Tampoco es para tanto —ladea la cabeza ante mi repentino dramatismo—. Es posible que tu superes esa media, no te preocupes.

—Vaya, me alegra saber que me tienes en tan alta consideración —le sonrío, continuando con la broma—. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Estás con alguien?

—No, yo tampoco estoy con nadie. Hace años que no me involucro seriamente con ningún hombre.

—¿Por qué? Salta a la vista que eres preciosa. Y a pesar de que nos conocemos desde hace poco, no hay que ser muy observador para darse cuenta de que también eres buena persona. Me extraña que alguien de tu edad no tenga a alguien a su lado.

—Ah, claro... Una mujer trimilenaria como yo debería tener a un hombre al lado a quien servir, ¿no?

—Vaya, ya veo que metí bien la pata con el comentario. De verdad, te pido disculpas si te ofendí… Te juro que nunca fue mi intención.

—¡Qué estoy de broma, Gael! —se ríe y me doy cuenta de que cada vez me gusta más ese sonido—. A ver —reconoce tornado los ojos—, no nos engañemos. No soy una niña, sino una cuarentona, que, dicho sea de paso, lleva con mucho orgullo el tema de la edad. Porque los años no solo confieren arrugas, sino también experiencia, así que me siento de lujo tal y como los llevo. Tengo amigas desde hace más de dos décadas en las que confío plenamente y con las que me iría hasta el fin del mundo. Un trabajo que me encanta. Una seguridad económica que, con veinte años menos, ni siquiera me planteaba llegar a tener. Me cuido, estoy en forma, soy y me siento libre de hacer lo que me plazca porque no le debo explicaciones a nadie. ¿Qué más da estar sola o con alguien mientras te sientas bien contigo misma?

La escucho con atención. Su sabiduría, sin lugar a dudas, es innegable.

—Me gusta tu forma de pensar. Pero, ¿acaso significa que no hay lugar en tu vida para el amor? Me refiero al amor de pareja.

Es evidente que la conversación se torna cada vez más personal.

—¿Te das cuentas de que se lo estás preguntando a alguien que le gusta leer y escribir novelas románticas? —vuelve a reír—. Por supuesto que sí. Es solo que no ha llegado el hombre destinado a mí: el que me complemente, el que me ponga el mundo del revés, el que me haga sentir no solo como mujer, sino también como persona, aquel en quien pueda confiar ciegamente. Mis amigas dicen que soy una enamorada del amor, y seguramente tengan razón. Pero es mi manera de ser y, a estas alturas de la película, no tengo intención de cambiar. Aunque parezca un bicho raro.

—¿Por qué ibas a ser un bicho raro? No hay nada malo en todo lo que afirmas, porque pienso igual que tú. Al fin y al cabo, tienes en frente a otro iluso que también le escribe al amor y a los sentimientos, así que te entiendo perfectamente.

La conexión entre los dos se vuelve más tangible y, en consecuencia, la conversación discurre sin dificultad, de manera natural.

Así las cosas, le hablo un poco de los altibajos de mi carrera, sin entrar en detalles, y ella comparte algunos de sus sueños frustrados, de esas novelas que lleva tiempo escribiendo y que nunca se atrevió a publicar. Me fascina su sinceridad y esa mezcla de determinación y vulnerabilidad que me hace querer conocer cada faceta de su vida.

Poco después, cuando el sol termina de hundirse en el horizonte, decidimos regresar. Durante el camino de vuelta, siento que nuestras miradas se encuentran en cada esquina, en cada pausa. Al llegar al centro, me detengo antes de entrar al hotel.

—Luz, me gustaría verte más a menudo fuera del taller. Creo que entiendes a qué me refiero.

Como respuesta, sus ojos reflejan una chispa de emoción que no intenta ocultar.

—A mí también me gustaría, la verdad.

Siento la tentación de probar de nuevo esos labios que llevan metidos en mi cabeza desde anoche, y me aproximo despacio a ella, dándole tiempo de apartarse si así lo desea. Pero no parece que esa sea su intención.

Nos besamos con suavidad en un afán de reconocernos más allá de las palabras. Pero, como ocurrió ayer, tengo la impresión de que a los dos nos sabe a poco. Muy lentamente, vamos profundizando nuestras ganas, mientras mi lengua busca la suya, que sale a mi encuentro sin pudor. Me gustaría pedirle que me acompañara, que subiera conmigo, terminar en privado lo que estamos empezando en medio de la calle.

Pero a pesar de mi experiencia, no me atrevo. Acaba de reconocer que es una enamorada del amor, así que no puedo meterla en mi habitación a las primeras de cambio para hundirme en ella a la desesperada. Y, por si fuera poco, llevo bajo el brazo el manuscrito que me ha facilitado y que tan ansioso estoy por leer.

Mierda.

Eso me recuerda asuntos que no deberían pasar por mi cabeza. No ahora. Cosas que mellan mi fervor y consiguen que se rebaje.

—Te veo mañana en el taller, mi Luz. —Es una despedida dolorosa, pero necesaria.

—Claro.

¿Es decepción lo que percibo en su voz? Es posible, pero ya bastante miserable me siento con el documento que ha depositado en mis manos como para aprovecharme de lo que estoy seguro que ella está empezando a sentir por mí.

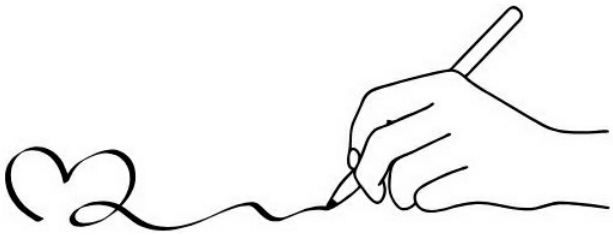
O yo por ella.

Nos despedimos con una sonrisa cómplice, y mientras la veo marchar, no puedo evitar pensar que me estoy adentrando en arenas movedizas.



CAPÍTULO 10

Fascinación



GAEL

No esperaba que fuera tan bueno.

Es lo primero que pienso al empezar a leer el manuscrito que acaba de entregarme Luz. Nada más cerrar la puerta de mi habitación, me he tirado sobre la cama y he comenzado a ojearlo. Y una vez empezado, no he podido parar.

No dudaba de su potencial, pero esperaba que, dentro de la calidad que sabría que encontraría, la historia no dejaría de ser la de una escritora amateur pendiente de pulir. Una de esas tramas que, si bien están bien contadas, necesitan que se les saque brillo para que deslumbre. Pero no. Luz es otra cosa. Cada página que paso me arrastra más hacia la siguiente, y es imposible no detenerse a admirar cómo las palabras parecen brotar del papel con vida propia.

Me cuesta admitirlo, pero estoy fascinado. Tal vez incluso, cautivado.

Con cada línea, Luz logra algo que muchos escritores consagrados envidiarían: conectar. Sus personajes no solo son creíbles; son auténticos, palpables. No idealiza el amor ni recurre a los clichés; lo muestra con una naturalidad y crudeza que resulta refrescante. Me deja con una sensación amarga y dulce a la vez, como si estuviera leyendo algo que yo mismo debería haber escrito en una época en la que mis historias tenían esa magia que parecía brotar de algún lugar honesto, profundo.

Avanzo sin apenas darme cuenta. No recuerdo la última vez que una novela me atrapó de este modo. Tal vez, ni siquiera mis propias obras lo hayan hecho. A veces, cuando uno escribe por encargo, al ritmo que otros dictan, su escritura acaba perdiendo ese fuego que lo hizo empezar. Pero aquí estoy, absorbido, como un lector cualquiera que no puede soltar el libro.

Entonces, mi móvil vibra sobre la mesa, sacándome de mi ensimismamiento. En un acto automático, llevo la mirada la pantalla y veo el nombre de Hugo.

—A la mierda. Que suene lo que quiera —me digo a mí mismo.

En efecto, al cabo de unos segundos, el sonido molesto del aparato cesa y yo sigo a lo mío.

Sin embargo, no han pasado ni cinco minutos cuando el teléfono vuelve a sonar de forma machacona. Ojeo el reloj de mi muñeca con fastidio, para comprobar que son pasadas las once de la noche

¿Es que este hombre no me va a dejar tranquilo jamás?

Consciente de lo insistente que puede llegar a ser mi editor, dejo el manuscrito a un lado y me dispongo a enfrentarlo.

—A ver, Hugo, ¿tú no tienes vida? —le pregunto nada más descolgar.

—Pues no. Me las estás arrancando tú día a día con tu silencio y tu falta de profesionalidad.

El peso de su insistencia es casi físico, y el sentimiento de agobio regresa con fuerza, arrastrándome de nuevo a la realidad.

Bien. Empezamos bien...

—Te recuerdo que estoy liado impartiendo un taller de escritura. Tengo trabajo que atender. Manuscritos que corregir...

—Y a ti se te olvida que tu principal obligación es conmigo, y no con un puñado de aprendices de tres al cuarto. Además, ¿por qué crees que te llamo a estas horas? Me consta que después de almorzar estás en clase con tus alumnos, por eso me veo obligado a contactar contigo tan tarde. Porque doy por hecho que por las mañanas estás escribiendo como un loco, ¿verdad? Y como comprenderás, no es mi intención cortar tu proceso creativo —me dice con un sobrado tono de retintín—. Ten por seguro que preferiría mil veces estar acostado ahora mismo con mi mujer que estar llamándote mientras me devano los sesos pensando en qué voy a hacer contigo.

El tono de su voz no augura nada bueno, pero me guste o no, es mi jefe, y me tengo que morder la lengua. Así que no me queda más remedio que respirar hondo, tratando de mantener la calma.

—Bueno, entonces, ¿qué tienes para contarme? —insiste ante mi repentino silencio—. Necesito saber cómo va ese libro que me prometiste. Estamos apurando los plazos, y los de marketing ya están perdiendo la paciencia. Les dije que estabas “trabajando en algo grande”, pero no podemos seguir aguantando con esa excusa.

—Lo estoy, Hugo —miento, o tal vez no del todo. ¿No estoy acaso trabajando en algo que tiene el potencial de ser grande? El problema es que no es mío…

—Vale, Gael, ¿y qué significa eso exactamente? —replica él, incrédulo—. Necesito fechas, algo concreto. Nos prometiste que este libro cambiaría la situación y quiero ver pruebas de ello.

Mis ojos vuelven, casi sin querer, hacia las páginas que tengo a mi lado. El manuscrito de Luz está ahí, provocador, como una solución tentadora y peligrosa. No soy capaz de concentrarme en lo que él me dice mientras sigo mirando esas palabras que podrían ser mi salvación.

La idea es tan sencilla que duele: ella tiene talento, tiene algo especial. Sin embargo, le falta visibilidad, contactos, experiencia en la industria. En cambio, yo tengo los recursos, los

medios para hacer despegar una historia como esta y convertirla en un éxito. No sería difícil darle mi toque personal, adaptarla a mi estilo. Con un par de modificaciones, incluso ella misma podría no reconocer su trabajo… Y, sin embargo, la mera idea de hacerlo me resulta tan rastrera y asquerosa que siento náuseas por tan siquiera pensarla.

—Gael, ¿me estás escuchando? —la voz de Hugo me saca de mis pensamientos.

—Sí, Hugo, perdona.

—Necesitamos ese libro pronto. Estás estancado, Gael, y lo sabes. Haz lo que sea necesario, pero mándame algo decente antes de fin de mes.

Cuanto más insiste, más atrapado me siento. Como un hombre al que le han dado un ultimátum que no tiene manera de cumplir. Cuelgo el teléfono y vuelvo a mirar el manuscrito. Podría ser tan sencillo como tomar prestada la esencia de la historia de Luz y pulirla, darle mis giros, convertirla en algo mío. La tentación es casi tangible, y al mismo tiempo, la culpa empieza a carcomerme.

Suspiro y cierro los ojos, dejando que una oleada de pensamientos confusos me invada. Soy consciente de que mi realidad actual es tratar de sobrevivir en un mundo que parece haberse vuelto en mi contra. Estoy atrapado en una rutina que no me conduce a ninguna parte, y la presión de Hugo no hace más que recordarme que no hay margen de error.

La imagen de Luz se materializa en mi mente. La forma en que me miró cuando me entregó su trabajo me está matando.

Lo ha hecho porque confía en mí, pensando que está poniendo sus sueños en manos seguras. De repente, esa confianza se vuelve una carga insoportable sobre mis hombros, consciente de que, si robara su trabajo, sería una traición que no podría redimir jamás.

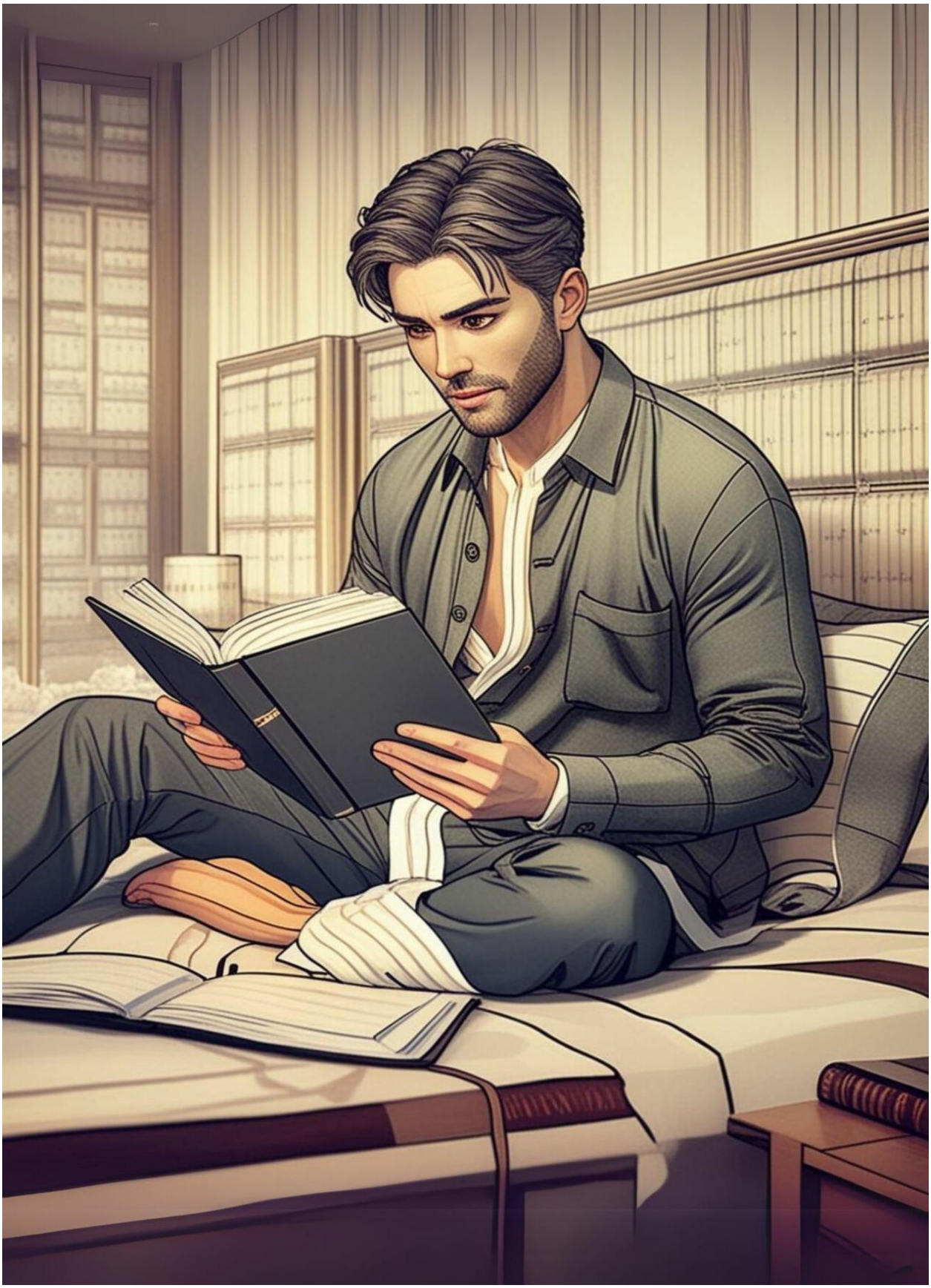
Y, sin embargo, la idea sigue ahí, tentadora. Sé que podría transformar sus palabras en algo que llevara mi nombre, algo que me devolviera el éxito. Después de todo, nadie sabe lo que pasa entre bambalinas. Podría reescribir esta historia, darla a conocer, hacerla famosa… Pero entonces, ¿en qué me convertiría?

Retomo la lectura sin el mismo entusiasmo de hace un rato. Pero solo hace falta pasar la página para volver a perderme en su prosa fluida. La historia es sencilla y al mismo tiempo, desgarradora. Un romance con una intensidad cruda, sin adornos. Como si ella hubiera abierto su corazón para escribir cada línea. No hay falsedad ni pretensiones en sus palabras, solo sentimientos desnudos, y me sorprende cuánto me identifico con ellos. Hay algo casi mágico en su manera de escribir, en la capacidad que tiene para capturar emociones que a mí me han sido esquivas.

Cierro el manuscrito de golpe, y mis ojos vuelan al cuaderno y al ordenador que tengo cerrados sobre el pequeño escritorio de la habitación. Me asusto al comprender cuán cerca estoy de ceder.

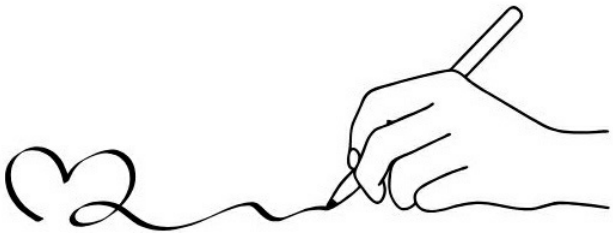
Dejo el manuscrito sobre la mesa y me paso las manos por el rostro.

No lo hagas, Gael. No lo hagas. No caigas en la tentación.



CAPÍTULO 11

Ansiedad



GAEL

Las horas avanzan como si el tiempo no existiera, y cuando por fin termino el manuscrito de Luz, el cielo está clareando. Me pican los ojos por la falta de sueño, pero doy el tiempo por bien invertido. Lo dejo sobre la mesita de noche y me levanto de la cama para estirarme. Enseguida, mi atención regresa a ese tocho inerte que me ha removido tantas cosas por dentro.

¿Qué debo hacer? Me pregunto una y otra vez. Me dejo caer de nuevo en la cama y cierro los párpados buscando descansar un rato, aferrándome a la calma y al silencio que me envuelve. Pero mi mente se ha convertido en una espiral caótica que me impide conciliar el sueño.

La promesa de Hugo, la presión de los plazos, las expectativas aplastantes que me he autoimpuesto… Todas esas cargas se combinan para convertirse en una losa que me impide respirar con tranquilidad. Así va a ser imposible que pegue ojo.

De todos modos, lo intento. Sin embargo, las imágenes de Luz y su expresión sincera y confiada al entregarme el manuscrito se cuelan por mis párpados cerrados.

Y cuando por fin caigo en los brazos de Morfeo, una pesadilla terrible me asalta de manera inmisericorde: estoy en una firma de libros, nadie ha acudido a verme. Solo está Hugo, quien me observa desde un rincón con una expresión de decepción infinita. Al otro lado de la mesa, Luz sostiene entre las manos su manuscrito, pero en lugar de dármelo con la generosidad que la caracteriza, lo aleja de mí mientras se ríe ante mi fracaso.

Me despierto sobresaltado, con una mezcla de angustia y vergüenza ardiendo en el pecho. No sé cuánto tiempo paso sentado en la cama con la respiración agitada y las imágenes del sueño castigando mi imaginación. Cuando logro tranquilizarme, siento cómo mi determinación se vuelve firme.

Soy un cerdo, lo sé. Pero he tomado una decisión y que el demonio me lleve si hace falta.

Me levanto y observo que el reloj del móvil marca las nueve de la mañana. Estoy agotado, como si en lugar de dormir hubiera peleado en una batalla. Me acerco al escritorio y enciendo el ordenador, intentando acallar el malestar que llevo en el cuerpo. Por pura inercia, abro el archivo en el que se supone que estoy trabajando; un documento que he abandonado demasiadas veces con párrafos mediocres que no me llevan a ningún lado.

Repaso lo poco que llevo escrito y lo que veo me devuelve una mezcla de frustración y desolación. Por primera vez, me siento realmente incapaz de cumplir con lo que me he propuesto. Los personajes, las escenas, la trama… todo me resulta insulso y aburrido a más no poder.

Si voy a hacerlo, mejor no pensarlo más.

A pesar de que prefiero escribir en papel, no tengo tiempo para el ritual de hacerlo a mano y luego pasar cada línea al ordenador. Así que abro un archivo nuevo en Word y me obligo a teclear. Miro la pantalla en blanco y, tras un suspiro, comienzo a golpear las teclas con una determinación nacida del agotamiento. Ni siquiera me detengo a pensar demasiado; simplemente dejo que las palabras fluyan...

Pasan los minutos y, para mi sorpresa, los párrafos se suceden con rapidez. No sé si lo que escribo tiene calidad, pero, al menos, tengo algo. Los protagonistas empiezan a perfilarse, y aunque mi mano tiembla cada vez que pienso en el texto de Luz, me obligo a mantener mi propio estilo. Pero en el fondo, soy dolorosamente consciente de que esa idea no es mía. De que esos personajes, aunque tengan otro nombre y otro aspecto, no los he creado yo. Que la trama, no me pertenece.

Y, aun así, no me detengo. Sigo, sigo y sigo hasta el punto de perder la noción del tiempo.

El mediodía se presenta sin previo aviso, y el cansancio me obliga a detenerme un segundo. Miro la pantalla. ¿Cuánto he escrito? ¿Veinte páginas, veinticinco? ¡Hacía siglos que mis dedos no respondían con tanta celeridad a la llamada de las teclas!

Mi estómago, que no ha probado nada desde el día anterior, ruge furioso en reclamo de algo que devorar. Debería bajar a la cafetería o a cualquier restaurante a comer, pero antes me echo hacia atrás en la silla para contemplar el documento con una mezcla de agotamiento y alivio.

No he corregido los textos de mis alumnos del día anterior, y no me queda mucho tiempo si quiero ir al taller con las *tareas* hechas. Así que me veo obligado a parar para darme una ducha —que buena falta me hace después del cansancio acumulado que tengo—, vestirme y bajar a almorzar. Eso sí, con los trabajos metidos en la mochila para poder revisarlos mientras como.

La cafetería está repleta de murmullos y de tintineos de cubiertos contra platos. Me dejo caer en una silla de las que hay ubicadas en el patio interior, y mientras espero el menú, saco las tareas que les puse a mis alumnos y empiezo a ojearlos. Apenas logro concentrarme. Mi mente sigue atrapada en lo que he dejado en la habitación, deseando continuar mi trabajo (vale, resulta irónico llamarlo de semejante manera) donde lo he dejado.

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Al ver el nombre de mi hermana en la pantalla, dejo los folios a un lado y contesto.

—Hola, Manu —su voz es cálida, un contraste reconfortante respecto al caos que siento por dentro.

Sonrío al oír la forma de mentarme. Solo mi familia me llama por mi verdadero nombre, Manuel, Manolo, o por lo general, Manu.

—Hola, hermanita. ¿Qué te cuentas?

—Eso quisiera saber yo. Qué te cuentas tú. Llevas desaparecido casi un mes. No llamas ni a mamá, ni a Julio —mi otro hermano—, ni obviamente, tampoco a mí. Siempre tenemos que ser nosotros los que te echemos el teléfono encima para saber cómo estás —me reprocha con dureza, aunque sin perder su dulzura.

Así es Sofi. Te sabe reñir, aunque parezca que estés hablando con la Madre Teresa de Calcuta.

—No empecemos… ya sabes que ando muy ocupado.

—Ya, ya… siempre la misma excusa. ¿Y dónde se supone que estás ahora? Porque ayer por la tarde me pasé por tu casa y no había nadie. ¿Acaso estás en otra firma de libros?

Mi estómago se contrae. Qué más quisiera yo que estar en una firma de libros… Pero mi familia no está al tanto de mi progresivo debacle como escritor. Me da miedo, o, mejor dicho, vergüenza, reconocer que voy cuesta abajo y sin frenos.

—¿Acaso no te acuerdas de que te comenté que iría a Cádiz a impartir un taller?

—¡Ay, sí, es verdad! —Exclama y la puedo imaginar llevándose la mano a la frente—. Pero no me acordaba de la fecha. ¿Entonces estás allí?

—En efecto.

—Bueno, ¿y qué tal va la cosa? ¿Estás contento?

—Bueno, tirando, dentro de lo que cabe. —¿Por qué le he dicho eso? Ahora seguro que me va a preguntar que a qué viene esa respuesta.

En efecto, no me equivoco.

—¿Dentro de lo que cabe? Eso no suena nada bien. ¿Qué te pasa?

La fastidiaste, Gael. Ella no va a dejar pasar el comentario así sin más.

Dudo por un momento si debo decirle la verdad. Hay cosas que uno no comparte, ni siquiera con la familia. Pero la presión y el agobio que siento me impulsa a hablar.

—Es solo que... tengo un dilema, Sofía.

—Habla. Te escucho. Sabes que si puedo ayudarte en algo…

Guardo silencio unos instantes, buscando la mejor manera de plantear la cuestión.

—Supongamos que tuvieras que hacer algo que está mal, algo que sabes que es incorrecto, pero que es tu única salida. ¿Qué harías?

El silencio se alarga al otro lado de la línea y puedo imaginar su ceño fruncido, la forma en que mueve los labios de un lado a otro cuando está pensando.

—Joder, Manu, menuda preguntita. Si pudieras ser un poco más específico… —me tantea con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Solo es una hipótesis —añado rápidamente, intentando quitarle peso—. No te preocupes, es un tema de trabajo.

—Sin embargo, intuyo que es algo importante para ti, aunque sea un asunto laboral.

—Podría decirse que sí…

—Y, ¿realmente es una hipótesis o un problema real?

Guardo silencio. No me gusta mentirle a mi hermana, pero tampoco puedo confesarle lo bajo que he caído.

—Entiendo… —me dice. Llego a la conclusión de que ella misma ha debido sacar sus propias deducciones—. Sin conocer el dilema, es muy difícil darte una respuesta. Creo que nadie debería traicionar sus principios, pero entiendo que en ocasiones... No sé, supongo que la desesperación nos hace pensar o hacer cosas que jamás creeríamos ser capaces.

—Tienes razón; la desesperación puede ser a veces muy puñetera.

—Manu, me estás preocupando. ¿Qué es lo que ocurre?

Suspiro de manera audible, sin ser capaz de revelar mi secreto.

—No puedo contártelo, hermanita. No es por falta de confianza, sino que…

No soy capaz de explicar más.

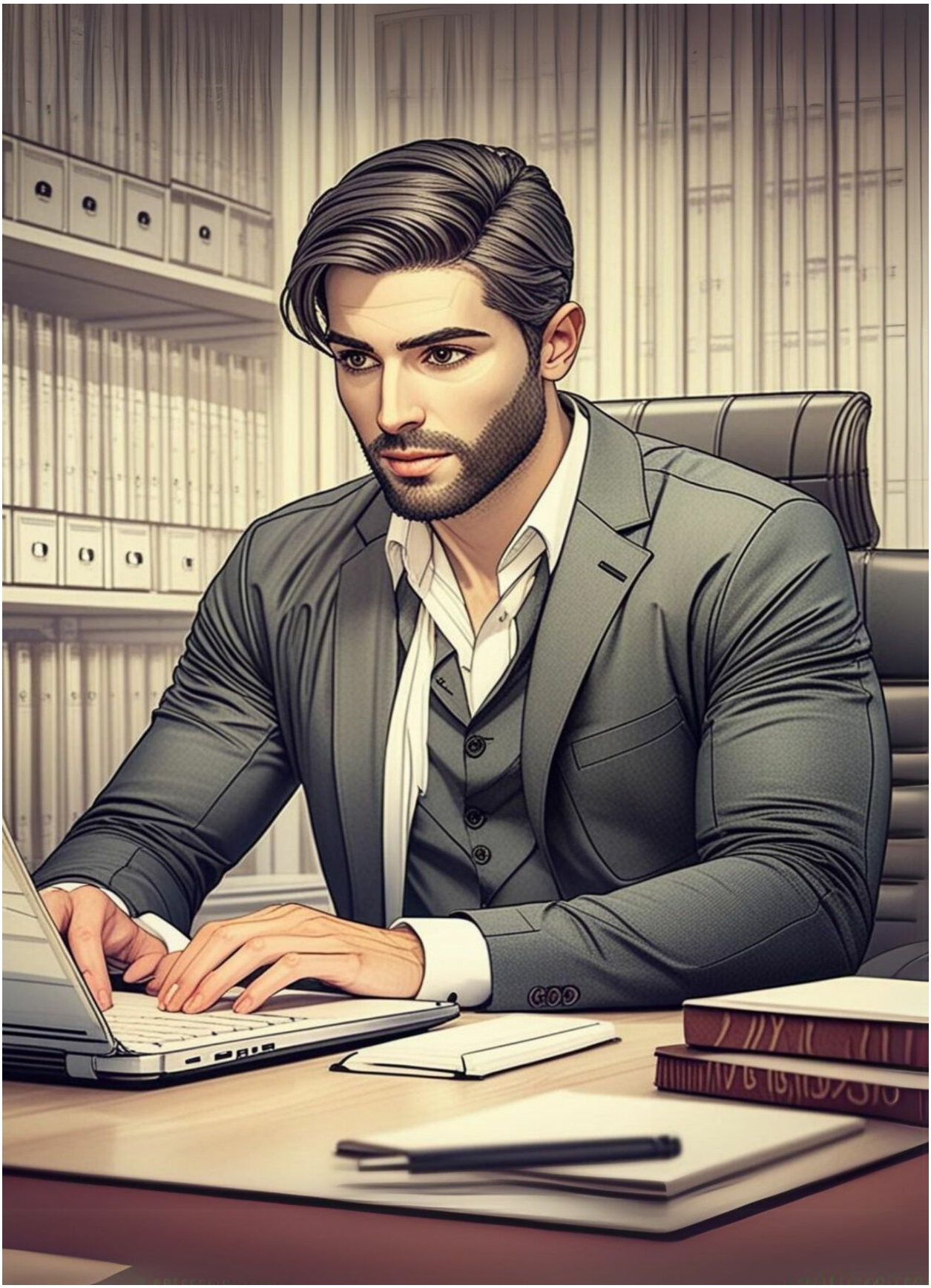
Soy un cabrón, y no es agradable reconocerlo frente a gente que te quiere de manera incondicional. ¿Qué podría llegar a pensar Sofía de mí si le contase la verdad?

—Ya veo. En tal caso, solo puedo decirte una cosa: sea lo que sea, asegúrate de que después puedas vivir contigo mismo.

El nudo en mi garganta se aprieta. Me siento incapaz de continuar con la conversación, así que me despido de mi hermana con un pretexto burdo y cuelgo. Por un momento, me quedo mirando la pantalla del móvil, reflexionando sobre sus palabras.

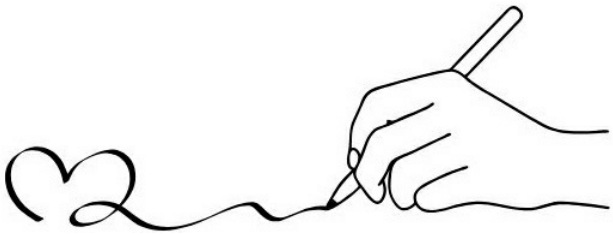
Soy consciente de que estoy en un punto de no retorno y, aun así, algo en mí se niega a dar marcha atrás.

—Que el demonio me lleve —murmuro para mí mismo, sellando la decisión.



CAPÍTULO 12

Un día perfecto



GAEL

El sol comienza a despuntar en el horizonte cuando Luz y yo emprendemos nuestro viaje hacia Tarifa. La carretera serpentea entre colinas verdes y vistas al mar, y un aire fresco y salado se cuela por la ventanilla, despejando las últimas sombras de sueño que aún puedan quedar. Luz lleva el cabello recogido en una coleta alta que le sienta fenomenal. Mientras conduce, tararea una melodía alegre que suena en la radio. Me sorprendo a mí mismo mirándola más de lo que debería, grabando en mi memoria la curva de su sonrisa y la manera en que sus ojos se iluminan al ritmo de la música. Hoy, solo por hoy, decido apartar de mi mente cualquier pensamiento sombrío. Quiero disfrutar de ella, de nosotros. Sin más.

—¿Estás seguro de que quieres que conduzca yo todo el trayecto? —pregunta, con una ceja levantada y una sonrisa que juega en sus labios.

—Segurísimo. Me encanta verte al volante. Así tengo una excusa para mirarte sin que te des cuenta —respondo, medio en broma, medio en serio.

Ella ríe, ese sonido libre que siempre logra desarmarme. Sus dedos, frágiles y seguros, sueltan un instante el volante para buscar los míos y entrelazarlos. Ese simple gesto, la calidez de su piel contra la mía, hace que el nudo en mi pecho se cierre un poco más. Pero no dejo que se note. Aprieto suavemente su mano y la suelto para no distraerla mientras conduce.

La conversación se desliza sobre temas banales, de forma fluida y ligera, como si el aire que entra por la ventana también acariciara las palabras. Hablamos de las mejores vistas de la costa, cuál es la parada obligatoria para tomar café, y chistes sobre turistas vestidos con bañadores de flores y calcetines blancos. La risa de Luz se mezcla con el murmullo del viento y el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto. Me siento feliz, como si el peso de mis decisiones aún no hubiera tenido tiempo de dejar su huella en mi ánimo.

Cuando llegamos a la playa de Bolonia, el paisaje nos deja sin aliento. Las olas rompen

con fuerza en la orilla, y la arena blanca se extiende hasta donde alcanza la vista. Apenas hay gente, lo cual es un alivio; quiero que este día sea solo nuestro, un paréntesis en una realidad que tarde o temprano volverá a golpearme.

Desplegamos la toalla sobre la arena, colocamos la sombrilla y sacamos el tentempié y los zumos que hemos preparado para picotear a media mañana. Los bocadillos y los refrescos los dejamos para el almuerzo. Luz se sienta con las piernas cruzadas y mientras me pasa un paquete de patatas fritas que acaba de abrir, me mira con una sonrisa juguetona.

—¿Te atreves a subir la duna? —pregunta, señalando con la cabeza la colina que se alza imponente a nuestra derecha.

—¿Ahora? ¿Con el calor que hace? —Finjo horror, aunque en el fondo me emociona la idea de compartir esa experiencia con ella. —Sabes que voy a sudar como si hubiera corrido una maratón, ¿verdad?

—Pues sí, eso te lo garantizo. La subida engaña y se hace más dura de lo que parece. —Me lanza una mirada pícara y se pone de pie, sacudiéndose la arena—. Has traído crema solar, ¿verdad?

—Gracias por quitarme las ganas... Pero si tú eres capaz de subirla, no seré yo quien me eche atrás. Y sí, claro que he traído protección. —Rebusco en mi mochila para sacar el bote que he comprado por la mañana en la farmacia que hay frente al hotel y se lo muestro—. No soy tan temerario. Tú eres de Cádiz y estás acostumbrada al sol; pero yo, que soy de la meseta, estoy más blanco que un muñeco de nieve.

—Y después somos los andaluces los que tenemos fama de exagerados, ¿no? —se ríe de nuevo—. Anda ya, ni que fueras Olaf...

—¿Y ese quién es?

—Si me lo preguntas, es que no tienes sobrinas pequeñas...

—¡Sí que las tengo! Mi hermana Sofía tiene una hija de 5 años y otra de 8.

Me doy cuenta de que es la primera vez que le hablo de mi familia. No es algo que suela hacer con personas a las que conozco de tan poco, pero de repente cruza por mi mente la imagen de ella y Sofía, juntas. Conversando y riendo con complicidad. Las niñas revoloteando por el salón de casa de mis padres mientras yo las observo a la distancia con una sonrisa de satisfacción en los labios...

Me gusta lo que mi imaginación recrea y me pregunto si algún día esa visión podrá convertirse en realidad.

—¿Y no les gustan las princesas Disney? —me inquiere, sacándome de mi repentina ensoñación.

—No mucho, la verdad. A ellas les va más cualquier cosa que tenga ruedas. No se pierden ni una carrera de motos de las que retransmiten por la tele. Pero claro, su padre es igual, así que tienen a quién salir.

—¿En serio? ¿No han sacado la vena romántica de su tío?

—Por el momento, no parece —me encojo de hombros—. Pero supongo que todavía son pequeñas para eso.

—Tienes razón. Bueno... cremita y a caminar.

—¿Me la pones tú? —Aunque no tengo intención de quitarme de momento la camiseta, la idea de que me acaricie la piel es demasiado sugerente como para dejarla pasar.

—Por supuesto.



Nos lanzamos a la subida entre risas y resoplidos. La arena es traicionera, se hunde bajo nuestros pies y nos obliga a avanzar a trompicones, pero la emoción del momento nos arrastra. Luz se detiene un segundo, jadeando, y se vuelve hacia mí. Tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes, y por un instante, el mundo se reduce a esa imagen.

—¡Venga, perezoso! ¡Que te pesa el culo! —me anima, estirando la mano para que la tome.

Así lo hago y aprovecho para ser yo quien coja impulso para adelantarla un tramo, dejándola atrás.

—¿A mí? —le espeto—. ¡No te lo crees ni tú!

Echo a correr dejando los pulmones en cada zancada, pero al mirar hacia atrás, observo como ella se ha picado y me persigue como si le fuera la vida en ello.

Conseguimos, no sin esfuerzo llegar a la cima, y nos dejamos caer sobre la arena, sin resuello y riendo a carcajadas. La vista desde allí es impresionante: el mar se extiende hasta el infinito, y el viento, fuerte y salvaje, nos golpea sin piedad.

—¿No te parece que a veces las cosas más simples son las más perfectas? —dice Luz, sin apartar la vista del horizonte.

—Sí —respondo, pero no miro el mar. La miro a ella.

Siento como si el tiempo se detuviera —o quizás soy yo el que no quiero que avance—, y sin pensarlo dos veces, me inclino y la beso. Es un beso cargado de todo lo que no me atrevo a decir en voz alta. Ella responde con la misma intensidad, sus manos enredándose en mi cabello, y por un instante, todos los problemas que durante semanas me han agobiado sin descanso, desaparecen. No hay editor, no hay traición, no hay plazos. Solo nosotros y la inmensidad del mar.

Cuando nos separamos, ambos respiramos agitados, y la sonrisa que nos cruzamos es cómplice, llena de significados ocultos.

—Deberíamos bajar... Tengo hambre —dice ella, aunque sus ojos me dicen que no quiere que el momento termine.

—Yo también, pero de ti.

Luz se muerde el labio y la imagino tumbada en la cama de mi habitación. Sugerente. Hermosa. Diosa.

No obstante, el apetito nos gana la batalla y bajamos corriendo la duna, deslizándonos por la arena como si fuéramos niños, dejando que la gravedad haga su trabajo. Caemos juntos en la

orilla, riendo y jadeando, con la ropa manchada de arena y el corazón latiendo desbocado.



La tarde avanza entre charlas, chapuzones y momentos de silencio en los que simplemente nos quedamos uno al lado del otro, escuchando el murmullo de las olas y el viento susurrante. Decidimos recoger los bártulos cuando el sol empieza a teñir el cielo de tonos naranjas y rosados. Nos queda algo más de una hora de camino y Luz me comenta que prefiere salir antes de que se nos eche encima la noche.

El trayecto es un eco de la tarde, lleno de risas, complicidad y pequeñas caricias. Al llegar al hotel, el impulso me arrastra, y antes de pensarlo demasiado, las palabras salen de mis labios:

—Quédate conmigo esta noche.

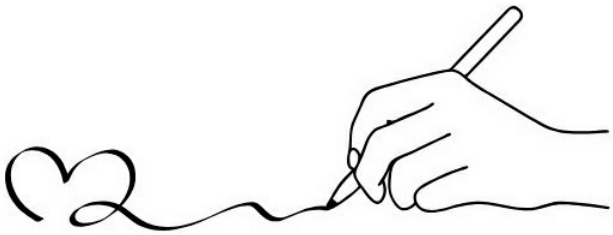
Luz parpadea, sorprendida, y su sonrisa se suaviza, volviéndose más íntima. Asiente, y me invade una sensación de paz, como si me hubieran quitado un peso de encima.

Nos miramos en silencio, y en esa mirada, siento que estoy cayendo, sin red y sin reservas.



CAPÍTULO 13

Realidad



MARILUZ

El salitre de la playa aún impregna mi piel cuando cruzamos la puerta de la habitación de Gael. El sonido lejano del bullicio callejero se mezcla con nuestras risas nerviosas. Me detengo un momento en el umbral, contemplando la habitación bañada por la luz tenue de la incipiente luna que se vislumbra a través del balcón. No sé por qué, pero la idea de compartir esta noche con él, en un espacio tan íntimo, hace que mi corazón lata desbocado.

—Bueno, creo que necesitamos una ducha urgente —dice Gael con una sonrisa, mientras sacude un poco de arena que está atrapada en su cabello oscuro—. Entre la arena y la sal, siento el cuerpo pegajoso.

Asiento, sintiendo un leve sonrojo en la piel. Se acerca y coloca sus manos suavemente en mi cintura, sus ojos buscando los míos con una intensidad que hace que el aire entre nosotros se vuelva denso.

—¿Lo hacemos juntos? —esa voz profunda ataca mis sentidos sin piedad. Aprieto los muslos de solo visualizar la imagen que él propone.

—Hay un problema —arguyo mientras noto cómo su brazo me rodea para pegarme cada vez más a su cuerpo.

—Déjame adivinar —aventura—: No tienes ropa de repuesto, ¿verdad?

Río, nerviosa, y sacudo la cabeza.

—No, la verdad es que no.

Gael me mira, y la chispa traviesa en sus ojos se intensifica.

—No te preocupes. —Su voz me acaricia, baja y ronca—. Esta noche no vas a necesitar nada que cubra tu precioso cuerpo.

El calor sube por mi cuello, extendiéndose por mi rostro. Antes de que pueda responder, me besa. Un beso que empieza suave pero que no tarda en convertirse en algo profundo, urgente. Mis manos encuentran su pecho, y puedo sentir los latidos de su corazón al mismo ritmo frenético que los míos. Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

Me quita las gafas y las deja sobre la mesita de noche. Me aparta el pelo de la cara y, al mirarme, su sonrisa se vuelve triste. Une su frente a la mía y noto su aliento en mi rostro.

—Vamos —dice, besándome la punta de la nariz antes de tirar de mí hacia la puerta que queda a mi espalda.

El baño es amplio, con una ducha de cristal que deja ver los azulejos blancos y un grifo plateado que refleja la luz tenue del cuarto. Gael abre el agua y el vapor comienza a llenar el espacio, envolviéndonos en una burbuja cálida. Se quita la camiseta y me observa mientras yo hago lo mismo, nuestros movimientos acompasados por una mezcla de nerviosismo y anticipación. Cuando ambos estamos desnudos, me toma de la mano y me lleva bajo el chorro de agua.

El rocío tibio corre por nuestras pieles, llevándose consigo los restos de sal y arena, y cada gota parece intensificar el contacto entre nosotros. Gael desliza sus manos por mi espalda, sus dedos explorando con una suavidad que contrasta con la fuerza de su mirada. Yo cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones que me proporcionan, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, la tensión en sus músculos y la ternura de sus caricias. Es un momento de descubrimiento y abandono, de compartir algo más que palabras o miradas. Cuando sus labios encuentran los míos nuevamente, el mundo exterior se desvanece.

Nos movemos con una sincronía natural, como si nuestros cuerpos hubieran estado destinados a encontrarse de esta manera. El vapor, el sonido constante del agua y nuestras respiraciones entrecortadas crean una atmósfera cargada de pasión. Gael se aparta un momento, su mirada recorriendo cada rincón de mi rostro.

—Eres perfecta —susurra mientras acaricia mi mejilla.

Y antes de que pueda responder, vuelve a besarme, llevándonos a un frenesí que nos deja sin aliento.

El agua corriendo sobre nuestros cuerpos se convierte en un preludio. La necesidad es tan grande que no tardamos en salir de la ducha, envueltos en las mullidas toallas del hotel. Nuestras risas se entremezclan con la sensación de que estamos al borde del abismo. Gael me carga en brazos y me lleva hasta la cama. Me deposita sobre las sábanas con cuidado. Siento que me ahogo de expectación al ver cómo se inclina sobre mí, a la vez que va arrastrando la toalla y nuestros cuerpos vuelven a encontrarse, piel contra piel.

De repente, el mundo se detiene en esta habitación, únicamente iluminada por las luces de la ciudad, mientras la pasión nos consume.

—Me vuelves loco, Luz —me susurra haciendo que me estremezca hasta la médula—. Quiero que esta noche solo sea para nosotros dos. Que nada pueda enturbiar este momento. No pensemos en el ayer, y mucho menos en el mañana. Solo en el ahora. Te necesito tanto, mi Luz... No te imaginas cuánto. Te estás convirtiendo en el faro que me guía. No sé qué voy a hacer contigo... ni conmigo.

—Lo que quieras...

—Entonces, tócame. Necesito sentirte.

No me dice dónde, pero mis manos tienen vida propia y bajan muy lentamente por su pecho hasta alcanzar el centro más sensible de su ser. Noto cómo contiene la respiración, y eso provoca que me sienta más poderosa de lo que lo he estado nunca.

Apenas nos conocemos, pero los sentimientos que él me provoca no los había experimentado nunca con nadie. No es el momento de ponerle nombre. Solo de dejarnos llevar y sentir.

—No creo que pueda soportar esto por mucho tiempo —reconoce con la voz cargada de deseo—, no ahora.

Toma los dedos que lo retienen y los separa de su cuerpo. Al instante, puedo sentir cómo se va abriendo hueco entre mis piernas, antes de hundirse en mi interior para convertirnos en un solo ser.

No encuentro palabras para expresar la sensación que me invade. Me limito a arquear la espalda, saliendo a su encuentro una y otra vez. Sin haberlo ensayado, iniciamos una danza perfecta, acompasada, que sube de compás con rapidez y que en pocos minutos, nos lleva a un clímax abrumador y explosivo.

Lo abrazo con fuerza. Él también me abraza a mí. Y así nos mantenemos unos instantes, sintiendo que la unión que acabamos de experimentar va más allá de lo físico. O al menos, en lo que a mí respecta, sé con certeza que ha llegado hasta lo más profundo de mi alma.



Despertar es como volver de un sueño, uno del que no quisiera salir. Me desperezo y noto la tibieza de las sábanas y el cuerpo de Gael a mi lado, su respiración tranquila y acompasada. Abro los ojos y me encuentro con que la luz del amanecer comienza a filtrarse por las cortinas. Gael se mueve y pestañea, mirándome con una sonrisa ladeada.

—Buenos días, mi *Bella Durmiente* —murmura con la voz rasposa a causa del sueño.

—Buenos días, mi *Príncipe Encantador* —respondo, acariciando su rostro.

Se acurruca bajo las sábanas y se pega a mí, sin ninguna intención de levantarse. Frota su nariz contra mi cuello hasta hacerme cosquillas.

—Para...

Él sonríe y vuelve a cerrar los ojos.

Me gusta observarlo así, tan relajado, tan sereno, tan... ¿feliz?

El hombre que yace a mi lado ya no se asemeja al mismo de los últimos días. Aquel que parecía preocupado y con una nube oscura sobrevolando su cabeza ha desaparecido para dar lugar al otro Gael, al que conocí nada más llegar: el que se mostraba seguro de sí mismo y que desprendía una personalidad desbordante.

—Gael, tengo hambre... —le digo, moviéndole el hombro. Desde ayer, solo tenemos en el cuerpo el bocadillo que nos comimos en la playa.

Una vez que nos encerramos en la habitación, ninguno de los dos prestó demasiada atención a la cena. Pero ahora mi estómago empieza a gruñir y ya va siendo hora de darnos un homenaje... de comida.

—Hummm... —se limita a contestar.

—No me puedo creer que con el cuerpo que tienes, no tengas ganas de desayunar...

—¿Estás tú en la carta?

Me río porque, aún con la voz pastosa, parece saber muy bien lo que quiere.

—Quizás, pero como último plato.

—Está bien... —Se despereza en la cama y no puedo contener la sonrisa—. Dios, estoy muerto. La dichosa duna cansaba más de lo que parecía.

—¿Seguro que tu cansancio es por eso?

Abre un ojo y me mira travieso.

—Entre otras cosas... ¿Cómo estás tú? —me pregunta después de una pausa.

—Bien, pero necesito ir a casa a cambiarme de ropa. Solo tengo la que llevaba ayer. Pero si te parece, como vivo cerca, vuelvo y desayunamos juntos.

Se incorpora y me besa en la frente antes de levantarse.

—Está bien. Yo voy a darme una ducha rápida a ver si me despierto. —Lo veo incorporarse y me quedo embobada observando su cuerpo desnudo. Él se da cuenta de mi escrutinio y sonríe con picardía—. ¿Te vienes? —me invita, alargando su mano para que lo acompañe.

¡Este hombre es un peligro para mí!

Niego con la cabeza.

—Si me meto ahí contigo, dudo mucho de que vaya a salir de aquí en un buen rato —bromeo.

—Bueno, eso no suena tan mal —replica, guiñándome un ojo

—Anda, anda... Entra en la ducha y ahora nos vemos.

El sonido del agua cayendo y la voz de Gael cantando una melodía que no reconozco me hacen sonreír. Me quedo un momento en la cama, disfrutando de la sensación de plenitud que rara vez me permito. Estoy feliz. No hay rastro de arrepentimiento en mí, solo una certeza dulce y serena.

Me levanto y empiezo a pasear por la habitación, en busca de mi ropa que quedó esparcida por el suelo la noche anterior. En la mesa que está próxima al balcón, veo el manuscrito que le entregué a Gael, medio oculto por su cuaderno de notas. Lo tomo entre mis manos y lo hojeo, sonriendo. No he tenido la oportunidad de preguntarle qué le ha parecido, si ha encontrado en él algo especial.

El ordenador portátil está a un lado, abierto, pero apagado. Sin querer, rozo una tecla y la pantalla se ilumina, mostrando un documento abierto. Al principio, no pienso demasiado en ello, pero algo en el formato me resulta familiar. La curiosidad me gana, y me siento, desplazando el cursor para leer mejor.

Con cada palabra que mis ojos absorben, el mundo se vuelve más estrecho. Mi

respiración se acelera y un frío desagradable se instala en mi estómago. Las frases, los personajes, la historia... Todo me resulta inquietantemente conocido.

—Esto no puede ser verdad...

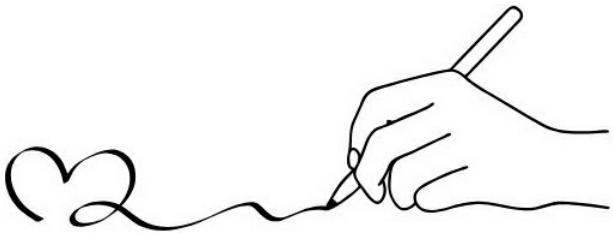
La frase queda suspendida en el aire, mientras mi mente intenta procesar lo que estoy leyendo. Mis dedos tiemblan sobre el pad que mueve el cursor cuando paso a la página siguiente, buscando una explicación, una salida a lo que parece un absurdo error.

Mi mundo, que había creído perfecto por un momento, comienza a desmoronarse.



CAPÍTULO 14

Traición



MARILUZ

El lejano murmullo del agua de la ducha cayendo a un ritmo constante apenas logra distraerme de la tormenta que acaba de estallar en mi interior.

Aunque lo tengo frente a mis ojos, mi mente se niega a creerlo. En un intento de autoengañarme, primero trato de convencerme de que no es más que una coincidencia absurda. Pero la realidad se impone, tozuda. Porque, a ver… no soy tan tonta.

O quizás, sí.

Joder, claro que lo soy. Soy la soberana de las idiotas supinas.

Leo y releo lo que tengo delante, y no tengo manera de enmascarar lo que significa. Los nombres de los personajes son distintos, sí, pero a medida que avanzo en el texto, me doy cuenta de cómo cada párrafo, cada página, no es más que un reflejo de mi historia. Esa que he escrito con tanto cuidado y cariño, para ponerla en las manos de Gael con una confianza ciega.

¡Estúpida, estúpida, estúpida!

De repente, toda la noche que hemos compartido la siento como una farsa. La pasión, las risas, la forma en que sus manos han acariciado cada rincón de mi cuerpo... todo queda manchado por esta revelación.

Siento la tentación de coger el portátil para tirarlo por el balcón, como si con ese gesto pudiera acallar el dolor punzante que me atraviesa el pecho. Pero me contengo. Por Increíble que parezca, soy capaz de controlarme a pesar de sentir como una densa bruma empieza a envolverme.

Mis piernas se mueven por si solas, como si fuera un autómata, alejándome del escritorio, pero sin poder apartar la vista de él. Por fin, consigo desconectar mi mente un instante para girar sobre mí misma, despacio, buscando a mi alrededor… ni siquiera sé el qué. Veo la ropa de Gael

tirada por el suelo, las sábanas revueltas sobre la cama, y de nuevo, como si de un canto de sirena se tratase, mis ojos se quedan anclados en el ordenador que permanece sobre la mesa.

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha sido capaz?

¿Cómo YO he podido ser tan ingenua?

De pronto, el sonido del agua cesa. Mi corazón da un vuelco, consciente de que en cuestión de segundos él atravesará el umbral de la puerta que separa ambas estancias.

Ese hueco que, más que nunca, nos separa a los dos.

Tengo que enfrentarlo, pero me encuentro en tal estado de shock que no sé si estoy preparada. ¿Cómo encarar al hombre que apenas unas horas antes, me había susurrado palabras de amor al oído, me ha llevado al séptimo cielo y al mismo tiempo, se ha aprovechado de mi confianza para robarme el trabajo?

La puerta del baño se abre y Gael sale envuelto en vapor, con una toalla atada descuidadamente a su cintura. Su cabello oscuro gotea, y su mirada, al encontrarse con la mía, se ilumina con esa chispa que hasta ahora había considerado auténtica.

—¿Luz? —me pregunta, con un atisbo de sonrisa.

Sin embargo, esta se desvanece cuando le señalo la pantalla del portátil que permanece encendida.

—¿Qué es esto? —mi voz sale ronca, casi quebrada.

Frunce el ceño, pero no es capaz de contestarme.

—¡Te estoy preguntando qué es esto! —le insisto, alzando la voz como si no supiera ya la respuesta. La garganta me arde, y siento las lágrimas amenazando con brotar de mis ojos. Pero me niego a derrumbarme. No delante de él.

Ahora sí, parece que es consciente de la situación delicada en la que se encuentra.

—Puedo explicarlo... —Susurra con voz un tanto temblorosa mientras trata de acercarse a mí. Sin embargo, y de manera instintiva, retrocedo como si me encontrara frente a un depredador.

—No, no puedes. —Mi voz se quiebra al fin, y odio la vulnerabilidad que percibo en ella. Mi dedo acusador pasa de señalar la pantalla a señalarlo a él. Quiero que sienta cada una de mis palabras como puñales. —¡Me has robado mi novela, Gael! Mi historia, mis personajes, todo lo que me define, y lo has… transformado en esto.

La culpabilidad se refleja de manera tan patente en su rostro, que si me cabía alguna duda —que no es el caso— esta ha desaparecido por completo.

Se pasa una mano por el cabello mojado, dejando escapar un suspiro apesadumbrado.

—Sé lo que estás pensando, pero no es lo que parece…

—¿Que no lo es? ¡Y una mierda! —me rio con amargura, dejando escapar una carcajada hueca. —Lo he leído. No necesitas explicarme nada. Está todo ahí mismo.

Gael hace un nuevo intento por acercarse a mí, esta vez con las manos alzadas, como si tratara de apaciguarme. Pero no soy capaz ni de permitir que me toque, así que, por segunda vez, retrocedo.

—Luz, por favor, déjame explicarte —me ruega, suplicante.

—¿Explicarme qué? ¿Que has usado mi confianza para robarme? ¿Que mientras yo creía que entendías lo que significaba esta historia para mí, tú ya planeabas convertirla en tuya?

El nudo que estrangula mi garganta es tan, tan fuerte, que ni siquiera sé cómo consigo hablar. Solo quiero huir. Llorar. Gritar. Maldecir.

—No fue así. —Su voz se alza implorante, con un matiz de desesperación en ella. —Yo… no planeé nada de esto.

Es lo más estúpido que tengo que escuchar.

—¿Entonces qué? ¿Fue un accidente? ¿Tropezaste y, por arte de magia, mi novela terminó reescrita en tu ordenador? —Las lágrimas comienzan a nublarme la vista, pero parpadeo con rapidez, negándome a permitir que él las vea caer.

—Luz…

—¡No entiendo! —grito, con ese ardor que se niega a desaparecer de mis cuerdas vocales. —¿Por qué?

Gael se calla. Busca mis ojos, pero yo no… no puedo.

—Al principio no sabía qué estaba haciendo. Leí tu historia y... me inspiró. Me recordó lo que solía amar de escribir. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! ¿Qué tontería estás diciendo? —Escupo las palabras como un latigazo. —¡Podrías haber parado! ¡No! Ni siquiera eso… No debiste plasmar ni una puñetera palabra en ese documento. ¡No te pertenecen!

Vuelve a dar un paso más en mi dirección. Retrocedo, pero me quedo anclada entre su cuerpo y la cama que está a mi espalda. Se acerca hasta que puedo sentir el calor de su piel aún húmeda.

—Tienes razón, debí hacerlo, debí parar. Me equivoqué, Luz. Pero lo que siento por ti no tiene nada que ver con esto.

Lo miro. Parpadeo, incapaz de creer lo que estoy oyendo.

—¿En serio esperas que me lo trague? Tú no sientes nada por nadie. Acabas de demostrarme que ni siquiera tienes corazón.

—No es así, Luz. Jamás te he mentido…

—Por favor… A la vista está que mientras me regalabas el oído diciéndome que creías en mí como escritora, tratabas de ganarte mi confianza para apropiarte de lo que YO he creado. Y, de verdad, ¿lo de acostarte conmigo entraba en el lote para resultar más creíble?

Gael baja la cabeza, como si no pudiera soportar la intensidad de mi mirada.

—No sé qué decirte, Luz. Sé que posiblemente lo haya arruinado todo, pero lo que siento por ti es real.

—¿Posiblemente? ¿Real? —Le espeto con amargura. —¡Nada de esto es real y lo sabes! Eres un fraude, Gael, en todos los sentidos.

Él alza la cabeza, y por un momento veo algo parecido al dolor en su mirada. Pero si pretende conmoverme, lo lleva claro. ¿Acaso no ha demostrado ser un mentiroso redomado?

—Está bien, Luz. No insultaré tu inteligencia negando lo que has visto. Pero puedo

cambiar lo que he hecho. Y puedo demostrarte que no fue por maldad. Te lo juro.

El suspiro que suelto va impregnado de incredulidad y de desilusión.

—No necesitas demostrarme nada. Lo único que puedes hacer es apartarte de mi camino. Jamás en tu vida vuelvas a ponerte delante de mí.

Rodeo su figura para dirigirme hacia la puerta, pero su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

—Por favor, no te vayas. —Su voz se quiebra, pero me da igual—. Hablemos esto. Podemos arreglarlo… Por favor.

Me zafo de su agarre y clavo mis ojos en los suyos, asegurándome de que vea en ellos toda la ira y el dolor que siento.

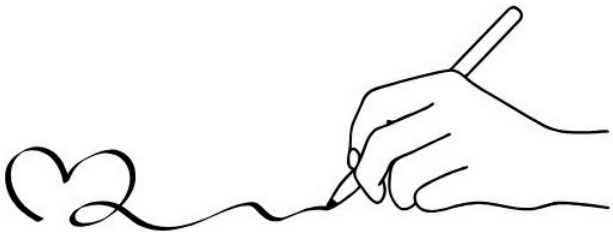
—Te odio, Gael Fuentes.

Y con esas palabras, salgo de la habitación dejando atrás no solo una noche que ya no soy capaz de calificar, sino una parte de mí misma que probablemente nunca podré recuperar.



CAPÍTULO 15

Desesperación



GAEL

El eco de la puerta cerrándose tras ella aún resuena en mi cabeza.

Luz se ha ido.

¡Joder! ¡¿Cómo he podido cagarla tanto?!

Me quedo quieto un instante, incapaz de procesar lo que acaba de pasar. El aire parece haberse convertido en plomo y mi pecho se comprime con una mezcla de culpa y pánico.

Lo he arruinado todo.

No. Es más que eso: la he perdido.

Pero no puedo permitirme que se aleje de mi vida. Ella no. No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

Tiro la toalla húmeda al suelo y, con movimientos torpes, me empiezo a vestir. Me abrocho la camisa lo mínimo indispensable con manos temblorosas y me pongo los primeros pantalones que encuentro en el ropero. Ni siquiera me molesto en secarme el pelo, que gotea en mi cuello mientras me calzo. Mis dedos fallan y se me cae uno de los zapatos de las manos, como si mi propio cuerpo se estuviera rebelando contra mí.

«Debo encontrarla», me repito una y otra vez. «No puedo dejarla ir así, pensando lo peor de mí».

Salgo del hotel casi a la carrera, deteniéndome solo un instante en la puerta. Mis ojos recorren la calle San Francisco, buscando esa melena castaña que estoy seguro de reconocer entre la multitud. Los transeúntes van y vienen, pero no hay rastro de Luz.

Me adentro en la calle, pero no sé si dirigirme hacia izquierda o derecha.

No la veo, y me llevo las manos al pelo con ganas de arrancármelo de la cabeza, tal es mi

desesperación.

—¡Mierda! —gruño, apretando los puños con tanta fuerza que siento cómo las uñas se clavan en mi piel.

Quiero gritar su nombre, pero la voz se me queda atascada en la garganta. El no saber dónde ha ido me está matando.

No me queda más remedio que volver al hotel. Derrotado. Incapaz de pensar con claridad qué debo o puedo hacer para encontrarla.

Mis pasos resuenan en el suelo de mármol del vestíbulo mientras subo a la habitación. Cierro la puerta detrás de mí y, por un momento, me giro para apoyar la frente contra ella, dejando que el frío de la madera me calme.

«¿Qué has hecho, imbécil? ¿Cómo pudiste arruinarlo todo de esta manera?»

Comienzo a caminar de un lado a otro, incapaz de quedarme quieto. La habitación, tan desordenada como la habíamos dejado, ahora parece un recordatorio cruel de lo que hemos compartido apenas unas horas antes.

Mi mirada se posa en el escritorio. La pantalla del ordenador, ahora apagada, es el recuerdo del origen de esta pesadilla. Me acerco como un condenado a muerte que se dirige al patíbulo, sintiendo cada zancada como un golpe en mi conciencia. Tomo el manuscrito que ella me dejó con tanto cariño y lo apoyo contra mi pecho. Lo aprieto con tanta fuerza que provoco que los bordes se doblen en mis manos.

—¡Soy un idiota! —grito al aire, mi voz cargada de frustración y rabia contra mí mismo.

No hay ninguna excusa válida para justificar lo que mi desesperación ha provocado, lo sé.

Pero eso no cambia el hecho de que no puedo perderla. No porque Luz sea alguien a quien admire, que lo es, sino porque me ha hecho sentir vivo de una manera que no había experimentado desde hacía años. Y ahora, por mi egoísmo, por mi estupidez, lo he echado todo a perder.

Me siento en la cama, y con manos temblorosas, tomo el móvil que dejé olvidado sobre la mesita de noche. Marco su número con una exigua esperanza de que conteste. Pero cada tono que resuena sin respuesta, se vuelve como una daga clavada en el pecho.

—Por favor, contesta... —susurro, sabedor de que no va a hacerlo.

Cuando la llamada pasa al buzón de voz, lo aprieto con fuerza entre mis dedos antes de dejarlo caer sobre la cama.

No sé qué hacer.

Quiero buscarla, pero no sé dónde.

Mi mente es un caos, un torbellino de pensamientos que no logro ordenar.

Finalmente, sin saber a quién más recurrir, marco el número de Sofía. Mi hermana siempre ha sido mi brújula, la persona que me pone los pies en la tierra cuando me siento perdido.

—¿Manu? —me responde al segundo tono, su voz cargada de sorpresa.

—La he perdido, Sofía. —No soy capaz de decir nada más. Mi voz se quiebra al instante.

—¿Qué? ¿A quién?

—A Luz… —Contesto desesperado. Solo pronunciar su nombre me provoca una punzada en el corazón.

—¿Y quién es Luz? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Me dejo caer en la cama, pasándome una mano por los ojos que siento húmedos.

—No. No estoy bien. He cometido el peor error de mi vida, Sofía. La he traicionado.

—Manu, tranquilízate.

Sin embargo, no puedo calmarme. Mis palabras salen apresuradas.

—Ella... es especial. —Me doy cuenta de que no le he hablado de Luz hasta ahora y que toda mi retahíla debe sonarle a chino—. Se trata de una mujer que he conocido en el taller y con la que estaba empezando algo…

—Está bien, hermano. Necesito que te serenes y me cuentes qué ha pasado.

Le explico todo. Desde el principio, sin ocultarle nada: desde el momento en que tomé su historia por primera vez hasta cómo me he dejado llevar por lo fácil, sin detenerme a pensar en las consecuencias. Lo que me lleva también a revelarle la crisis como escritor que estoy viviendo y que me ha impulsado a cometer semejante necedad.

Sofía permanece en silencio mientras hablo, pero sé que me está juzgando. Puedo sentirlo en el peso de su respiración al otro lado del teléfono.

—Manu, ¿cómo pudiste? —me dice cuando termino, su voz teñida de decepción.

—Ni yo mismo lo sé, Sofí. Créeme. Fue un error, uno enorme. Pero no quiero perderla.

Mi hermana suspira.

—Mucho me temo que ya la has perdido. —Sus palabras simples resuenan como un mazazo, pero son ciertas. Sinceras.

—Tiene que haber una manera de arreglarlo.

—Manu... —Sofía calla un instante y puedo imaginarla pasándose una mano por la cara, como hace cuando se siente frustrada. —Si realmente la quieres, vas a tener que demostrarlo. Y no hablo de palabras, porque ahora mismo, las palabras ya no significan nada para ella.

—¿Qué hago entonces? Dime qué hacer.

—Empieza por ser honesto. No con excusas ni justificaciones, sino con la verdad. Y no solo con ella, sino contigo mismo.

Me muerdo los nudillos tratando de contener un sollozo.

—¿Crees que eso será suficiente?

—No lo sé, si quieres que te sea sincera. —Su voz es suave ahora, casi triste. —Eso dependerá de cuánto esté dispuesta ella a perdonarte. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, y entonces añade:

—Hermano, tienes que entender que esto no es solo un error profesional. Es algo personal. La has herido de una manera que va más allá de su trabajo. Si realmente la amas, vas a tener que trabajar mucho para recuperar su confianza... si es que alguna vez lo logras.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras se asienten en mi mente y en mi corazón. Mi hermana tiene razón.

—Gracias, Sofía.

—No me las des. Solo haz lo correcto.

Cuando cuelgo, me incorporo hasta quedar sentado en la cama, mirando el móvil en mis manos.

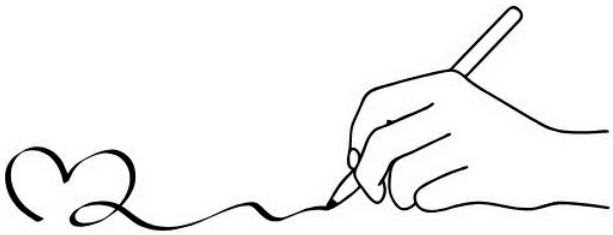
Aún me queda lo más difícil.

Encontrarla y conseguir que me dé una segunda oportunidad.



CAPÍTULO 16

Soledad



MARILUZ

Cruzo la puerta de mi apartamento con el cuerpo temblando. Cierro con un golpe seco, tirando las llaves sobre la mesita del recibidor, sin importarme si caen al suelo o sobre el cenicero de cristal que hace las veces de portallaves. Apenas puedo ver a causa de las lágrimas que nublan mis ojos, y si consigo llegar al sofá, es porque me sé el camino de memoria.

Me desplomo sobre los cojines como si mi cuerpo estuviera hecho de piedra. Como si el peso de lo ocurrido fuese demasiado para soportarlo de pie. Mis hombros se sacuden con un sollozo que me corta la respiración.

No sé cuánto tiempo paso así, llorando como una niña, con el rostro hundido entre las manos. Duele.

Y mucho.

Cada parte de mi cuerpo parece reaccionar a esta traición como si hubiese recibido un golpe físico. Mis pulmones arden con cada bocanada de aire y mi corazón late tan fuerte que casi puedo escucharlo en mis oídos.

—¿Cómo pude ser tan idiota, maldita sea? —me reprocho a mí misma por enésima vez con la voz rota por el llanto.

Me había permitido soñar. Pensar que él era diferente a cualquier otro que hubiera conocido en el pasado. Que era mi alma gemela... Y eso me había llevado a bajar las defensas, dejándolo entrar hasta lo más profundo de lo que soy. Y ahora, estoy pagando el precio por ser tan necia.

Me resbalo del sofá para sentarme en el suelo. La frialdad de sus losas contra mi piel me devuelve un atisbo de realidad. El espacio que me rodea, a pesar de los muebles que decoran mi casa, parece enorme y vacío... casi tan vacío como me siento yo por dentro.

Es el agotamiento el que finalmente consigue que mis sollozos disminuyan, aunque siento que el dolor sigue clavado en mi ser como un puñal. Busco el bolso que ha caído cerca de mí y lo abro con manos torpes. Tomo mi móvil y durante unos segundos, lo sostengo sin hacer nada, preguntándome a quién llamar.

No puedo hablar con Joe. Ni con Carmen. Ellas querrán explicaciones, detalles que no soy capaz de dar ahora. Pero Mara... Mara lo entenderá.

Le escribo un mensaje con dedos temblorosos:

M.LUZ*: Mara, necesito irme de Cádiz. Por favor, dime que puedes ayudarme con el apartamento ese del que me hablaste cuando nos vimos en la terraza del hotel. Ese o cualquier otro, no me importa. Pero no puedo quedarme aquí.*

Pulso "enviar" y dejo el móvil a un lado, abrazándome las rodillas. No pasan más de dos minutos antes de que vibre con la respuesta de Mara:

MARA*: Claro que puedo. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?*

Respiro hondo, tratando de encontrar las palabras. Todo lo que quiero es huir, poner kilómetros de por medio entre Gael y yo. La distancia es la única forma en la que podré empezar a sanar. Pero no puedo evitar que la rabia resurja con fuerza.

M.LUZ*: Tenías razón. Todos los hombres son una mierda. Y unos traicioneros.*

El mensaje llega a Mara, y casi de inmediato responde:

MARA*: Voy a llamarte.*

Mi corazón se acelera, pero no de alivio. No puedo hablar, no puedo explicar lo que siento sin romperme en mil pedazos de nuevo. Le escribo rápido:

M.LUZ*: No, te lo ruego, no puedo hablar ahora. No me sale la voz. Pero necesito irme. Por favor, ayúdame.*

Hay un momento de silencio en el que me imagino a Mara pensando, seguramente recordando su propia experiencia con su exmarido. Finalmente, llega su respuesta:

MARA*: Por supuesto. Lo que necesites, ya lo sabes. ¿Cuándo te quieres ir?*

M.LUZ*: A ser posible, hoy mismo. Me urge.*

MARA*: ¿Y para cuántos días?*

Lo medito un instante. Tengo las vacaciones de verano intactas, sin coger ni un solo día. Si por mí fuera, me marcharía el mes entero, pero no puedo desaparecer del trabajo de la noche a la mañana sin haber previsto siquiera mi sustitución durante el tiempo que esté ausente.

No obstante, puedo disponer a mi voluntad de quince días de los treinta que me corresponden. Lo que me recuerda que tendré que avisar a mis compañeros para decir que me marcho durante, mínimo, dos semanas. Me inventaré cualquier excusa para justificar mi inesperada decisión —por supuesto que no tendrá nada que ver con la realidad— y que se apañen como puedan. Lo único que sé es que yo no me puedo quedar.

Al taller de escritura aún le queda un mes por delante, y por mi madre que no pienso poner un pie en la biblioteca así me tenga que tirar por las escaleras para romperme un brazo y que me den la baja.

M.LUZ*: Dos semanas.*

Aunque no puedo verla, imagino la expresión de mi amiga. Debe estar mordiéndose la lengua para no preguntarme, pero sé que respetará mi necesidad tanto de espacio como de silencio.

MARA*: No te preocupes por nada. Dame unos minutos para que haga unas gestiones.*

El alivio que me invade es instantáneo, aunque insuficiente para mitigar el dolor que me recorre. Me tumbo en el suelo, incapaz de levantarme, a la espera de que mi amiga me diga algo con respecto a mi petición.

Los minutos pasan con lentitud, pero finalmente el móvil vibra de nuevo.

MARA*: Todo arreglado. Te he reservado una casa rural en Benalup. No es la misma de la que te hablé, pero tengo muy buenas referencias de ella. Te mando la información por correo. Allí podrás desconectar.*

M.LUZ*: Te lo agradezco. Eso es justo lo que necesito: alejarme de todo y de todos durante un tiempo. Ya sabes... eso no lo digo por vosotras... Pero tú me entiendes.*

MARA*: Perfectamente. ¿Has hablado con Joe o con Carmen?*

Leo la pregunta en la pantalla con los ojos pesados de cansancio. Apenas puedo pensar en otra cosa que no sea largarme de aquí. Le escribo de vuelta:

M.LUZ*: No, no he hablado con ellas. No tengo fuerzas para hacerlo aún. Te agradecería que les informes de mi parte que me he tenido que ir unos días. Si quieren saber algo, diles que necesito tiempo. Prometo que hablaré con ellas y contigo cuando pueda.*

Su respuesta llega rápidamente:

MARA*: Vale, no te preocupes. Yo me encargo de todo. Solo prométeme que no te vas a aislar demasiado tiempo. Me quedo muy preocupada, cariño. Pero soy consciente de que lo que te ha pasado ha debido ser bastante gordo para que quieras poner tierra de por medio.*

Cierro los ojos al leer sus palabras. No quiero preocupar a Mara, pero tampoco quiero seguir sintiéndome así.

M.LUZ*: Te lo prometo. Os avisaré cuando me instale para que al menos sepáis que he llegado bien. Y en cuanto me encuentre un poco mejor, te aseguro que daré señales de vida.*

MARA*: Y te recuerdo que si necesitas que castremos a alguien para sentirte mejor, no tienes más que decirlo. Ya sabes que, por ti, lo hago encantada.*

Increíblemente, mi amiga consigue arrancarme una sonrisa. No puedo sentirme más afortunada por tener a mis chicas conmigo. Porque aunque Joe y Carmen no estén presentes en la conversación, sé sin ningún género de duda que también las tendré ahí si las necesito.

M.LUZ*: Gracias por todo, Mara. Te quiero muchísimo.*

MARA*: Y yo a ti, cielo. Cuídate mucho, ¿vale?*

Mi respuesta se limita al emoticono de la mano con el dedo pulgar hacia arriba.

Dejo el móvil en el suelo y me cubro la cara con las manos. A pesar del consuelo de saber que pronto podré escapar, la tristeza y el dolor no desaparecen. Me siento como una extraña en mi propio cuerpo, como si la traición de Gael hubiese arrancado una parte de mí que no sé si podré recuperar.

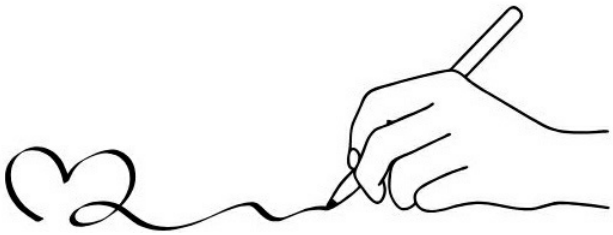
Por el momento, lo único que puedo hacer es seguir adelante con mis planes más inmediatos.

Luego tocará el momento de reponerme. Un paso tras otro, aunque me cueste. Porque no voy a permitir que ningún mamarracho, asqueroso, ruin, cerdo y traidor me arruine por dentro. Aunque sí es cierto que necesitaré tiempo para recuperarme.



CAPÍTULO 17

Tocado y hundido



GAEL

El domingo transcurrió como un día de mierda. Y hoy, lunes, no tiene pinta de que la cosa vaya a mejor.

He pasado horas con el móvil en la mano, revisando una y otra vez el último mensaje que le envié a Luz y del que no he obtenido respuesta. Las palabras en la pantalla son apenas un eco de lo que quiero decirle, de lo que siento. Cada intento de comunicación —llamadas, mensajes, correos electrónicos— ha sido ignorado. Sé que los ha visto, aunque no tenga confirmación de lectura. Lo sé porque yo haría lo mismo en su lugar.

Estoy atrapado en esta habitación, caminando, arrastrando los pies de un lado a otro como un condenado, incapaz de pensar en nada más que en lo que he hecho. La culpa me pesa como una losa. Su rostro, ese último vistazo que me dedicó antes de salir de aquí, me persigue allá donde miro. Había tanto dolor en sus ojos, tanto desprecio...

No puedo soportarlo.

Incapaz de mantenerme con los brazos cruzados durante más tiempo, salgo temprano hacia un lugar que dista muy poco de mi hotel: la biblioteca. Es mi única esperanza de verla. No puedo esperar más.

La necesito.

No solo para explicarme, sino para pedirle perdón... para intentar enmendar lo que he hecho, aunque sé que eso podría no ser suficiente.

El edificio de la biblioteca se alza frente a mí, pero su atmósfera acogedora, que siempre me había parecido tan inspiradora, ahora me resulta opresiva. Respiro hondo antes de entrar, luchando por reunir el valor que siento que se me escapa.

Trato de localizar a Luz, pero sospecho que se oculta de mí, porque no la encuentro por

ninguna parte. Algo que, para mi desdicha, no me sorprende. Está claro que no quiere verme ni en pintura.

—Buenos días, Marta —saludo a la compañera de Luz al verla tras el mostrador de la primera planta. Me dirijo a ella con la angustia reconcomiéndome las entrañas y con la esperanza de que pueda echarme una mano. Mi voz suena seca, como si no hubiese hablado en días.

La bibliotecaria alza la vista de unos papeles y me dedica una sonrisa cortés.

—Buenos días, señor Fuentes. ¡Vaya, resulta raro verlo a estas horas! Normalmente no viene por aquí hasta la tarde. Pero bueno, ¿en qué puedo ayudarlo? —se ofrece, solícita.

—Estoy buscando a Luz. —Le digo, sin andarme por las ramas. No tengo ganas de perder el tiempo en conversaciones banales. Mi impaciencia está demasiado al límite.

El rostro de Marta se contrae ligeramente.

—Oh, pues lamento decirle que hoy no ha venido a trabajar. Por lo que me han comentado, mi compañera se ha cogido unos días de vacaciones —me explica encogiéndose de hombros—. Cuando llegué esta mañana, me encontré con la noticia.

Siento que algo se quiebra dentro de mí.

Vacaciones.

Se ha ido.

—¿Sabes por qué se ha marchado? —pregunto, como si no conociera ya la respuesta.

Marta frunce el ceño y sacude la cabeza.

—La verdad es que no, pero parece que le surgió algún imprevisto... Y aquí en confianza, me pareció raro cuando me lo dijeron. Me consta que estaba muy entusiasmada con el taller y seguramente le habrá sentado mal tener que dejarlo. Pero, bueno, supongo que se tratará de algo importante que no ha podido aplazar.

La manera casual en la que lo dice me resulta insoportablemente cruel. No es culpa suya, claro, pero cada palabra se siente como un recordatorio de lo que he perdido.

—¿Y sabes cuándo tiene previsto volver?

Marta resopla.

—Ni idea, la verdad. Tenía pendiente de coger todo el mes de vacaciones, pero no sé si su marcha será cuestión de unos pocos días o del periodo completo. En cualquier caso, si necesita algo, me lo puede decir a mí sin ningún problema. Aunque Luz es la organizadora y la encargada del taller, mientras ella esté ausente no dude en acudir a mí para lo que sea menester.

Pero Marta no puede darme lo que yo preciso. A quien necesito es a Luz. Ella es insustituible para mí.

—No se preocupe por eso, Marta. Se trata de un asunto personal... —Tamborileo los dedos sobre el mostrador buscando alguna otra alternativa—. Me estaba preguntando... ¿Podrías darme su dirección? Es que necesito hablar con ella de una cuestión urgente.

Marta me mira con desconfianza, ladeando la cabeza.

—Lo siento, señor Fuentes, pero no puedo hacer eso. Es información privada, y sin la autorización expresa de Luz, no puedo dársela. ¿Ha probado a llamarla?

Llamarla, dice... Como si no lo hubiera intentado ya cien veces.

—Sí, pero no consigo contactar con ella. Por eso necesito su dirección... Se lo ruego. —Mi voz tiembla ligeramente, y odio cómo suena. —De verdad necesito hablar con ella.

Noto como me mira con suspicacia. Mi insistencia debe estar despertando sus sospechas, y más después de decirle que se trata de un asunto personal. Pero es que no se me ocurre otra manera de convencerla.

—Lo siento, pero no puedo —sentencia.

Veo la firmeza en sus ojos, y sé que no voy a conseguir nada más insistiendo. Así que me doy por vencido... de momento.

—Gracias, Marta. —La despedida suena amarga en mi boca, y salgo de la biblioteca con las manos vacías y el corazón aún más pesado.

En el camino de regreso a *Las Cortes,* la realidad me golpea como un martillo pilón. Luz se ha ido. No está aquí, no irá al taller, y si no hago algo pronto, no volveré a verla.

Dios, pensar en las clases de la tarde sin que ella esté se convierte en un suplicio para mí.

No obstante, debo mantener la poca integridad que aún me queda. Ya bastante bajo he caído y lo mínimo que puedo hacer por mí, por ella, y por el resto de los alumnos que no tienen culpa de que yo sea un soberano mierda, es dirigir las dinámicas como si nada hubiera pasado.

Me obligo a acudir al restaurante del hotel a la hora del almuerzo. Si bien la comida no me pasa por la garganta, sé que debo alimentarme, aunque solo sea por inercia.

Cuando llega la hora de la clase, me autoimpongo una máscara de profesionalidad que oculta lo roto que me siento por dentro. Pero no puedo evitar que mis ojos vuelvan una y otra vez al hueco vacío donde debería estar Luz. Su ausencia es como un eco constante que resuena en cada palabra que digo, en cada mirada que comparto con los demás participantes.

Cuando la sesión termina, no siento alivio, solo un cansancio abrumador. No tengo fuerzas más que para arrastrar los pies de regreso a mi hotel, a mi habitación. Una vez en la intimidad, abrumado por la desesperación, me dejo caer sobre la cama, con la mirada fija en el techo, como si en los focos que iluminan la estancia pudiera encontrar la solución que me devuelva a Luz.

Apenas unas horas antes compartíamos allí mismo una noche de entrega y pasión. Una noche que para mí había sido perfecta.

Y ahora, me estoy muriendo por dentro porque sé que lo nuestro está irremediablemente roto.

Todo por mi culpa.

Me hago un ovillo sobre el colchón mientras mi mente repite el mantra que se ha grabado en mi interior: No puedo perderla. No puedo perderla...

No solo porque la necesito en mi vida, sino porque sé que no merezco que sea de esta manera. No puedo ser el hombre que la haga desconfiar aún más, que la lastime de una forma tan profunda.

Pero quedándome lamiéndome las heridas no voy a conseguir que vuelva.

Me incorporo lo suficiente hasta quedar sentado contra el cabecero de la cama.

Mi primera decisión la tengo muy clara. Saco el móvil y busco el número de Hugo. Me quedo mirando la pantalla durante unos segundos, sabiendo que esta llamada marcará un antes y

un después en mi carrera.

No hay una forma correcta de abordar esto, pero no me importa. Es un paso que debo dar si quiero tener alguna oportunidad de reconciliarme conmigo mismo, con Luz, con lo que alguna vez fui antes de que la fama me devorara. Finalmente, pulso el botón verde para llamar.

—¿Gael? ¿Qué pasa? —La voz de Hugo suena sorprendida al otro lado.

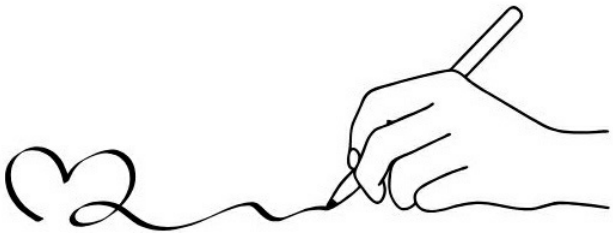
—Necesito hablar contigo. Es sobre el manuscrito.

Las palabras salen con determinación. Si hay algo que puedo hacer para arreglar esto, tendré que empezar por aquí.



CAPÍTULO 18

El precio de la redención



GAEL

—¡Qué bien! Espero que sea para decirme que por fin tienes algo para enviarme. —La voz de Hugo suena despreocupada, como si esperara que le diera buenas noticias.

—Pues la verdad es que no.

Al oír mi respuesta, el tono de mi interlocutor cambia de inmediato.

—¿Cómo que no?

—Hugo, no me voy a andar con rodeos. Te llamo para avisarte de que no podré mandarte nada ni ahora... ni creo que en el futuro.

Mi editor guarda silencio unos segundos, como si estuviera digiriendo mis últimas palabras.

—¿De qué estás hablando? Estás de broma, ¿verdad?

—No, no lo estoy —me mantengo firme, aunque mi corazón parece querer salir disparado de mi pecho de un momento a otro.

—No me digas eso, Gael... Mucho menos después de llevar semanas dándome largas. A estas alturas, deberías tener algo listo. Un avance al menos, aunque necesite más que eso... Así que más te vale que reconsideres tu respuesta y que me digas lo que quiero oír.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Esta es mi oportunidad para sacudirme la verdad, aunque duela.

—Es que no tengo nada para ti, Hugo —reconozco.

El silencio al otro lado de la línea se repite, y se siente tan pesado como una losa de cien kilos.

—¿Por... por qué? —Hugo rompe el silencio con una mezcla de incredulidad y enfado.

—Me cuesta creer que después de todo este tiempo, no hayas escrito absolutamente nada digno de entregar. ¿No me habías dicho que estabas trabajando en *algo*?

—En efecto, eso dije. Pero lo cierto es que no es así. O al menos, nada que merezca la pena de ser publicado.

—Eso lo decidiré yo, que para eso soy tu editor. Así que mándame lo que sea. ¡Ya!

—Es tarde para eso. He borrado todo lo que llevaba escrito porque no era más que una basura —. Mi voz es baja pero firme. No hay lugar para excusas.

—¡Esto es inaceptable! —explota Hugo. — ¿Y te quedas ahí con las espaldas tan anchas? ¿Acaso no eres consciente de que tienes un contrato que cumplir?

—Perfectamente consciente. Te has encargado de repetírmelo hasta la saciedad. Pero si no hay nada, no hay nada... Las buenas historias no surgen de la noche a la mañana, como si fuera el conejo escondido en la chistera de un mago. Llevo años escribiendo y publicando sin descanso y llega un momento en que las ideas se agotan. O por lo menos, se vuelven monótonas e insulsas. ¿Qué sentido tiene entonces seguir por ese camino que sólo conduce a la mediocridad?

—Conozco bien tu sentido de la *mediocridad* —me espeta sin piedad repitiendo mi última palabra—. Es lo único que has podido entregar en los últimos tiempos.

—Por eso quería hablar contigo, Hugo —le interrumpo antes de que pueda continuar—. Lo siento, pero no puedo seguir así. Quiero... romper con la editorial —suelto la bomba antes de que me fallen las fuerzas.

—Que quieres... ¡¿qué?! —Tengo que apartar el teléfono de mi oreja ante el temor de que su grito me rompa el tímpano—. ¿Sabes cuánto hemos invertido en ti?

—Me consta que lo habéis hecho, pero también yo os he resultado rentable durante buena parte de nuestro contrato.

—Pero desde eso ya ha llovido bastante...

Debo mantenerme sereno, pero también firme. Si quiero que nuestra conversación llegue a buen puerto, tengo que mantener la calma y mostrarme coherente en mi discurso.

—Por eso, insisto en que no tiene sentido continuar con una relación que ya no nos aporta nada a ninguna de las dos partes. Ni conmigo ganáis dinero, ni yo me siento capaz de seguir el ritmo de publicaciones que vosotros demandáis. Sé que suena mal. Sé que os he fallado. Pero es que ya no tengo nada para ofreceros.

El aire parece cargarse de electricidad. Puedo imaginar a Hugo apretando los dientes, luchando por contener su ira.

—No creo que debas ser tú quien tenga que decidir tal cosa, ¿no te parece? —Hugo lanza una carcajada amarga. —¡Por favor, Gael! Esto no es solo tu decisión. Te repito que tienes un contrato que cumplir, y no voy a dejar que te salgas con la tuya tan fácilmente.

—No pretendo tal cosa. Entiendo que no puedo salir de esto sin consecuencias, Hugo. —Intento mantener el sosiego, aunque la presión en mi pecho es cada vez más fuerte. —Podéis quedaros con los derechos de mis novelas por el doble del tiempo pactado. Lo que haga falta para recuperar vuestra inversión.

—¡Eso ni siquiera es suficiente! —gruñe Hugo. —¿Crees que con eso nos vas a compensar todo el dinero que hemos puesto en ti? Publicidad, marketing, distribución... ¡Todo

eso cuesta!

—Está bien, lo comprendo. Y estoy dispuesto a aceptar las condiciones que pongáis. Lo que sea necesario.

—¿Lo que sea necesario? —replica con tono sarcástico—. Ya veo que lo tienes muy claro... Muy bien, lo hablaré con mis superiores. Pero te advierto que no va a ser agradable para ti.

La llamada termina abruptamente, y me quedo mirando la pantalla del móvil. El lastre que cargaba sobre mis hombros parece haber disminuido un poco, aunque no sin dejar un vacío doloroso en su lugar.



El día siguiente llega con una llamada por la mañana temprano. Desde luego, Hugo no pierde el tiempo. Lo cual agradezco.

—Bien, Gael, he hablado con la Dirección. Estas son las condiciones: nos quedamos con los derechos de tus novelas indefinidamente hasta que recuperemos nuestra inversión más un 40% de beneficio. Por supuesto, te seguiremos mandando los informes anuales de las regalías que *no* vas a cobrar para que puedas hacer un seguimiento del estado de tu *deuda* hacia nosotros. Además, la marca "Gael Fuentes" nos pertenece hasta entonces. No podrás publicar nada bajo ese nombre mientras la deuda esté pendiente.

La frialdad en su voz me golpea, pero no me sorprende.

—Pero Gael soy yo. ¿Acaso vas a darle mi nombre a otro para que publique bajo mi seudónimo?

—No, nadie lo utilizará. Pero tú tampoco. Al fin y al cabo, el personaje de Gael lo creamos nosotros, Manuel Moreno —incide en mi nombre real para marcar la diferencia entre mis dos personalidades—. Y como comprenderás, si en algún momento "regresa" a ti la inspiración perdida, no nos parece apropiado que te aproveches de la fama que un día tuvo Gael Fuentes. ¿Quién nos asegura que no te marcharás con la competencia? Aunque si te soy sincero, dudo mucho que alguna otra editorial de renombre quiera ficharte. Menos con la tierra que tú solo te has echado encima. Quizás alguna pequeña, pero olvídate de volver por la puerta grande. Así que, si quieres escribir de nuevo, tendrás que empezar de cero.

Cierro los ojos, consciente de las consecuencias que implican sus condiciones.

—Está bien. Acepto —digo finalmente.

—¿Eso es todo? ¿Ni siquiera vas a intentar negociar? —pregunta, sorprendido.

—No hay nada que negociar, Hugo. Esto es lo correcto.

Un silencio breve, pero tenso, se instala antes de que él lo rompa con un suspiro exasperado.

—¿Sabes una cosa, Gael? Eres el escritor más decepcionante con el que he trabajado. Tenías talento, tenías carisma, tenías todo para ser uno de los grandes. Pero no, preferiste

desperdiciar todo eso.

Sus palabras son como cuchillas, pero no las rebato. No puedo ni quiero discutir con él.

—Lo siento, Hugo.

—No, no lo sientes lo suficiente. Pero bueno, esto ya no es mi problema. Te enviaré los papeles de la rescisión para que los firmes. Y espero, por el bien de todos, que cumplas con tu parte del acuerdo.

La llamada termina con un clic seco.

Me dejo caer en la cama. A pesar de todo, mi mente se siente extrañamente en calma. Soy consciente de lo que pierdo, o, mejor dicho, de lo que dejo de ganar. Pero lo asumo.

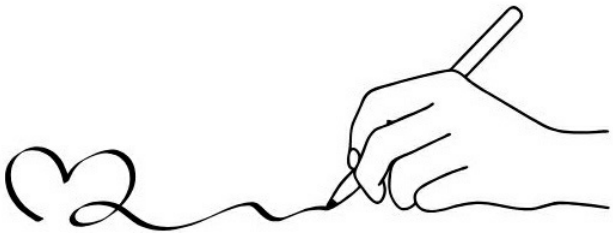
Al menos sé que estoy comenzando a actuar como debería haberlo hecho desde hace tiempo.

Si quiero recuperar a Luz, si quiero ser digno de ella, este es solo el primer paso. Y estoy dispuesto a pagar el precio que sea necesario.



CAPÍTULO 19

Amigas



MARILUZ

Abro la puerta de mi piso en Cádiz y una oleada de familiaridad me envuelve. El olor a lavanda del ambientador que dejé sobre la mesa antes de marcharme, los rayos del sol entrando por la ventana del salón y el leve ruido del tráfico en la calle me hacen sentir que he vuelto a casa.

Dejo mi maleta junto a la entrada y suspiro profundamente. Estos quince días en la sierra han sido como un bálsamo. Mis pasos me llevan directamente al sofá, y mientras me dejo caer en él, saco el móvil del bolso. Tengo ganas de escribir a las chicas. Hace días que no hablamos como siempre, y necesito volver a sentir esa conexión que tanto me ayuda cuando todo parece tambalearse. Por supuesto, las avisé cuando llegué a Benalup, pero después de eso, me mantuve apartada de todo. Para que supieran que estaba bien, de vez en cuando también les mandaba fotos de los paseos que hacía casi a diario, acompañadas de algún emoticono. Pero nada más. Y ellas supieron respetar mi necesidad de silencio.

Abro nuestro grupo de WhatsApp: *Terapia de Grupo*.

M.LUZ: *¡Hola, chicas! Ya estoy de vuelta.*

El mensaje no tarda ni diez segundos en ser leído. Los tics azules aparecen casi al instante.

CARMEN: *¡Por fin! Pensábamos que te habías perdido en la montaña*.

JOE: *¡Hombre, resucitaste! ¿Cómo estás?*

MARA: *Ya era hora, ¿eh? Empezaba a pensar que te habías convertido en una ermitaña o algo así.*

Sonrío al leerlas. No importa cuánto tiempo pase, siempre es como si retomáramos la conversación donde la dejamos.

M.LUZ: *Estoy bien, chicas. Me hacía falta desconectar, y la verdad es que estos días me han venido genial.*

JOE: *No sabes lo que nos alegramos de leer eso. ¿Qué tal te ha ido por allá?*

M.LUZ: *Pues he hecho de todo un poco. Mucho senderismo, paseos larguísimos y, aunque creía que no podría, también he escrito. Siempre echaba el cuaderno en la mochila cuando salía, y si encontraba un lugar apropiado, tranquilo, me sentaba allí y las palabras parecían fluir... Salían solas.*

CARMEN: *¡¿Has empezado algo nuevo?!*

M.LUZ: *Sí. He empezado una novela. Y, para mi sorpresa, he avanzado un montón. Me siento más centrada. Supongo que el desamor también resulta una buena fuente de inspiración.*

El pequeño silencio que sigue me da tiempo para tomar aire. Lo que viene ahora es lo complicado.

M.LUZ: *Hay algo que quiero contaros*.

Casi de inmediato, veo cómo las burbujas de escritura aparecen y desaparecen en las tres. Finalmente, Mara rompe el hielo.

MARA: *Suéltalo ya. Que te conocemos y cuando empiezas así, la cosa viene cargada.*

Suspiro. Es ahora o nunca.

M.LUZ: *Lo que pasó antes de marcharme tiene que ver con Gael. Supongo que Mara ya os habrá contado algo al respecto, aunque cuando me fui, tampoco me encontraba preparada para hablarlo con ella.*

JOE: *Solo nos contó que tú le habías dicho que todos los hombres eran unos traicioneros, pero no le explicaste más. Dimos por sentado que había ocurrido algo con el tal Gael.*

De nuevo, el grupo se queda quieto. Sé que están esperando más detalles, así que cierro los ojos un momento, buscando las palabras correctas.

M.LUZ: *Me traicionó. Llevaba tiempo comiéndome la oreja, diciéndome lo buena escritora que era. Me convenció para que le dejara una de las historias que tenía terminada con la intención de darme su parecer. Quería saber si era lo bastante buena para publicarla. Ya sabéis lo insegura que me siento con este tema y pensé que su opinión, como escritor consagrado, me ayudaría. Me confié, lo reconozco. Pero en vez de ayudarme, me robó la idea de mi novela. Y lo descubrí justo al día siguiente de haber pasado la noche juntos. Vi mi manuscrito sobre la mesa de su habitación, y sin querer, debí pulsar algún botón de su portátil que estaba al lado y la pantalla se iluminó. Y ahí descubrí el pastel. Bonito despertar el que tuve, ¿verdad?*

Esta vez, no tengo que esperar mucho para que sus respuestas comiencen a aparecer.

JOE: *¿Cómo dices?* 😳 *Pero esa novela, la tendrías registrada, ¿no? Daremos guerra, lo llevaremos a los tribunales y lo acusaremos de plagio.*

MARA: *¡Hijo de puta! Yo me lo cargo.*

CARMEN: *¿Estás bien?*

Sus mensajes llegan como una avalancha. Por un momento, no sé ni por dónde empezar a responder, pero decido ir con calma.

M.LUZ: *Bueno, estoy más o menos. Mejor. Y no, nunca la llevé al registro. Pensaba que*

hasta que no la tuviera pulida, no debía hacerlo.

JOE: *Madre mía, Mariluz. ¿Cómo has sido tan ingenua? Bueno, no pasa nada. En cuanto termines de hablar con nosotras, lo registras. Creo que se puede hacer por internet.*

M.LUZ: *¿Para qué? Seguramente él ya lo haya hecho con la suya. No tendría sentido. Y yo no me encuentro con fuerzas para afrontar una demanda de plagio. Casi que prefiero dejarlo estar. Al fin y al cabo, solo era una historia guardada en el fondo de un cajón.*

MARA: *¡Si! ¡Pero era tuya! ¿Veis? Por eso digo que no se puede confiar en ningún tío. Son todos asquerosos. Uff, me están entrando unos instintos asesinos...*

CARMEN: *Esta vez no te llevaré la contraria, Mara. Si se me pone ahora por delante... lo mato. ¿Y qué hiciste cuando lo descubriste?*

M.LUZ: *Lo enfrenté, por supuesto. Pero no me quedé a escuchar sus excusas. Me fui, y esa misma tarde me marché de Cádiz. Y aunque me ha llamado montones de veces, no quiero hablar con él.*

JOE: *Bien hecho. Un tipo así no merece ni un segundo de tu tiempo. Y ya hablaremos sobre la demanda. Cuando te encuentres mejor. Pero prométeme que hoy sin falta registras el documento.*

M.LUZ: *Está bien, pero bueno, veo un poco estúpido hacerlo a estas alturas.*

MARA: *Esto confirma lo que siempre digo: los hombres son una panda de egoístas.*

No puedo evitar soltar una risa amarga al leer eso.

M.LUZ: *Bueno, eso ya quedó atrás. Al menos estos días me han servido para despejarme. Pero como comprenderéis, he decidido que no voy a volver a la biblioteca mientras él esté aquí.*

CARMEN: *¿Aún no ha terminado el taller?*

M.LUZ: *No. Quedan todavía dos semanas de clases, lo mismo que me queda a mí para terminar mis días de vacaciones. Cuando se vaya, retomaré mi vida normal. Ahora mismo no puedo volver, Carmen. Me haría más daño verlo.*

JOE: *¿Y si él no se va? ¿Y si espera a que tú regreses para verte? Dices que ha tratado de ponerse en contacto contigo y que tú no lo has atendido. Pero él sabe dónde trabajas; si quiere localizarte, puede hacerlo. ¿No lo has pensado?*

M.LUZ: *¿Para qué? Ya ha obtenido de mí lo que quería. Nada lo retiene en Cádiz. Mucho menos, yo. Además, él ya no me importa. Lo único que quiero es que se vaya de una vez.*

Sé que no suena convincente, pero espero que no lo noten. Sin embargo, Mara no tarda en saltar.

MARA: *Claro. Por eso llevas quince días sin querer hablar con nadie, incluidas nosotras. A otro perro con ese hueso, Mariluz.*

JOE: *Mara, no seas tan dura. Pero tiene razón. Si estás herida, no tienes que fingir con nosotras.*

El nudo en mi garganta amenaza con volver, pero consigo controlarlo.

M.LUZ: *De verdad, estoy bien. Solo quiero seguir adelante, pasar página y centrarme en mi nueva novela.*

CARMEN: *Nos alegra muchísimo que hayas vuelto a escribir. ¿Qué necesitas de nosotras?*

Ahí está, la Carmen práctica, siempre buscando cómo ayudar.

M.LUZ: *Solo que me entendáis si de vez en cuando tardo en contestar a vuestros mensajes.*

MARA: *Sabes que te apoyamos, ¿no? Aunque ese Gael sea un imbécil, aquí estamos para lo que necesites.*

JOE: *Exacto. Si necesitas rajar de él, desahogarte o simplemente que te mandemos memes ridículos, dilo.*

Una sonrisa genuina se dibuja en mi rostro.

M.LUZ: *Lo tendré en cuenta. Gracias, chicas. De verdad.*

CARMEN: *¿Nos vemos esta semana? Un cafelito, aunque sea rápido.*

Dudo por un momento. No sé si estoy lista para verlas en persona y enfrentarme a sus preguntas cara a cara.

M.LUZ: *¿Me dais unos días? Todavía estoy acomodándome.*

JOE: *Por supuesto. Pero avisa cuando estés lista.*

MARA: *Y como dice Joe, si necesitas que vayamos a pegarle una paliza a alguien, no tienes más que decirlo.*

Rio con fuerza esta vez.

M.LUZ: *Vale, vale. Sé que puedo contar con mi ejército, llegado el caso.*

MARA: *Por supuesto.*

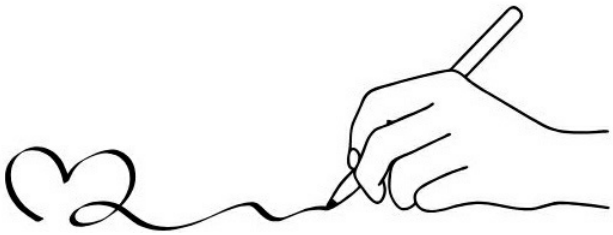
La conversación sigue un rato más, derivando en temas más ligeros. Me hablan de sus semanas, de sus propios problemas y de lo mucho que me han echado de menos. Por primera vez en días, siento que la vida empieza a encontrar un poco de equilibrio.

Al final, apago el móvil y me dejo caer contra el respaldo del sofá. Mis amigas siempre han sido mi pilar, y hoy lo han demostrado una vez más. Aunque todavía quede mucho por sanar, sé que no estoy sola.



CAPÍTULO 20

Un correo inesperado



MARILUZ

El sonido de las teclas del ordenador y el susurro prudente y respetuoso de los visitantes colman la biblioteca. Es un día tranquilo, como tantos otros. Sonrío mientras miro a mi alrededor, llenándome de esa paz y esa tranquilidad que tanto me gusta. Me agrada la rutina, el orden. Es como un bálsamo que me ayuda a poner en pausa el caos interno que a veces no sé cómo manejar. Mientras estoy en mi puesto de trabajo, consigo aislarme de todo lo que he vivido en las últimas semanas. De la sensación de tristeza que me invade cuando cierro la puerta de mi pequeño piso. De la decepción por haber depositado mi confianza en quien no debía o, mejor dicho, en quien no la merecía. De sentir, muy a mi pesar, lo que no quiero sentir.

Han pasado dos meses desde que terminó el taller de escritura; dos meses desde que Gael se fue de Cádiz, y dos meses desde la última vez que intenté pensar en él sin que el corazón me doliera. A pesar de todo, sigo fracasando.

Me intento consolar, mintiéndome de paso a mí misma, diciéndome que agradezco que él no haya vuelto a intentar ponerse en contacto conmigo. Está claro que una vez que hubo terminado lo que lo trajo hasta aquí, nada lo vinculaba a esta tierra.

Mierda, deja de pensar en él... Ya no está. Se ha ido. Y es lo mejor que ha podido hacer: desaparecer para siempre. Así me evito cualquier tentación indebida, porque él se ha encargado de demostrarme que las verdaderas historias de amor solo ocurren en los libros que pueblan las estanterías.

Suspiro mientras voy abriendo el correo electrónico en el ordenador de la recepción.

Rara vez recibo algo interesante. En su mayoría se trata de notificaciones de préstamos, solicitudes de actividades y algún mensaje perdido de Marta sobre cambios de turnos. Pero hoy, entre los correos rutinarios, un remitente desconocido capta enseguida mi atención: **Manuel Moreno - Editorial Épsilon. A/A Luz Romero.**

Frunzo el ceño, dudando antes de revisarlo. *¿Otra editorial que manda publicidad?* Lo más probable. Aunque no es habitual que vaya dirigido directamente a mí atención.

No obstante, como entre mis cometidos está el inspeccionar los correos corporativos, finalmente hago clic para abrirlo.

El mensaje es breve, pero suficiente para que mis ojos se abran como platos:

«Estimada Luz:

Mi nombre es Manuel Moreno y soy el propietario de una pequeña editorial llamada Épsilon. He recibido el manuscrito de su novela "Al caer la noche" gracias a Gael Fuentes, quien me habló maravillas de su obra. Tras leerlo, quiero decirle que me ha encantado. Creo que tiene un potencial increíble y me encantaría hablar con usted sobre la posibilidad de publicarlo.

Si está interesada, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo a la mayor brevedad posible a este mismo correo o al número de teléfono que aparece abajo, en el pie de firma.

Quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente,
Manuel Moreno.»

El corazón me late con fuerza. ¿Mi manuscrito? ¿Gael? ¿Cómo es posible?

Mi primera reacción es pensar que se trata de un error. Me pongo tensa y releo el correo varias veces, buscando alguna pista de que esto es una broma o un malentendido. Pero no, el mensaje es claro y, sobre todo, muy directo. Gael ha entregado mi manuscrito a este editor. ¿Por qué?

Un remolino de emociones sacude todo mi cuerpo. Por un lado, siento alivio. La novela que creí perdida quizás no lo esté del todo. Además, alguien la considera digna de ser publicada. Pero, por otro lado, está la confusión, el enfado... y esa molesta sensación de que Gael sigue teniendo un impacto en mi vida que me niego a reconocer.

Me siento bloqueada. No sé qué hacer.

Me levanto de mi silla tras el mostrador, y busco a Marta que está colocando en las estanterías unos pocos libros que nos han devuelto esta mañana.

—Hola, compi —me saluda al verme—. ¿Te importa terminar tú con esto mientras salgo un momento a tomarme un café? Esta noche he dormido fatal y estoy que me caigo de sueño.

Cojo el pequeño montón que lleva en las manos y los sueltos sobre el carrito que tiene al lado. Para colocar libros estoy yo ahora...

—¿Te suena una editorial llamada *Épsilon*?

Ella parece meditar su respuesta.

—La verdad es que no —afirma haciendo una mueca con los labios—. ¿Por qué? ¿Acaba de entrar algo y no la tenemos en nuestra base de datos para catalogarlo?

—No, no es eso. Es que... me acaba de escribir un tal Manuel Moreno en nombre de esa empresa y dice que quiere publicar una de mis novelas... ¿No te parece raro?

—Pero, ¿tú tienes novelas terminadas? Se que te gustaba escribir, pero no me habías dicho que tuvieras algo listo para publicar.

Desecho la pregunta con la mano. La cuestión no viene al caso en estos momentos. Tengo el corazón que se me va a salir del pecho y necesito respuestas.

—¿Entonces no la conoces?

—No la conozco, pero siempre puedes buscar información en nuestro catálogo. Igual está ahí, pero, que yo sepa, a nosotros no nos ha llegado nunca nada de ella.

—Tienes razón... Anda, ve a por tu café que yo termino con esto.

Sin embargo, nada más irse Marta, empujo el carro hacia el mostrador y lo dejo apostado en una esquina. Ya recolocaré los libros más tarde.

Tecleo el nombre de Épsilon en el ordenador, y el resultado no puede ser más desalentador: no obtengo ninguna respuesta.

En el correo decía que se trataba de una editorial pequeña. Seguramente por eso no consten sus datos.

Acto seguido me voy a internet, pero tampoco obtengo ningún resultado que calme mis dudas. ¿Se tratará de un fraude? ¿Acaso Gael está tratando de jugármela de nuevo con alguna de sus artimañas?

Necesito a mi caballería, así que, sin pensarlo un minuto, y a pesar de que no suelo hacerlo en horas de trabajo, cojo el móvil y abro nuestra *Terapia de grupo* en WhatsApp.

M.LUZ: *Chicas, necesito vuestro consejo. Sé que estáis trabajando, pero es urgente.*

No pasa ni un minuto antes de que las respuestas empiecen a llegar.

JOE: *¿Qué te pasa?*

MARA*: ¿Estás bien?*

Suspiro, incapaz de evitar una pequeña sonrisa. Mis niñas siempre han estado pendientes de mí, pero desde que volví de la sierra, todavía más. Son mis incondicionales. Mi ejército particular. Y aunque sé que Carmen no puede contestar a estas horas porque estará en clase, en cuanto vea los mensajes, también se pronunciará.

M.LUZ: *He recibido un correo de una editorial. Dice que quiere publicar una de mis novelas.*

JOE: *¿Para publicarte*?

MARA: *¿De verdad? ¡Qué bueno! ¿Es alguna de las grandes?*

M.LUZ: *No, para nada. Parece que se trata de una editorial pequeña, pero me han dicho que han leído mi manuscrito y les ha encantado*.

MARA: *Eso es genial, ¿no?*

Aquí llega la parte complicada.

M.LUZ: *Sí, pero el problema es cómo lo han conseguido. Porque yo no he mandado ninguno de mis manuscritos a ninguna parte.*

JOE: *¿Entonces?*

M.LUZ: *Dice que Gael se lo pasó al editor. Se trata de la novela que él me robó.*

MARA: *¡¿Qué?! Ese tío no para de dar sorpresas.*

JOE: *¿Qué dijo exactamente el editor?*

Vuelvo al correo y copio el texto para enviárselo.

M.LUZ: *Esto es lo que dice.*

El grupo queda en silencio por unos momentos. Sé que están procesando.

JOE: *Desde luego, el correo está bastante claro. ¿Qué es lo que te preocupa? Porque es evidente que lo hay o de lo contrario no nos hubieras escrito con tanta urgencia.*

M.LUZ: *Así es. Para empezar, hay varias cosas raras. Primero, no conozco a ninguna editorial Épsilon. He buscado información por internet y no he encontrado nada. Lo menos que debería tener es una página web con un catálogo de libros, ¿no*?

MARA: *Bueno, de eso entiendes más tú que nosotras, pero supongo que tienes razón. Sí que es raro...*

M.LUZ: *En segundo lugar, ¿Gael se lo ha enviado? ¿Por qué? Él lo estaba reescribiendo para sí, para aprovecharse de mi historia. ¿Qué sentido tiene?*

JOE: *Quizás se haya arrepentido...*

MARA: *O quizás haya visto que la tenías registrada a tu nombre y no se haya atrevido a que le plantes una demanda por plagio.*

M.LUZ: *Puede ser... Aunque si él lo registra con otro título diferente, ¿quién lo iba a saber?*

MARA: *Lo sabríamos nosotras que hemos leído todas tus historias. La hubiéramos comparado con la de él, y hubiéramos sabido que no se trataba de una novela de su autoría. Y entonces sí que se iba a cagar vivo.*

M.LUZ: *O también pudiera ser...*

Guardo silencio un instante mientras mi mente termina de procesar las opciones.

JOE: *Qué...*

M.LUZ: *Que a la editorial de Gael no les haya gustado y haya buscado la manera de devolvérmela sin tener que tratar directamente conmigo, sino a través de este editor que supongo que será conocido suyo.*

JOE: *Puff, lo veo muy rocambolesco. Además, este tal Manuel Moreno, dice que le ha encantado, que es buena. Por cierto, ¿has buscado información sobre este tipo? Quizás puedas llegar a la editorial a través de su perfil*.

M.LUZ: *No, eso no se me había ocurrido...*

JOE: *Espera, que ya lo miro yo.*

Unos segundos más tarde recibo un nuevo mensaje:

JOE: *Hay muchos Manuel Moreno por ahí... la verdad es que es un nombre relativamente común. Pero he visto este perfil en LinkedIn que cuadra con el correo. Te mando el enlace*.

Pulso sobre el link que me acaba de enviar y, en efecto, aparece una breve reseña del señor Moreno como propietario y socio único de la Editorial Épsilon. Pero no ofrece ninguna información más y carece de foto de perfil.

M.LUZ: *No dice mucho, la verdad. ¿Cómo lo veis?*

JOE: *Supongo que la opción de preguntarle a Gael directamente está descartada.*

La sola opción de volver a hablar con él me causa un terremoto interno que no soy capaz de afrontar en estos momentos.

M.LUZ: *Completamente.*

MARA*: Entonces, ¿qué piensas hacer? La verdad es que todo es muy raro, pero... ¿y si de verdad fuera una editorial que está interesada en ti?*

Buena pregunta.

M.LUZ**:** *No lo sé. Estoy muy confusa...*

MARA: *Sea como sea, ¿te interesa publicar con esta editorial?*

Eso es lo que debería estar evaluando, pero mi mente sigue anclada en Gael. No consigo entender por qué tomó esta decisión.

M.LUZ: *No sé si debería confiar en esto.*

JOE: *A ver, corazón, si el editor parece legítimo y realmente cree en tu trabajo, no pierdes nada con escucharlo.*

MARA: *Pero no te fíes de Gael. Esto es por ti, no por él.*

El consejo de Mara me hace detenerme. Tiene razón. Esto no es sobre Gael. Es sobre mi novela, mi trabajo.

M.LUZ**:** *Tienes razón. Creo que al menos responderé al editor.*

JOE: *Hazlo. Pero asegúrate de investigar bien a la editorial antes de aceptar nada.*

MARA: *Sí, y no olvides de que esto es tuyo, Mariluz. Lo que Gael haya hecho ya no importa.*

Mi respiración se calma un poco al leerlas. Ellas me dan la tranquilidad que tanto necesito.

M.LUZ**:** *Está bien, eso haré. Os mantendré informadas, chicas. No sé qué haría sin vosotras.*

JOE: *Te queremos mucho. Y ya sabes, cuéntanos cuando sepas algo.*

M.LUZ: *Y yo a vosotras. Hablamos.*

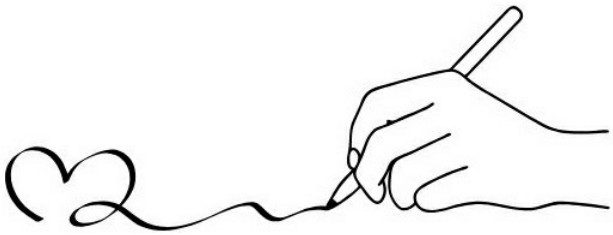
Guardo el móvil algo más relajada y releo el correo del editor. Tal vez este sea el comienzo de algo nuevo. Tal vez sea mi oportunidad de cerrar una etapa y abrir otra.

Con manos temblorosas, comienzo a escribir mi respuesta.



CAPÍTULO 21

Nuevos comienzos



MARILUZ

Escribir un correo nunca me ha puesto tan nerviosa. Las palabras se amontonan en mi mente, atropelladas, y no soy capaz de darles forma. Tomo aire y lo suelto despacio, obligándome a calmarme. Esto no es más que un correo profesional, me recuerdo, aunque no puedo negar que me tiembla todo por dentro de miedo, expectación, entusiasmo… son tantas cosas las que siento que me da pavor ilusionarme antes de tiempo, por si todo esto no llega a nada.

Finalmente, tras varios borradores y eliminar alguna que otra frase demasiado insegura, este es el mensaje que decido enviar:

«Asunto: Re: Propuesta de publicación

Estimado señor Moreno,

Ante todo, muchas gracias por contactarme y por sus palabras sobre mi manuscrito. Me alegra saber que haya considerado que mi obra tiene potencial y que considere la posibilidad de publicarla.

Me gustaría saber más sobre la editorial y las condiciones de la propuesta que me ofrece. Aunque trabajo en una biblioteca y estoy familiarizada con muchas editoriales, debo confesar que no conozco Épsilon, y esto, unido a que soy nueva en este mundo, me genera ciertas dudas.

Quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente,
María de la Luz Romero.»

Hago clic en *Enviar* antes de que pueda cambiar de opinión. Me quedo mirando la pantalla, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad. ¿Habré sido demasiado directa? ¿Habrá sonado grosero? Intento distraerme organizando unos libros, pero no pasan más de quince

minutos antes de que el icono de un nuevo correo ilumine la pantalla.

Es él. Manuel Moreno.

Sacudo las manos antes de abrirlo, tratando de soltar los nervios ante lo que me voy a encontrar.

«Asunto: Re: Propuesta de publicación

Estimada Luz,

Gracias por responder tan rápido. Comprendo perfectamente sus dudas y quiero ser totalmente transparente con usted. La editorial Épsilon es, efectivamente, de reciente creación. Yo mismo soy escritor y estoy dando mis primeros pasos en solitario en este mundo. Al igual que usted, sé lo complicado que es abrirse camino, y esa es la razón por la que decidí crear Épsilon: para ayudar a otros autores y para facilitar que mi propia novela, que está próxima a publicarse, llegue a más lectores.

No quiero que piense que hay alguna intención oculta en mi propuesta. Sé que es difícil confiar en alguien que apenas conoce, pero le aseguro que mis intenciones son sinceras. Su obra me ha conmovido de una manera extraordinaria, y creo que merece la pena mostrarla al mundo.

Sé que discutir estos temas por correo puede ser complicado, así que la invito a que me llame. Estaré encantado de responder a todas sus preguntas con detalle y resolver cualquier duda que pueda tener.

Quedo a su disposición.

Atentamente,
Manuel Moreno.»

Leo el mensaje dos, tres veces. Hay algo en sus palabras que me transmite honestidad, pero a la vez, la incertidumbre sigue ahí. Decido aceptar su invitación. Pero debo esperar a que Marta vuelva del desayuno para salir y hacer la correspondiente llamada.

Por suerte, no tarda mucho en llegar. Así que cuando la veo entrar, le comento que voy a salir unos minutos a hacer unas gestiones.

—Claro, ve. Yo me quedo aquí al pendiente de todo —me contesta.

Cojo el móvil y nada más llegar a la calle, marco el número que previamente he grabado en mis contactos.

Demonios, ¡qué nerviosa estoy! Por primera vez mi sueño de publicar se revela más factible que nunca…

No, espera. No te hagas aún ilusiones.

Mantén la calma y no adelantes acontecimientos, pienso mientras se suceden los tonos de llamada.

—¿Dígame?

Cuando oigo su voz al otro lado del teléfono, me quedo congelada. Es grave, serena, y me recuerda demasiado a la de Gael. Mi corazón se acelera, y durante unos segundos, creo que he marcado el número equivocado.

—¿Sí…? —repite la voz que me resulta familiar en exceso.

—¿Señor Moreno? —pregunto, sintiéndome torpe.

—Sí, soy yo.

—Hola, buenos días. Soy Mariluz Romero… —respondo, intentando sacudirme la sensación de déjà vu.

Él no parece darse cuenta de mi confusión y comienza a hablar con naturalidad.

—Es un placer hablar con usted, Luz. ¿Puedo llamarla así? Agradezco que me haya llamado —me dice con cordialidad.

—Por favor, preferiría que me llamara Mariluz. —No le voy a contar que solo Gael me llamaba Luz, y que necesito apartarme de todo lo que me recuerde a él. Ya bastante tengo con confundir la voz del señor Moreno con la de él.

¿Cuándo voy a conseguir pasar página?

—En tal caso, agradecería que me llamaras Manu, que es como me siento más cómodo.

—Por supuesto… Manu. —Me resulta raro usar un apelativo tan familiar con alguien que acabo de conocer, pero no seré yo quien lo contradiga. Tengo otras cuestiones en mente más allá de un nombre—. Como te he expuesto en el correo, te agradezco que te hayas puesto en contacto conmigo a propósito de mi manuscrito. Sin embargo, me extraña la manera en que ha llegado a tus manos…

—Como te dije, fue a través de un… llamémoslo amigo, que tenemos en común: Gael Fuentes. Tengo entendido que lo conoces, ¿no?

No puedo contener un suspiro.

—No como yo creía. Pero bueno, sí, sé quién es.

Ten cuidado con lo que dices, me reprocho. Este Manu Moreno debe ser alguien cercano a Gael, o de lo contrario, no le hubiera entregado mi novela. Debo ser prudente.

Oigo como él carraspea.

—Pues eso… Me dijo que había llegado a su poder la novela de una alumna que había conocido en un taller de escritura y que estaba entusiasmado con la calidad de su… de tu escrito. Y como estaba al tanto de mi proyecto editorial, quiso que le echara un vistazo. Tengo que decir que, nada más leerlo, quise publicarlo de inmediato. Esto no puede quedarse guardado en un cajón, Luz… Mariluz.

—Muchas gracias —me siento en la obligación de contestar—. De todas maneras, no alcanzo a entender que el señor Fuentes… haya querido hacer eso por mí.

—Porque te tiene en muy alta estima, no lo dudes. Me ha hablado maravillas de ti.

No sé cómo digerir esa información.

No quiero pensar que él pueda estar haciendo algo por mí, pero las palabras de Manu pretenden dar a entender todo lo contrario.

—Bueno, si no te importa, dejemos al señor Fuentes fuera de esto. Me gustaría que me contaras un poco acerca de Épsilon, por favor.

—Por supuesto.

A continuación, me explica cómo funciona su editorial, los porcentajes que ofrece, y las condiciones que plantea. Su voz tiene un tono pausado y seguro, como si hubiera dado esta explicación mil veces antes.

—Para las ventas de libros electrónicos, ofrecemos un 70% de regalías, y para los libros impresos bajo demanda, un 60%. En caso de que las ventas sean a través de una distribuidora, las regalías disminuirían, ya que hay que tener en cuenta los gastos de impresión y distribución. Por supuesto, la editorial se encargará de la revisión, maquetación y elaboración de portada, la cual se consensuará entre las dos partes.

Me cuesta procesar lo que está diciendo. Los números suenan demasiado buenos para ser verdad. No es que yo conozca mucho de estos temas, pero se acercan más a las cantidades que se obtienen por autopublicar tu obra en una conocida plataforma, que haciéndolo a través de una editorial convencional, por más nueva que esta sea.

—Entiendo que pueda parecerte demasiado, pero quiero que sepas que mi prioridad no es ganar dinero con tu obra. Para eso ya tengo mis propios proyectos —añade, como si hubiera leído mi mente—. Mi objetivo es que tengas la oportunidad de darte a conocer.

—¿Y qué ganas tú con esto? —pregunto, incapaz de contener mi escepticismo.

Se toma unos segundos antes de responder.

—Prestigio. Quiero que Épsilon se construya sobre autores que realmente valgan la pena. Tu novela me ha mostrado que ese es el camino.

Su respuesta me descoloca. Hay algo en su tono que me resulta familiar, pero no consigo identificar qué es.

—¿Y si acepto la oferta y por el motivo que sea, no estoy satisfecha con la manera en que se desarrolla nuestra relación profesional? —pregunto, todavía con dudas.

—Si quieres, incluiremos una cláusula de rescisión en el contrato. Si después de un año no estás contentas con el trabajo de Épsilon, podrás romper nuestro acuerdo sin penalizaciones. Además, podríamos firmar la colaboración solo para este libro. Si en el futuro decides seguir por tu cuenta, tendrás la libertad de hacerlo.

Sus palabras me dejan sin argumentos. Parece haber pensado en todo.

—Discúlpame, Manu. Pero sigo sin ver cuál es la ventaja para ti. Me expones todo lo que puedo ganar yo, pero, ¿cuál es tu beneficio como empresa? No lo entiendo.

—Ya te lo he dicho: Épsilon no ha hecho más que arrancar y en estos momentos, prefiero impulsar una buena carrera que ganar dinero a costa de tu trabajo. Por eso mi intención es la de ir poco a poco y probar con un único libro, para que tú y yo avancemos juntos paso a paso. Lo que ocurra en el futuro, que el destino lo determine.

Joder… Demasiado bonito para ser verdad. ¿Puedo confiar en una oferta semejante?

—Entiendo que mi propuesta te resulte un poco desconcertante. Si te parece, te enviaré una copia del contrato incluyendo todo lo que te he explicado para que lo revises con calma —añade—. No tienes que decidir nada ahora.

—Está bien. Envíamelo y te prometo que lo estudiaré.

—Perfecto. En una hora a más tardar lo recibirás en tu correo.

Cuelgo sintiéndome más tranquila, pero a la vez, más confundida. Hay algo en todo esto que no encaja, pero no puedo negar que la oferta es cuanto menos, tentadora.

Vuelvo al trabajo, aunque no dejo de revisar la bandeja de entrada cada dos por tres, esperando el borrador del contrato.

Manu cumple su palabra, y apenas cuarenta minutos después, ahí lo tengo. Lo abro y empiezo a leerlo con atención, devorando cada párrafo.

Cada cláusula parece diseñada para tranquilizarme. Todo está claramente explicado, sin letra pequeña. Cuando llego a la parte de la posibilidad de rescisión, siento un nudo en la garganta. Es justo lo que dijo: si en un año no estoy satisfecha, puedo romper el contrato sin consecuencias.

Mando un mensaje al grupo de WhatsApp. Sé que mis *niñas* aguardan mis noticias.

M.LUZ: *Chicas, he hablado con el editor*.

MARA: *¿Y qué tal?*

M.LUZ *No sé qué pensar. Me lo pinta todo demasiado bien. Es tan bueno que lo único que me provoca es desconfianza.*

MARA*: Pero, ¿qué te ha dicho exactamente?*

M.LUZ: *Que lo que busca es impulsar la editorial para darle prestigio y que no le importa no ganar dinero con mi novela. A mí me parece raro de la leche, la verdad.*

JOE: *¿Quieres que le eche un vistazo? No sé mucho de editoriales, pero estoy acostumbrada a gestionar contratos.*

M.LUZ: *Pues te lo agradecería. A ver si tú ves algo que a mí se me haya podido escapar. Espera que te lo mando.*

JOE: *OK.*

Unos minutos después, los mensajes se reactivan.

JOE: *Viene todo muy clarito. Pero es cierto que las condiciones son excesivamente buen*as *para ti. Que, a ver, no es menos de lo que mereces, pero tienes razón al decir que resulta extraño.*

M.LUZ: *Eso pienso yo…*

MARA: *Pero, ¿qué más da si te beneficia? Al fin y al cabo, creías que el innombrable te había robado la historia, y no solo te has encontrado con ella, sino que, además, te hacen una oferta que parece que es la hostia. ¿Qué tienes que perder si de todas maneras no te lanzabas nunca a publicarla?*

JOE: *Y tienes la tranquilidad de que, si hay algo que no te guste, en un año puedes rescindir el contrato y recuperar los derechos de la obra.*

M.LUZ: *Tenéis razón. Creo que voy a aceptar.*

MARA: *¡Muy bien, esa es mi chica!*

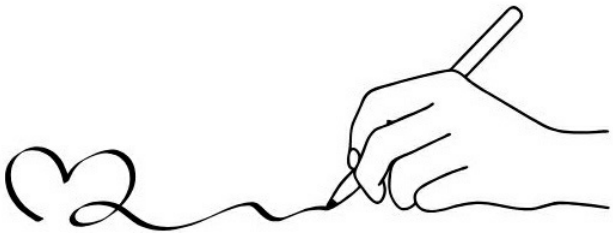
M.LUZ: *Gracias, bonitas mías.*

Cierro el chat y vuelvo al contrato. Esto podría ser el comienzo de algo nuevo, algo que no imaginaba posible. Por primera vez en mucho tiempo, siento que mi sueño no está tan lejos.



CAPÍTULO 22

En sueños y verdades



MARILUZ

Estoy de pie frente al paquete cerrado que llegó hace apenas media hora. Mi nombre está ahí, impreso en letras negras sobre la etiqueta blanca. Pero lo que contiene es lo que me tiene paralizada. Sé perfectamente lo que hay dentro; Manu me avisó de que lo enviaría hoy.

Es mi libro.

Después de un largo minuto, respiro hondo y me armo de valor para abrirlo. Mis dedos tiemblan mientras rompo el embalaje. Al retirar la tapa de la caja, lo veo por primera vez: una pila de ejemplares perfectamente alineados, cada uno con mi nombre en la portada.

No he parido nunca a un hijo y, por lo tanto, no puedo expresar lo que se siente.

Pero he parido una novela y la sensación de tenerla delante de mis ojos es indescriptible. Saco un ejemplar con cuidado, como si fuera a deshacerse entre mis manos. Sentir el tacto del papel, el singular olor de la tinta sobre las hojas de color crema, airear sus páginas entre mis dedos...

¡Quién me iba a decir hace dos meses que tendría a mi *bebé* en mis manos!

La portada es más hermosa de lo que imaginé. Las letras del título destacan con elegancia sobre el fondo que representa un paisaje nocturno, justo como lo sugerí. Deslizo los dedos por mi nombre impreso y, por un instante, me siento como si estuviera soñando.

Todavía no me puedo creer cómo han cambiado las cosas en apenas dos meses.

Tras haber firmado el contrato con la editorial Épsilon, Manu me orientó durante todo el proceso para que mi novela estuviera disponible lo antes posible. Pensaba que sería un proceso más complejo, pero mi editor me lo ha puesto fácil desde el primer minuto.

Él se encargó de mandar el manuscrito a una correctora para su revisión, aunque según me explicó, no había que pulirlo en demasía ya que de por sí, la obra estaba bastante bien. Luego me mandó las galeradas para que diera mi conformidad y en cuestión de pocas semanas, la versión final quedó cerrada.

En cuanto a la portada, nunca imaginé que pudiera ser tan difícil buscar una imagen que representara el contenido de la novela. Seguramente, porque nunca había llegado a ese punto. Pero Manu me ayudó y entre él, y la portadista que se encargó de realizarla, conseguimos consensuar una con la que estoy encantada.

Lo abro por la primera página. Ahí está, en letras negras y perfectas: *"Primera edición: Editorial Épsilon"*. Paso las páginas hasta llegar al inicio del primer capítulo, y veo las palabras que escribí durante tantas noches de insomnio.

Es mío.

Todo mío.

Una risa nerviosa escapa de mis labios, seguido de un nudo en la garganta que amenaza con convertirse en llanto. Es una mezcla de emociones que no sé cómo manejar. Me siento feliz, aliviada, agradecida… y un poco asustada.

Agarro el móvil, y antes de darme cuenta ya estoy marcando el número de Manu. Lo conozco lo suficiente como para saber que probablemente está trabajando en los últimos capítulos de su libro, pero necesito compartir este momento con él.

—¡Hola, Mariluz! ¿Lo has recibido? —contesta casi de inmediato, con su tono habitual de energía.

—¡Manu, lo tengo! —exclamo antes de que pueda decir algo más—. Es hermoso, perfecto… no puedo creerlo. ¡Gracias por todo lo que has hecho por mí!

Él ríe al otro lado de la línea, y su risa tiene algo cálido que me reconforta.

—No tienes que agradecerme nada. Este momento es tuyo, y nadie se lo merece más que tú.

—Pero tú hiciste que todo fuera tan fácil… —Me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Hace dos meses pensé que no iba a escribir nunca más, y ahora… Ahora tengo esto en mis manos.

—Nunca dejes que nada ni nadie te impida perseguir tus sueños. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—Muchas —admito.

—Pues aplícate el cuento. ¿Te das cuenta de lo que significa lo que tienes en las manos? —pregunta con suavidad—. Y esto es solo el comienzo. Lo mejor está por llegar. Estoy seguro.

Cierro los ojos por un momento y dejo que sus palabras calen hondo. Tiene razón. Debo ser yo la primera que crea que esto es posible. Que solo es el principio de algo más grande.

Hablamos durante un rato más, y aunque la emoción sigue burbujeando en mi interior, hay algo que me empuja a confesarle lo que realmente siento.

—¿Puedo contarte una cosa? —le pregunto, y el tono de mi voz cambia.

—Por supuesto.

—Esto es algo que, salvo mis amigas, no se lo he contado a nadie.

—Te escucho... —Su voz se vuelve solemne.

—Hace algunos meses, conocí a un hombre. Uno que me rompió el corazón. Y después de que se terminara, creí que nunca más volvería a confiar en nadie. Pero tú… tú has conseguido que me sienta segura otra vez.

Hay un silencio al otro lado de la línea. Como si estuviera procesando mis palabras.

—Me alegra mucho escucharlo, Mariluz. —Su voz es suave, casi cargada de emoción—. Si ese hombre te perdió, estoy seguro de que fue por su propia estupidez. Y espero que no pienses que todos somos iguales.

—No lo pienso. —Sonrío, aunque sé que él no puede verme—. Una manzana podrida no tiene por qué arruinar todo el cesto, ¿verdad?

Él ríe, y su risa me contagia.

—Quiero pensar que no. Y que, a pesar de que cualquier persona puede equivocarse en la vida, siempre puede redimirse si sus intenciones son sinceras y lo hace desde el corazón.

—No sé, dudo que eso funcione para determinado tipo de personas... —Estoy tan feliz que no quiero que nada lo enturbie, así que cambio de tema—. Pero bueno, no hablemos de eso ahora. ¿Qué estás haciendo? ¿Escribiendo?

—Intentándolo —reconoce—. Lo cierto es que estaba esperando tu llamada. Estaba nervioso...

Vuelvo a reír y me agrada la sensación de seguridad que él me brinda.

Conversamos un poco más, y justo cuando estoy a punto de colgar, me sorprende con una propuesta.

—Mariluz, estaba pensando… ¿Qué te parece si organizamos una presentación para tu novela?

—¿Una presentación? —repito, incrédula.

—Sí, en Cádiz. Es tu ciudad, después de todo, y creo que sería el lugar perfecto para mostrar tu obra a tus amigos, familiares y lectores potenciales.

La idea me toma por sorpresa, pero al mismo tiempo, algo dentro de mí se enciende.

—¡Me encantaría! Pero… ¿tú estarías ahí?

Guarda silencio un instante, pero finalmente, me contesta.

—Por supuesto. ¿Quién más podría presentarte?

Su respuesta me llena de alegría. La verdad es que tengo muchas ganas de conocerlo en persona. Desde que empezamos a hablar, su voz se ha vuelto una constante en mis días. Es extraño cómo alguien a quien nunca he visto puede hacerme sentir tan cómoda, como si lo conociera de toda la vida.

—¿Qué te parecería hacerlo en la biblioteca donde trabajo? —sugiero, emocionada—. Para mí sería un honor presentarlo allí. Además, lógicamente tengo enchufe para que me dejen hacerlo...

—Perfecto —responde sin dudar—. Organiza todo para dentro de tres semanas. Para entonces ya tendremos la primera tirada de libros impresos. Yo me encargaré de contactar con

los medios locales.

—¿Medios locales?

—Claro. Esto merece ser noticia, Mariluz.

Estoy tan emocionada que apenas puedo hablar. Todo esto parece un sueño. Es… irreal.

—Manu, gracias. De verdad.

—No me des las gracias. —Hay un matiz misterioso en su voz que no logro descifrar—. No tienes idea de cuánto espero ese día.

Cuelgo la llamada sintiéndome como si estuviera flotando.

Tres semanas. Ese es el tiempo que tengo hasta el día de la presentación. No puedo esperar para verlo, para agradecerle en persona todo lo que ha hecho por mí.

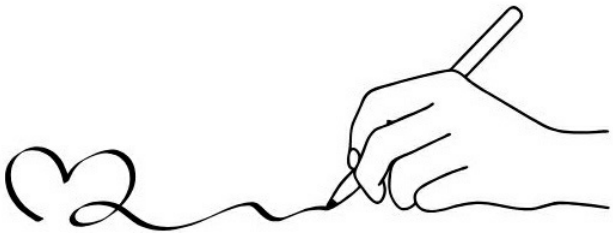
Cada vez que miro el ejemplar que acabo de sacar de la caja, no puedo evitar sonreír. Siento una mezcla de orgullo y emoción que me desborda.

Como me desborda la ilusión de ver a mi editor cara a cara por primera vez.



CAPÍTULO 23

Más allá de las máscaras



MANU

Cuelgo el teléfono y dejo que el aparato descanse sobre el escritorio, aunque mi mano sigue aferrada a él como si fuera una cuerda salvavidas. Me recuesto en la silla, dejo que mi cabeza caiga hacia atrás, y cierro los ojos por un momento. Su voz aún resuena en mi mente. La emoción de *mi* Luz es tan genuina que no puedo evitar sentirla como propia. ¡Cómo me gustaría estar en este instante junto a ella para poder abrazarla…!

Suponiendo que me dejara, claro.

Me da un poco de miedo el momento en que la tenga frente a frente, pero es algo que tarde o temprano tengo que hacer. Cada vez me cuesta más ocultarle la que es mi verdadera identidad. Hablar con ella se ha convertido en la mejor parte de mis días, y al mismo tiempo, en la más difícil. Me llena de alegría escucharla feliz, entusiasmada con su libro y con todo lo que viene detrás. Pero cada conversación es también un recordatorio de lo lejos que estoy de ganarme su confianza como Gael Fuentes, y del peso que aún cargan mis acciones pasadas.

La echo tanto de menos…

Miro por la ventana de mi casa, más allá del horizonte de tejados y antenas. Es un día claro, con una luz que entra a raudales por el ventanal. El mismo sol que brilla sobre Cádiz, donde ella está. Dejo que la imagen de Luz se instala en mi mente: probablemente ahora está acariciando la portada de su libro, con esa mezcla de orgullo y asombro que tanto me gusta de ella.

La amo.

Más de lo que creí posible.

Al principio pensé que la atracción que sentía por Luz se debía a su espíritu, a esa autenticidad que la hacía diferente a cualquiera que hubiera conocido. Luego estaba su lado

creativo, que siempre me tuvo subyugado. Pero en estos dos meses, he llegado a comprender que lo que siento por ella es mucho más profundo que eso. Su manera de reír, de creer en sus sueños a pesar de todo, incluso después de lo que le hice… Me ha demostrado que es una mujer increíblemente fuerte, y eso solo ha hecho que me enamore más de ella.

Y ahí está el problema. Porque cada día que pasa, este juego de identidades dobles pesa más sobre mis hombros. Luz confía en Manu, el hombre que realmente soy. Pero si supiera que Manu es también Gael… ¿Qué pasará cuando lo descubra? ¿Podrá ver más allá del escritor que la decepcionó y lastimó?

No lo sé. Y eso me asusta más de lo que quiero admitir.

Me inclino hacia adelante mientras me froto las sienes con los dedos. Necesito dejar de pensar en esto, aunque sea por un rato. Hay mucho por hacer antes de la presentación.

Abro mi portátil y reviso el correo. Un mensaje de la imprenta destaca en la bandeja de entrada. Me confirma que la primera tirada de libros estará lista en una semana, tal y como estaba previsto. Respondo con un breve agradecimiento a la vez que me aseguro de que no haya ningún retraso.

A continuación, busco el contacto de un viejo conocido, un periodista con el que trabajé durante mis años más exitosos como Gael Fuentes. Su nombre, Enrique Castellanos, aparece en mi lista de contactos. Respiro hondo antes de llamarlo.

—¡Gael! —responde después del tercer tono, con ese entusiasmo que siempre lo caracterizó—. Pensé que te habías olvidado de mí.

—Nunca, Enrique. —Intento mantener mi tono ligero, aunque en el fondo siento el peso de lo que estoy a punto de pedirle—. ¿Cómo estás?

—No me quejo. Y tú, ¿qué tal? ¿Cuándo vas a volver a publicar algo? La gente sigue preguntando por ti, ¿sabes?

Esa pregunta siempre me pilla desprevenido, aunque a estas alturas ya debería estar acostumbrado. Normalmente derivo la cuestión a Hugo, que es quien sigue gestionando el seudónimo de Gael. Pero ahora no tengo escapatoria.

—Estoy en una especie de pausa, reinventándome —respondo con cuidado. Al fin y al cabo, no es del todo mentira.

—Bueno, ya sabes que cuando estés listo, aquí estoy para ayudarte con la promoción.

—Lo sé, y te lo agradezco. Pero, en realidad, hoy te llamo por algo diferente.

—Ah, ¿sí? Pues cuéntame, amigo.

—Me he embarcado en un nuevo proyecto que me tiene muy ilusionado, pero me temo que voy a tener que abusar de nuestra amistad para pedirte un favor.

—Soy todo oídos…

Le explico brevemente la situación: la creación de mi propia editorial, la publicación de la primera novela de Luz, su talento como escritora y mi deseo de darle la mejor oportunidad posible para destacar. Enrique guarda silencio mientras hablo, y puedo imaginarlo frunciendo el ceño al otro lado de la línea.

—Entonces, ¿quieres que cubra la presentación del libro de una novata?

—Así es. No te arrepentirás, Enrique. Es una obra increíble, y estoy seguro de que se

convertirá en un éxito.

—Viniendo de ti, eso es un gran elogio.

—Lo digo en serio. Esta mujer merece la pena.

Hay una pausa, y puedo sentir que está evaluando mi petición.

—Está bien, lo haré. Pero con una condición.

—Dime.

—Quiero una exclusiva contigo. Sobre tu futuro como escritor.

Lo sabía. Enrique nunca da nada gratis.

Hugo me he exigido que no vuelva a publicar bajo el nombre de Gael Fuentes, pero no me ha pedido que me encierre en un monasterio como un ermitaño y desaparezca del mundo.

—Trato hecho —afirmo, convencido de mi decisión.

—Perfecto. Mándame todos los detalles por correo, y ahí estaré. Espero que tu intuición sea certera. Ya sabes que no me gusta que me hagan perder el tiempo.

—No te arrepentirás, te lo aseguro. Y una última cosa, Enrique.

—A ver, ¿qué más necesitas?

—¿Tienes contacto con medios locales de Cádiz?

—Bueno, no directamente, pero lo podría arreglar.

—Me interesaría que la cobertura fuera lo más extensa posible.

Enrique deja escapar una risa sabionda.

—Mucho interés le estás poniendo tú a esta promoción. ¿Acaso hay algo más que deba saber?

—Que ella lo merece, nada más.

—Está bien. Déjame ver qué puedo hacer por ti, pero que sepas que esto te va a costar una entrevista jugosa, te lo advierto.

—Sí me das lo que te pido, te prometo que la tendrás.

Colgamos, y dejo escapar un suspiro de alivio. Un paso más completado. Luz merece todo esto y más. No sé si alguna vez podré compensarla por lo que hice como Gael, pero como Manu, estoy decidido a ayudarla a alcanzar sus sueños.

Dejo mi novela aparcada y paso el resto del día organizando los detalles de la presentación. Hago una lista inicial de invitados —a los que tendré que añadir los que Luz me facilite— y empiezo a redactar el discurso que planeo dar. Es extraño, porque siempre fui bueno hablando en público, pero esta vez, las palabras parecen más importantes que nunca. Quiero que Luz se sienta valorada, que entienda cuánto creo en ella y en su talento.

Por la noche, me vuelvo a sentar en mi escritorio y retomo el manuscrito en el que estoy trabajando. Es mi propia manera de redimirme. Escribir esta historia está siendo una especie de terapia, una manera de enfrentar mis demonios y, al mismo tiempo, de decirle a Luz lo que no puedo expresar con palabras.

Sin embargo, en esta ocasión no consigo avanzar demasiado. Así que decido cerrar el archivo y apagar el ordenador mientras una pregunta, *la pregunta*, sigue rondando mi mente.

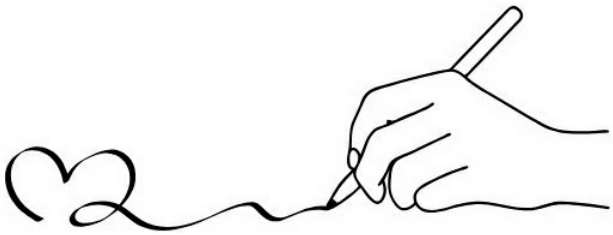
¿Qué pasará cuando descubra la verdad?

No lo sé. Pero lo que sí sé es que haré todo lo posible para demostrarle que Manu, el hombre que ha llegado a conocer, es alguien en quien puede confiar.



CAPÍTULO 24

La revelación



MARILUZ

La biblioteca está más bonita que nunca. Las mesas de siempre han sido apartadas para dejar espacio a las sillas perfectamente alineadas frente a un pequeño escenario improvisado. Sobre la tarima, una mesa en cuya esquina luce una pila de ejemplares de *Al caer la noche*… Mi libro.

Todavía no puedo creerlo.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo. El aire está impregnado del olor a papel y madera, tan familiar, tan mío. Pero hoy, ese aroma tiene un significado diferente. Es mi gran día, y aunque estoy emocionada, los nervios están empezando a hacer de las suyas.

—¿Estás bien? —pregunta Marta, que además de compañera, se ha convertido también en una especie de guardiana desde que llegué esta mañana.

—Sí… —respondo, aunque mi voz suena débil incluso para mí.

Ella me dedica una sonrisa tranquilizadora antes de volver a ajustar las flores que adornan la mesa. Todo está perfecto, me digo a mí misma. No hay razón para estar tan nerviosa.

Empiezan a llegar los primeros asistentes. Mis padres entran cogidos del brazo, con el orgullo dibujado en sus caras. Me acerco a ellos enseguida. Mi madre me abraza fuerte, mientras mi padre me mira con los ojos ligeramente brillantes. Es la primera vez que veo tanta emoción en él, y eso solo añade más peso al día.

Después vienen mis amigas —Joe, Carmen y Mara—, con sus sonrisas amplias y palabras de ánimo. Joe, como siempre, parece impecable con su estilo elegante y práctico. Mara ha pedido a su jefe poder salir una hora antes, y como lo más fuerte de la temporada parece haber pasado, ha conseguido escaparse a tiempo. Y Carmen dejó organizadas las tareas de sus alumnos hace días por si acaso. Es que no puedo querer más a este trío que tanto me aporta.

Los usuarios habituales de la biblioteca también empiezan a llenar las sillas. Algunas caras conocidas, otras no tanto. Todos sonríen al verme, y yo hago mi mayor esfuerzo por

devolverles la sonrisa, aunque siento que mi cara está rígida.

De momento va bien la cosa…

Pero de repente, todo se rompe.

La puerta se abre, y mi mirada se clava en la figura que aparece en el umbral. Un hombre alto, vestido con una chaqueta impecable, con el cabello ligeramente despeinado como si el viento hubiera jugado con él. Pero no es su aspecto lo que hace que mi corazón dé un vuelco.

Es su cara.

Es él.

Gael.

Por un instante, el mundo deja de girar. Mi respiración se queda atrapada en mis pulmones mientras nuestros ojos se cruzan. Él no se mueve, y yo tampoco. Su mirada es intensa, llena de algo que no sé descifrar.

¿Pero qué está haciendo aquí?, me pregunto.

Antes de que pueda reaccionar, lo veo inclinar la cabeza ligeramente en un gesto de asentimiento. Luego, como si tuviera todo el derecho del mundo, camina hacia el pequeño escenario. Lleva a varios periodistas detrás de él, y de repente, me doy cuenta de que el murmullo de los asistentes ha subido de tono.

Me muevo de manera instintiva, dispuesta a detenerlo. Esto no puede estar pasando. ¡No voy a permitir que arruine mi día!

¿Qué pretende? ¿Cómo se ha enterado de mi presentación si yo rompí todo contacto cuando me marché a la sierra?

Muy a mi pesar, antes de que pueda interceptarlo, él llega al micrófono y lo agarra con firmeza.

Me echo a temblar de solo imaginar lo que pueda decir.

¿Acaso tiene previsto alardear de que esa novela que luce sobre la mesa es *suya* y que yo soy una impostora? Dios, esto está pasando de ser un sueño a convertirse en una pesadilla.

Y, ¿dónde está Manu? Quizás él me podría ayudar, pero aún no ha llegado.

Gael golpea suavemente el aparato para asegurarse de que está encendido y, con una voz clara, dice:

—Por favor, tomen asiento. Vamos a comenzar.

El público, obediente, empieza a ocupar las sillas. Yo me detengo en seco, atrapada entre el impulso de ir hacia él y el pánico que me paraliza. Lo observo, todavía incapaz de entender qué está pasando.

Entonces, él sonríe. Una sonrisa cálida, genuina que me desarma. Dios, odio que todavía tenga ese efecto sobre mí.

—Señoras, señores, buenas tardes. Ante todo, quiero dar las gracias por vuestra asistencia a esta presentación. Mi nombre es Manuel Moreno y soy el editor de esta maravillosa autora que hoy nos reúne aquí: Mariluz Romero.

El aire abandona mis pulmones de golpe.

¡¿Qué?!

Por un instante, la sala empieza a darme vueltas y tengo que sostenerme sobre la silla que tengo más cerca ante el temor de caer redonda allí mismo.

¿Manuel? ¿Qué broma es esta?

No puede ser…

Le miro fijamente mientras continúa hablando. Su tono es tranquilo, seguro, como si no acabara de lanzar una bomba sobre mi mundo.

—Hoy celebramos el nacimiento de una nueva escritora, una mujer que no solo tiene un talento extraordinario para contar historias, sino también una determinación y una pasión que me han inspirado desde el primer instante en que nos conocimos.

El público lo escucha con atención, y yo me quedo clavada en el suelo. Mi mente trabaja a toda velocidad, intentando procesar lo que acaba de decir. ¿Manuel? ¿Gael? ¿Son la misma persona?

—Mariluz es una soñadora —continúa—, pero también es una luchadora. Y esa combinación es lo que la hace especial, tanto como persona como escritora. Es un honor para mí haber sido parte de este proceso y estar aquí hoy para presentarla a todos ustedes, aunque me consta que ya muchos de los presentes la conocen como la adorable bibliotecaria del centro donde nos encontramos.

El público rompe en aplausos, y yo siento que la tarima bajo mis pies se tambalea. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Con ustedes, Mariluz Romero.

Las palabras de Manu, o de Gael, o quien sea, quedan suspendidas en el aire mientras los asistentes me dedican una ovación que debería llenarme de orgullo. Pero todo lo que siento es confusión, rabia, incredulidad.

A pesar de todo, avanzo hacia el escenario con una sonrisa forzada. No puedo montar un espectáculo delante de esta gente. No hoy.

Cuando llego al micrófono, él me mira. Hay algo en sus ojos, algo que casi parece… ¿pena? ¿Arrepentimiento?

Lo ignoro. O lo intento.

La presentación transcurre como si estuviera inmersa en una alucinación. Manuel —porque ahora no sé cómo llamarlo— comienza a hacerme preguntas sobre el libro, sobre mi proceso creativo, sobre mis sueños como autora. Al principio, mis respuestas son tensas, pero poco a poco, su voz y su manera de conducirme me ayudan a relajarme. Incluso consigo reírme un par de veces, y para el final del evento, casi me siento como si todo estuviera bien.

Casi.

Cuando los aplausos llenan la sala al final de la charla, Manu se aparta con discreción mientras yo tomo asiento detrás de la mesa para firmar ejemplares. En cuestión de minutos, los asistentes forman una larga cola en busca de su libro.

Mis amigas son de las primeras en acercarse. Joe me abraza, Mara me da un codazo juguetón, y Carmen sonríe con esa serenidad suya que nunca la abandona.

—Lo hiciste genial —dice Joe—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Sí, aunque no me imaginaba que tu editor fuera tan guapo —añade Carmen,

guiñándome un ojo—. El tío está cañón.

Mi sonrisa desaparece, y mis tres amigas me miran con curiosidad.

—Ni me lo mientes… —Y mi respuesta es tensa. Más que tensa, diría yo.

—¿Por qué? ¿Ha habido algún problema con él? Creía que habías dicho que era un encanto y que todo había ido como la seda.

—Eso creía yo. Hasta que lo he visto aparecer por la puerta. —Mis amigas me miran sin comprender—. ¡Es Gael!

El impacto de mis palabras se refleja en sus caras. Joe es la primera en hablar.

—¿Qué?

—Es él —repito, bajando la voz—. Manuel Moreno es Gael Fuentes.

—Pero… ¿cómo es posible? —pregunta Mara, claramente perpleja.

—¡Y yo qué sé! —respondo, y la rabia empieza a bullir en mis venas—. No entiendo nada. No os imagináis lo que me ha entrado por el cuerpo cuando lo he visto aparecer.

Joe me pone una mano en el hombro.

—Cálmate, Mariluz. Piensa dónde estás. Piensa en todo lo que has logrado. Si es el cabrón del que nos hablaste, ¿qué sentido tiene que te haya ayudado tanto?

—No lo sé.

—Pues averígualo —interviene Carmen con su habitual calma—. No encaja con lo que nos has contado. Dale la oportunidad de explicarse.

No contesto, pero sé que tiene razón.

—Venga, chicas —comenta Joe que mira hacia atrás y se da cuenta de que los componentes de la fila esperan impacientes—. Mariluz tiene que seguir firmando sus libros. De todas maneras, nosotras nos quedaremos por aquí cerca hasta que termines. Si él intenta hacer algo que te incomode, no dudes de que tu caballería estará dispuesta a protegerte.

Les sonrío, porque me consta que, de ser necesario, así será.

—Gracias, chicas.

—Ahora, disfruta de tu momento —me dice Carmen, antes de echarse a un lado para que avance la siguiente persona.

Me paso una hora y media firmando como una loca. Recibo tantas palabras de ánimo que no puedo evitar sentirme reconfortada por tanto cariño. Hasta el punto de casi hacerme olvidar lo que me espera al terminar. Pero, al igual que antes, solo se queda en eso: en un casi.

Cuando el último de los asistentes se ha ido, lo veo acercarse. Su expresión es seria, pero sus ojos tienen ese brillo que tanto me desconcierta.

—¿Podemos hablar? —pregunta en voz baja.

Lo miro durante unos segundos que parecen eternos.

Luego miro a mis amigas que siguen apartadas de la mesa de firmas, pero que están atentas a cada uno de mis movimientos.

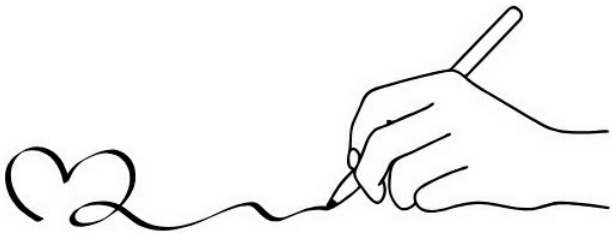
Carmen asiente con la cabeza, como invitándome a que coja el toro por los cuernos y afronte la situación de una vez por todas.

Le devuelvo el gesto y miró a Gael.
—Está bien.



CAPÍTULO 25

Explicaciones



MARILUZ

Estamos solos en la sala.

El eco de los aplausos, las risas y el murmullo de los asistentes todavía resuena en el aire, como una melodía que no termina de apagarse. La presentación ha sido un éxito, y no por mí, sino por ella. Mariluz Romero. Luz. Mi Luz, aunque ya no tengo derecho a llamarla así.

Se me llena el pecho de orgullo al verla brillar como lo ha hecho hoy. Mi amigo Enrique me ha asegurado que publicará una mención sobre la presentación en la sección cultural del periódico donde trabaja y que se encargará de hablar de la novela en el suplemento del fin de semana, una vez que haya leído el libro. Y los medios locales también parecen haber quedado satisfechos con el evento, y van a poner de su parte para ayudar a una paisana a hacerse un hueco en el mundo editorial.

Recuerdo su cara de miedo cuando me vio aparecer en la biblioteca. También su enfado. Y su dolor. No me hace falta ser muy inteligente para imaginar lo que debe haber pasado por su cabeza en ese instante. Teniendo en cuenta cómo nos despedimos, tiene derecho a pensar lo peor de mí. Por eso me apresuré a tomar el micro antes de que ella pudiera detenerme.

Y ahora que nos hemos quedado a solas, es mi oportunidad de tratar de arreglarlo.

Me sudan las manos por los nervios y me las guardo un momento en el bolsillo para secarlas.

—¿Nos sentamos? —le señalo los asientos que un rato antes hemos ocupado los dos.

—Claro.

Ahora que la vuelvo a tener cerca, puedo apreciar su gesto firme y la mirada decidida. Esos ojos grandes y oscuros que siempre me han atrapado. Finalmente, asiente. Supongo que el evento de hoy le habrá dado un chute de confianza para afrontar este momento. La misma que a mí me empieza a faltar.

Luz cruza los brazos sobre el pecho y me observa, expectante.

—Estoy muy confundida —empieza, antes de que yo pueda decir nada—. No entiendo lo que ha pasado hoy. ¿Te das cuenta de que ni siquiera sé quién eres? ¿Manuel Moreno? ¿Gael Fuentes? ¿Acaso esta es otra de tus *bromas*?

Sus palabras son un golpe, aunque las esperaba. Respiro hondo, reuniendo el valor necesario para empezar.

—Tienes toda la razón —digo, mirándola directamente a los ojos—. Sé que esto no tiene sentido para ti, y lo único que te pido es que me dejes explicártelo todo.

Luz no dice nada, pero tomo su silencio como un permiso, así que continúo.

—Mi nombre real es Manuel Moreno. Manu para mi familia, amigos, o en general, para aquellos que me conocen de toda la vida. "Gael Fuentes" no es más que un seudónimo, un invento de mi antigua editorial. Cuando empecé, me dijeron que mi nombre no era lo bastante comercial, que con él no iba a vender ni en el quiosco de la esquina de mi casa. Y como yo no sabía nada del mundillo en el que me metía, me dejé guiar por los profesionales que se iban a encargar de llevar mi carrera. Así que acepté el cambio sin rechistar. Al principio me parecía emocionante, incluso sofisticado. Pero con el tiempo… —chasqueo la lengua— me di cuenta de que Gael no era yo. O al menos no la persona que me hubiera gustado ser.

Hago una pausa, esperando ver alguna reacción en su rostro, pero sigue callada, observándome con atención.

—Tuve un inicio prometedor —sigo perdiéndome en mis recuerdos—. Mis primeras novelas funcionaron bien. Más que bien, para ser sincero. Incluso yo mismo me sorprendí con la buena acogida que tuvieron. Empecé a hacerme famoso y mi ego crecía con la misma rapidez que mi cuenta bancaria. Pero con cada nuevo libro, las expectativas sobre mi trabajo fueron en aumento para que se aprovechara el tirón de ventas que Gael Fuentes producía. La editorial empezó a presionarme más y más, ya que me convertí en el autor más rentable de su catálogo. Querían resultados inmediatos, grandes números. Y yo, que después de los primeros éxitos estaba demasiado crecido… me fui dando cuenta de que no estaba preparado para manejar esa presión. Sin embargo, intenté seguir el ritmo. Tenía la obligación de sacar entre tres y cinco libros al año para rentabilizar el dinero que la empresa estaba invirtiendo en mí. Tú eres escritora. Sabes que no siempre se tiene la claridad de ideas suficiente para sacar buenas obras. Pero cuando te exigen que la nueva sea siempre mejor que la anterior, y además estás sometido a la presión de plazos de entrega, la situación se vuelve insostenible. Seguí trabajando y escribiendo como un loco, pero era cuestión de tiempo que la calidad de los manuscritos decayera. Y a consecuencia de eso, también los ingresos empezaron a decrecer.

Mi voz tiembla ligeramente, pero no me detengo.

—La inspiración desapareció, Luz. No sé cuándo exactamente, pero un día me di cuenta de que no sabía cómo escribir algo que me llenara. Todo era mecánico, forzado. Me convertí en alguien que simplemente cumplía con las exigencias de mi contrato, pero a costa de mi ilusión. Ya no disfrutaba de lo que hacía. Y encima tenía a Hugo, mi editor, llamándome día sí y día también exigiéndome nuevos trabajos que yo era incapaz de entregar. Eso conllevó a que la calidad de mis libros disminuyera. A medida que iba sacando novelas, los ingresos eran cada vez menores. Dejé de ser importante en ferias de libros, y dejaron de organizarme eventos y presentaciones para que no fuera tan evidente mi fracaso.

Vuelvo a mirarla, buscando algún indicio de comprensión.

—Sé que esto no justifica nada —admito—, pero necesito que entiendas cómo llegué a este punto. Cuando vine a impartir el taller, lo hice con una espada de Damocles sobre mí cabeza: debía entregar un borrador de calidad en cuestión de pocas semanas. Y yo no tenía nada. De pronto me encuentro contigo e identifico en ti tantas cosas del Manu de antaño, que hasta me asusté. No hacía falta más que ver los trabajos que entregabas en clase para apreciar tu potencial. Y cuando leí tu manuscrito por primera vez, sentí algo que no había sentido en años. Era fresco, auténtico… lleno de vida. Y tú… tú eras igual.

El recuerdo de esos días me golpea con fuerza.

—Y te aprovechaste de mí. Me utilizaste jugando todas las cartas que había en la baraja para ganarte mi confianza.

—Estaba desesperado, Luz. No es una excusa, lo sé. Pero la presión era tan fuerte, el miedo a perderlo todo… Pensé que, si me inspiraba en tu novela, podría salvarme. Pero…

—Pero ¿qué? —interrumpe ella con tono cortante—. ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

—Seguramente no me creas, y lo entiendo. No estoy seguro de que realmente hubiera podido hacerlo —respondo con sinceridad—. Me refiero a entregar tu obra a mi editor con el nombre cambiado. No después de conocerte de verdad. Al principio, sí, admito que la tentación fue más poderosa que mis principios. Pero conforme pasaba tiempo contigo, algo cambió.

Me detengo un momento para tomar aire.

—Me enamoré de ti, Luz. No lo planeé, pero sucedió. Y fue entonces cuando entendí que no podía hacerte esto. No solo porque hubiera sido un error, sino porque no habría podido vivir conmigo mismo después de traicionarte de esa manera.

La miro fijamente, esperando alguna reacción, pero su expresión sigue siendo indescifrable.

—Sé que no puedo cambiar el pasado —digo en voz baja—. Ojalá pudiera. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no haber llegado a ese punto. Pero no es posible. Lo único que podía hacer era tratar de reparar el daño.

Luz parpadea, y por un momento, creo ver un destello de emoción en sus ojos.

—Me di cuenta de que debía volver a ser yo mismo. Quizás Gael me haya dado muchas cosas, buenas al principio, no lo negaré. Pero me convirtió en un hombre que no quiero ser y del que no estoy orgulloso. Por eso llamé a Hugo y le dije que no podía más. Le propuse rescindir mi contrato con la editorial —sigo explicándole— y aunque en un primer momento no me lo puso fácil, al final aceptó. Por supuesto, una de las contrapartidas que debo pagar por desligarme de ellos es dejar de publicar bajo mi seudónimo para que no pueda aprovecharme de su éxito de antaño. Así que Gael Fuentes nunca más volverá. Y no me pesa. Necesitaba empezar de nuevo, pero como Manuel. Como yo mismo. Una vez hecho esto, consciente de que no querías hablar conmigo... y con razón, busqué la manera de encontrarte. No para justificarme, sino para darte el lugar que te mereces y que a punto estuve de robarte. Mereces brillar por ti misma, y me gustaría ayudarte, dentro de mis posibilidades, habida cuenta de que hoy por hoy, solo soy Manu Moreno, un don nadie.

Ella sigue callada, pero su mirada parece menos fría ahora.

—Como te he comentado alguna vez por teléfono, estoy terminando una nueva novela —añado, mi voz llena de algo parecido a la esperanza—. Una historia que sale de mis entrañas, que siento de verdad. Y esta vez se publicará bajo mi propio nombre, con la pequeña editorial que he creado. Espero que esa editorial también pueda seguir publicando tus novelas en el futuro, pero eso depende de ti.

Luz cierra los ojos un momento, como si estuviera procesando todo lo que he dicho. Cuando los abre, hay algo nuevo en ellos. Algo vulnerable.

—Dime una cosa —dice, su voz apenas un susurro—. ¿Te acercaste a mí solo para conseguir mi manuscrito?

Su pregunta me duele más de lo que esperaba, pero entiendo por qué la hace.

—No —respondo con firmeza—. Jamás. Todo lo que te dije sobre tu manera de escribir era cierto. Y cuando leí tu obra, me quedé enganchado a ella como no lo había hecho ningún libro en años.

Ella aparta la mirada, y el silencio que sigue es casi insoportable. Necesito que me diga que opina, que piensa.

—Dime algo, Luz. Por Dios. Llevo días sin dormir pensando en este momento. En este instante en el que te tengo frente a frente para poder darte mis explicaciones. Que entiendo que no sean suficientes para ti, pero que necesitaba dártelas.

—No sé ni que decirte... Estoy muy confusa —admite finalmente—. Todo esto… todo lo que me has dicho… es demasiado. Me hiciste mucho daño.

Asiento despacio.

—Lo entiendo. Ha sido un día cargado de emociones.

La miro, deseando poder aliviar, aunque sea una parte, el peso que sé que lleva en el corazón.

—Solo te pido una cosa, Luz. Si no puedes perdonarme ahora, si no puedes confiar en mí como antes… te comprendo. Pero, por favor, déjame seguir siendo tu editor. Déjame ayudarte a convertirte en la escritora de éxito que sé que puedes ser.

Ella me mira fijamente, como si estuviera buscando algo en mi rostro. Finalmente, suspira.

—Lo pensaré. La confianza que tenía en ti está muy dañada, Manu. Pero no puedo ignorar tu esfuerzo por redimirte. Necesito tiempo.

Sus palabras me dan un rayo de esperanza, aunque sé que el camino por recorrer será largo.

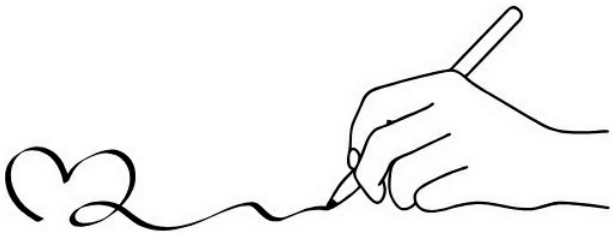
—Gracias —digo con sinceridad—. Tómate el tiempo que necesites.

Ella asiente, y aunque su expresión sigue siendo seria, hay algo en su mirada que me hace pensar que no todo está perdido.



CAPÍTULO 26

Una ventana al alma



MARILUZ

Han pasado dos semanas desde la presentación de mi novela, y aunque debería estar viviendo en una nube, mi cabeza es un torbellino de pensamientos. Cada vez que intento concentrarme en las buenas noticias que me llegan sobre el libro, vuelvo inevitablemente a las palabras de Manu, a su confesión, y a la mirada cargada de emociones que compartimos aquella noche.

He hablado con mis amigas, tratando de encontrar la claridad que a mí me falta. Como siempre, tienen opiniones distintas, aunque todas me apoyan a su manera. Carmen, con su voz calmada pero firme, dice que cree en las segundas oportunidades:

—Todo el mundo comete errores, Mariluz. Lo importante es que él parece sincero en su arrepentimiento. Si fuera yo, creo que al menos lo escucharía con el corazón abierto.

Mara, por otro lado, no lo tiene tan claro:

—Está claro que como editor ha hecho bien su trabajo, pero eso no borra lo que hizo como persona. El tipo te traicionó, Mariluz. No me parece bien confiar de nuevo en alguien que ya te rompió el corazón. No quiero verte sufrir otra vez.

Joe, quizás la más pragmática de las tres, se limita a decir:

—Cielo, no podemos decidir esto por ti. Solo tú sabes lo que sientes. Y no se trata de lo que opinen los demás, porque a la vista está que es difícil que todas estemos de acuerdo. Lo único que te puedo aconsejar es que escuches tanto a tu corazón como a tu cabeza, pero recuerda que cualquiera que sea tu decisión, siempre estaremos contigo.

Sus palabras me reconfortan, pero no alivian el desasosiego con el que vivo últimamente. Porque, aunque sé que tienen razón, el dilema sigue siendo mío. La sola idea de plantearme darle una oportunidad a Manu ya me parece una debilidad, y no dejo de preguntarme si confiar de nuevo en él no será abrirme a un nuevo dolor.

El sonido del timbre de mi casa me saca de mi aturdimiento. No espero a nadie, así que

me acerco a la puerta sin saber quién es.

Al otro lado hay un repartidor de una empresa de mensajería con un paquete para mí. ¡Qué raro! Yo no he pedido nada. No obstante, y tras asegurarme de que viene a mi nombre, firmo el albarán de entrega y me dirijo al salón para ver de qué se trata.

Busco en la pegatina el remitente del envío: Manuel Moreno.

Manu.

Desde la presentación, no hemos vuelto a hablar salvo a través de correos electrónicos y siempre de cuestiones profesionales. En cuanto a otros temas… bueno, yo le pedí tiempo y él no me ha vuelto a presionar en ningún sentido.

Al abrir la caja, veo un manuscrito encuadernado con una nota pegada encima que pone *Ábrelo*. Reconozco su letra, redonda y ligeramente inclinada, y no puedo evitar que mis dedos tiemblan mientras desdoblo el papel.

> *«Luz,*
> *Te envío algo muy especial para mí: mi nueva novela. La acabo de terminar y me encantaría saber qué piensas de ella. No tengo editor ni agente en este momento, y no confío en nadie más que en ti para darme una opinión sincera. Si decides leerla, te estaré eternamente agradecido.*
>
> *Con cariño,*
>
> *Manu.»*

Sus palabras son simples, sin adornos, pero hay algo en ellas que me conmueve. Paso los dedos por la nota antes de dejarla a un lado y tomar el manuscrito. Desde que nos vimos en la presentación, él ha vuelto a dirigirse a mí por mi nombre corto, a pesar de que yo le pedí meses atrás que no lo hiciera.

Pero sabiendo quien es Manu en realidad, que solo me llame *Luz* lo veo natural.

Volviendo al manuscrito, lo primero que me llama la atención es el título.

“Cómo ser un imbécil y perder al amor de tu vida.”

La frase me golpea como una bofetada suave pero certera. No sé bien qué debería hacer: si soltar una risa sarcástica o sentirme indignada, pero lo único que siento es curiosidad. Es como si esas palabras fueran una confesión en sí mismas, un intento de desnudar su alma ante mí.

Dejo todo lo demás y me acomodo en el sofá con el documento en las manos. Es un gesto casi automático, como si mi cuerpo supiera que esta lectura no puede esperar. La luz cálida de la lámpara ilumina las páginas mientras comienzo a leer.

Desde las primeras líneas, me engancha.

Las palabras fluyen con una sinceridad desgarradora, como si cada una hubiera sido extraída directamente de su corazón. Es crudo, intenso, lleno de emoción. Reconozco en el protagonista pedazos de Manu: su arrogancia inicial, su incapacidad para lidiar con sus miedos, la manera en que sabotea aquello que más valora. Pero también veo algo más. Veo arrepentimiento. Veo redención.

La historia se siente demasiado personal para ser completamente ficticia. Es como si hubiera decidido plasmar en estas páginas todo lo que no se atrevió a decirme. Hay escenas que me son dolorosamente familiares: los momentos de confianza traicionada, las dudas, las heridas

abiertas. Pero también hay esperanza.

No puedo dejar de leer.

Con cada capítulo, siento que estoy mirando por una ventana directamente a su alma. Es un Manu que no había conocido antes, uno que se enfrenta a sus propios demonios con valentía, que se desnuda emocionalmente y admite sus errores sin excusas.

A medida que paso las hojas, la noche avanza y las horas van cayendo una tras otra. Ni siquiera me doy cuenta de que el reloj marca las tres de la madrugada hasta que paro para tomar un sorbo de agua. Y, aun así, no puedo detenerme. No hasta que llego a la última palabra, al último punto.

Cierro el manuscrito exhausta, pero llena de emociones. Me quedo sentada en el sofá, con el documento en mi regazo y la mente dando vueltas. Hay tantas cosas que quiero decirle, pero no estoy segura de por dónde empezar. O si debo hacerlo…

Dejo la novela sobre la mesa, pero no puedo irme a la cama. En lugar de eso, me quedo mirando por la ventana, perdida en mis pensamientos. Este libro… este libro es él. Es la prueba de que Manu no es el mismo hombre que conocí al principio. Ha cambiado. Y lo que es más importante, ha encontrado de nuevo su chispa como escritor.

El amanecer empieza a teñir el cielo cuando tomo una decisión. Busco mi móvil y marco su número antes de que pueda pensarlo demasiado.

Él responde al tercer tono.

—¿Luz?

Su voz suena sorprendida, y algo ronca, como si lo hubiera despertado. No me sorprende. No sé qué hora es, pero probablemente sea demasiado temprano para estar llamando a nadie.

—Perdona por la hora —digo, sintiéndome un poco culpable.

—No pasa nada —responde rápidamente—. ¿Estás bien?

—Sí. Bueno… quería hablar contigo sobre tu manuscrito. —Hay un silencio breve al otro lado de la línea, pero puedo sentir la tensión en su respiración—. Lo leí anoche. En realidad, toda la noche. No pude parar.

—¿Y…? —Su voz es cautelosa, como si estuviera conteniendo el aliento.

Es la sinceridad más pura la que toma las riendas de lo que voy a decir.

—Es maravilloso, Manu —digo, dejando que la verdad se cuele en mi voz—. Es… increíblemente hermoso. Crudo, honesto, lleno de vida. Es el mejor libro que has escrito.

Suspiro, y mis palabras fluyen solas.

—Ahora entiendo lo que me dijiste sobre tus últimos libros, aquello de que no tenían ni chispa ni alma. En cambio, este… este no tiene nada que ver con los anteriores. Este eres tú, el Manu que siempre he admirado como escritor. El que me enamoró con sus primeras historias.

Él no dice nada al principio, pero puedo escuchar cómo exhala, como si hubiera estado conteniendo el aire durante todo este tiempo.

—No sabes cuánto significa para mí que digas eso, Luz —dice al cabo de un instante, su voz quebrándose ligeramente—. He puesto todo lo que soy en ese libro. Todo.

—Y se nota —respondo, sintiendo que mis ojos se llenan de lágrimas—. Tienes que

publicarlo.

Hay otro silencio, pero esta vez no es incómodo. Es un momento de conexión, de entendimiento.

—Si tú crees en este libro, entonces no tengo dudas de que debo hacerlo —dice, y su voz está cargada de pasión.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras me envuelvan.

—¿Lo harás bajo tu nombre, tal y como dijiste? —le pregunto.

—Sí. Gael Fuentes ya no existe. Este libro es de Manu Moreno, y siempre será así. Aunque no sea comercial y no se venda ni un ejemplar —termina impregnando un atisbo de humor a su afirmación.

Sus palabras me llenan de un extraño orgullo, como si de alguna manera hubiera formado parte de su viaje.

—Si se está vendiendo el mío, que no me conoce ni el Tato, el tuyo lo tiene que hacer por fuerza. Es demasiado bueno para pasar desapercibido. Y está claro que, como editor, te estás sabiendo manejar muy bien, aunque sea la primera vez que actúas como tal.

—Luz… —Su voz suena dudosa ahora, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Si no es demasiado pedir… ¿estarías dispuesta a acompañarme en esta aventura editorial?

Su pregunta me toma por sorpresa, pero no puedo evitar sentir una calidez en mi pecho.

Me doy cuenta de que el proyecto me emociona, porque de alguna manera, me veo trabajando con él. Y solo de pensarlo, me doy cuenta de que no siento miedo.

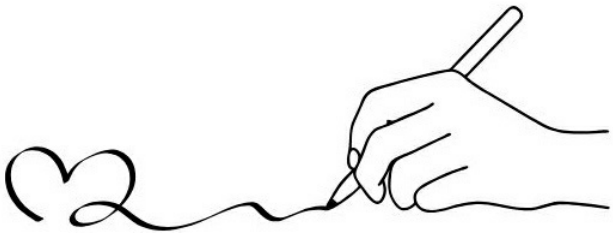
—Es posible —respondo con sinceridad.

El alivio en su risa suave me hace sonreír, y por primera vez en mucho tiempo, siento que las cosas podrían estar empezando a encajar. Si no desde el punto de vista personal, al menos quizás sí desde el profesional.



CAPÍTULO 27

Dudas



MARILUZ

El café humea frente a mí, mientras el murmullo del bar se convierte en un telón de fondo constante y familiar. Estamos las cuatro en nuestra mesa habitual de la terraza del Hotel Las Cortes. Ese hotel que tan buenos —y también malos— recuerdos me trae por tantos y tantos motivos. A pesar de que el invierno ha empezado hace poco, hoy hace una tarde preciosa. Aún no ha caído el sol y el astro rey nos regala su calor como si estuviéramos en una estación diferente.

Carmen habla animadamente de una discusión reciente con uno de sus alumnos, y Mara lanza comentarios sarcásticos que nos arrancan carcajadas, pero yo no puedo concentrarme. Mi mente sigue atrapada en un bucle infinito, como un disco rayado que repite la misma melodía una y otra vez.

Joe, siempre perceptiva, me lanza una mirada inquisitiva desde su lugar frente a mí.

—¿Todo bien, Mariluz? Estás muy callada hoy.

Su pregunta hace que todas las miradas se dirijan hacia mí. De repente, me siento como un insecto bajo la lupa.

—Estoy bien —miento, removiendo mi café con la cucharilla, aun sabiendo que no me creen.

—Claro que no estás bien —dice Mara, cruzándose de brazos—. Tienes cara de llevar días dándole vueltas a algo. ¿Es por Manu?

El nombre cae sobre la mesa como una bomba, y no puedo evitar suspirar.

¡Pero qué bien me conocen estas chicas!

—Un poco —admito al fin, apoyando los codos sobre la mesa y enterrando el rostro entre las manos—. Es que... no sé qué hacer.

Carmen deja su taza de té sobre el plato con un ligero tintineo.

—¿Qué ha pasado? ¿Acaso ha vuelto a descarriarse?

—No, y eso es lo que me tiene con la cabeza medio tonta —respondo, dejando escapar una risa nerviosa—. Es que... Todo va bien, demasiado bien. Él no ha hecho nada más que respetar mi espacio y centrarse en el trabajo, pero...

—¿Pero? ¿Acaso no era eso lo que le pediste? ¿No es eso lo que tú querías? —completa Joe con su voz serena, siempre tan certera que me hace sentir desnuda ante ella.

Asiento lentamente.

—Sí... —Lo sé. No sueno nada convincente y mis amigas lo saben.

—Sigues pensando en él —Mara termina de pronunciar la sentencia que yo no me atrevo a decir.

—Es que no puedo evitarlo —reconozco—. Y cuando hablamos… no sé, pero tengo la sensación de cada vez es más difícil ignorar lo que siento.

—¿Y qué sientes? —pregunta Joe, con una ceja arqueada.

—No estoy segura —respondo con un susurro. Luego levanto la vista hacia ellas y añado —: Pero creo que quiero perdonarlo.

Un silencio cargado se instala en la mesa. Mara es la primera en romperlo.

—¿Perdonarlo? —repite, como si la palabra tuviera un sabor amargo—. Mariluz, no quiero ser la aguafiestas del grupo, pero ¿te acuerdas de lo que te hizo? Te traicionó. Jugó con tus ideas, con tu confianza. ¿Cómo puedes siquiera plantearte darle otra oportunidad?

Su tono es firme, casi duro, pero no me sorprende. Mara siempre ha sido la más desconfiada del grupo, y con razón. Después de lo que pasó con su exmarido, es lógico que tenga sus reservas.

—No es tan simple —intento explicar, aunque sé que mis palabras suenan débiles incluso para mí—. Desde entonces, ha hecho todo lo posible por demostrarme que está arrepentido. Ha cambiado, o al menos eso parece. Y no sé si quiero seguir castigándolo por algo que ya está en el pasado.

—¿Y cómo sabes que ha cambiado de verdad? —insiste Mara, entrelazando los dedos sobre la mesa—. A veces la gente finge para obtener lo que quiere.

—No creo que esté fingiendo —respondo, casi sin pensarlo—. No sé cómo explicarlo, pero lo siento. Hay algo en él... algo diferente.

—Mara, no seas tan dura —interviene Carmen, con su tono conciliador de siempre—. A veces la gente sí cambia, y más cuando se dan cuenta de que han cometido un error.

Mara bufa, pero no responde. Carmen me mira con una sonrisa suave.

—Si tú sientes que vale la pena intentarlo, Mariluz, entonces hazlo. No creo que debamos vivir con miedo a que nos vuelvan a hacer daño. A veces hay que arriesgarse, aunque asuste.

—Pero si la vuelve a traicionar, el dolor será peor —contraataca Mara, mirando a Carmen con el ceño fruncido.

—Eso es cierto, pero también es cierto que ella no puede vivir eternamente preguntándose “*¿y si*?”

Joe, que hasta ahora había estado en silencio, se inclina hacia delante y apoya las manos sobre la mesa.

—Yo creo que lo que importa aquí no es lo que nosotras opinemos, sino lo que tú sientas, cariño —me dice, con comprensión.

Me vuelvo hacia ella, agradeciendo en silencio su sensatez. Joe siempre sabe cómo poner las cosas en perspectiva.

—Lo que quiero decir —continúa— es que ninguna de nosotras puede decirte qué hacer. Puedes escuchar nuestras opiniones, claro, pero al final del día, la única que sabe lo que realmente siente eres tú. Y solo tú puedes decidir si estás dispuesta a arriesgarte o no.

—Eso no me ayuda mucho —bromeo, aunque sé que tiene razón.

Joe sonríe, y por un momento, me siento un poco menos perdida.

—No tiene por qué ser una decisión inmediata —añade—. Tómate tu tiempo. Ya te lo dije hace días: escucha a tu corazón, pero también a tu cabeza. Y hagas lo que hagas, nosotras vamos a seguir estando aquí siempre. ¿Verdad, chicas?

—Por supuesto —afirma Carmen, con convicción.

Las tres miramos a Mara que arquea la ceja, pero termina por sonreír.

—Sí, claro que sí —reconoce al fin.

Sé que quiere hacerse la dura, pero ha llegado de su viaje cambiada, y todas sospechamos a qué —o mejor dicho a quién— se debe.

—En definitiva, debo ser yo quien decida, ¿no? —pregunto, aunque es evidente la respuesta.

—No te queda otra, amiga —apunta Joe, alzando su taza de café como si fuera una copa de champán.

Todas imitamos el gesto y chocamos nuestras bebidas como si de verdad estuviéramos celebrando algo.

El resto de la tarde transcurre entre bromas y charlas ligeras, pero las palabras de mis niñas siguen resonando en mi mente de camino a casa.

Mara envuelta en su escepticismo.

Carmen siempre con su optimismo a flor de piel.

Joe bendecida por un aura de pragmatismo.

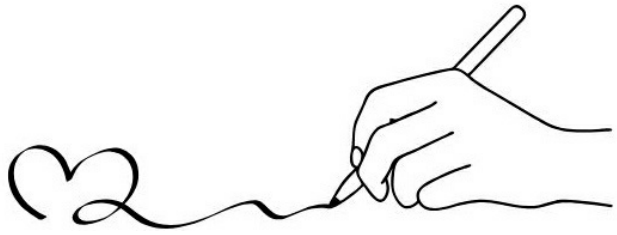
Todas tienen un punto, y todas tienen razón en cierta medida.

Siento una mezcla de esperanza y temor, como si estuviera al borde de un precipicio, sin saber si debo saltar o retroceder.

Quizá Joe tenga razón. Quizá lo único que necesito es tiempo.



EPÍLOGO



MARILUZ

Han pasado seis meses desde que mi primera novela salió al mundo y cambió por completo el rumbo de mi vida. Aunque sigo siendo yo, la misma Mariluz que trabaja en la Biblioteca Provincial de Cádiz, ahora soy también autora publicada y, por si fuera poco, socia de una pequeña editorial independiente.

Épsilon no solo se convirtió en el hogar de mi obra, sino también en una segunda oportunidad para Manu y para mí, aunque sea en un plano meramente profesional.

Tal y como aventuré, *Cómo ser un imbécil y perder al amor de tu vida* fue un éxito rotundo. Los tres primeros meses tras su lanzamiento fueron una locura: entrevistas, firmas, eventos literarios a los que se nos invitaba —a los dos, que todo hay que decirlo—, críticas de blogueros que hablaban del nacimiento de un nuevo autor a quien debía seguirse de cerca, etc. Y no puedo negar que me emocioné mucho cuando vi que Manu, por primera vez en su vida, había decidido publicar bajo su verdadero nombre.

La historia era poderosa, auténtica y cargada de verdad, algo que los lectores supieron reconocer y valorar. No sé si él lo sabe, pero siento que ese libro fue también su forma de pedirme perdón.

Mi propio camino también sigue floreciendo. Hace apenas un par de semanas lancé mi segunda novela, y aunque aún es pronto para medir su impacto, las primeras reseñas han sido muy positivas. Parece que voy en la dirección correcta, pero siempre tengo los pies en la tierra. Manu me recuerda a diario que estoy construyendo algo que pocos logran, pero yo no dejo de pensar en cuánto le debo a la confianza que él depositó en mí, incluso cuando a mí misma me faltaba.

En cuanto a la relación entre Manu y yo, se podría decir que ha evolucionado de una manera que todavía no sé cómo definir.

Poco después de que Épsilon empezara a despegar, y tras aceptar ser su socia en el proyecto, Manu se mudó definitivamente a Cádiz. Según él, trabajar en la misma ciudad facilitaría mucho la dinámica de la editorial. Según mis amigas, esa decisión tenía poco que ver

con el trabajo y todo que ver conmigo.

—Es obvio que quiere estar cerca de ti—, asegura Carmen cada vez que lo mencionamos. Y aunque no lo admito en voz alta, mentiría si dijera que no me alegro también de que esté aquí. No sé si es porque me resulta cómodo o porque, en el fondo, me gusta verlo a diario.

Manu alquiló un pequeño piso en el centro, a un par de calles del Hotel Las Cortes, donde vivió durante aquellos meses del taller. Desde entonces, la rutina de compartir desayunos o meriendas se ha vuelto algo cotidiano para nosotros.

Él aparece en la biblioteca con alguna excusa —una consulta sobre un correo de un lector, una propuesta de marketing para alguna de nuestras novelas— y al final terminamos compartiendo café y tostadas en cualquier bar cercano.

Siempre me habla de manera profesional, manteniendo cierta distancia, pero hay algo en su forma de mirarme que me derrite. Mis amigas lo notan. Incluso Mara, que hace apenas unos meses quería arrancarle la cabeza, por no mencionar otra parte de su anatomía, dice que se le nota lo loquito que está por mí.

—Deberías dejar de hacerte la dura, Mariluz —me dice—. Si es que tú también lo miras como si quisieras comértelo a besos.

Y no voy a mentir: no es fácil mantener esa coraza de indiferencia. Sobre todo, porque yo sé que tienen razón. El roce hace el cariño, dicen, y en mi caso, parece estar haciéndome flaquear día a día.



Esta tarde estoy en el apartamento de Manu, sentada en su pequeño pero acogedor salón. La mesa auxiliar está cubierta de papeles. Estamos terminando de organizar las fechas para las próximas presentaciones en Barcelona, Madrid, Bilbao y Sevilla, y el entusiasmo de Manu es contagioso.

—¿Te das cuenta de que hasta hace menos de un año ni siquiera tenías una cuenta en redes sociales? —me dice con una sonrisa—. Y ahora, mírate… Tienes cerca de quince mil seguidores…

—Si que la tenía, aunque es cierto que estaba muerta. Ni siquiera sé por qué la creé en su día, aunque recuerda que te sirvió para identificarme cuando me viste por primera vez en la estación. Ya sabes que no me gusta mucho mostrarme y que prefiero mantenerme, como se suele decir, en un discreto segundo plano.

—Pues me temo que eso ya no es factible. Hay mucha gente que te admira, aunque quiero dejar claro que aquí tu fan número uno soy yo.

—Hombre, si no lo fueras tú, que eres mi editor…

—El término correcto es coeditor. Yo solo te di un empujoncito con la primera, aunque ahora que por fin nos llevamos medianamente bien, casi que prefiero no mencionar el pasado, sino más bien disfrutar del presente y, sobre todo, del futuro.

Sonrío al escucharlo. Me parece increíble que hayamos llegado a un punto de poder bromear sobre lo que sucedió sin sentir el rencor y el dolor de antaño.

—Pero al César lo que es del César. Ya sabes que la confianza en mí misma era nula…

—Y mírate ahora. Segunda novela publicada, entrevistas en revistas culturales, lectores pidiendo fotos contigo... Lo siguiente será que te pidan autógrafos en la calle.

—Venga ya, no exageres.

Manu ríe, pero sus ojos brillan con algo más profundo que la diversión. Esos momentos me remueve por dentro, porque sé que detrás de esa sonrisa hay una verdad que ninguno de los dos se atreve a nombrar.

De pronto, uno de los papeles llama mi atención: es un correo impreso de un escritor novel que pregunta si aceptamos manuscritos. Lo leo y se lo paso a Manu.

—Últimamente estamos recibiendo muchos de estos —comento.

Él asiente, apoyándose en el respaldo del sofá.

—Es normal. Después del éxito de nuestras novelas, la gente empieza a fijarse en Épsilon.

—¿Qué opinas? —le pregunto—. ¿Deberíamos plantearnos abrir la editorial a otros escritores?

Manu guarda silencio por un momento, reflexionando.

—No lo sé —dice finalmente—. Me gustaría hacerlo, pero aún no somos una empresa consolidada. Quiero que este proyecto sea sostenible, no solo para ti y para mí, sino también para cualquier autor que confíe en nosotros. No quiero prometer más de lo que podemos cumplir. Además, quiero que nuestra editorial sea justa con la gente que está empezando. Hay otras muchas que prometen cosas que después no cumplen y los sueños de muchos autores se escurren por el desagüe.

—Tú me diste una oportunidad cuando nadie más lo hizo —le recuerdo, con una sonrisa suave. —Cuando ni siquiera yo creía en mi trabajo.

—Tú eres especial, Luz. Como tú no hay nadie.

Sus palabras caen como un peso sobre mi pecho. No sé qué me pasa en ese momento, pero algo dentro de mí se rompe. Tal vez sea la acumulación de meses conteniendo mis sentimientos, o tal vez sea la forma en la que él me mira, como si yo fuera la única cosa importante en su universo. Sea lo que sea, me hace levantarme del sofá y acercarme a él.

Manu me mira con sorpresa, pero no se mueve.

—Luz... —susurra, pero no termino de escuchar lo que va a decir. No le doy tiempo.

Me alzo sobre la punta de mis pies, lo agarro de la camisa y lo beso. Es un beso suave, lleno de dudas y, al mismo tiempo, de todo lo que he querido decirle y no he sido capaz. Manu se queda quieto por un instante, como si no creyera que esto está pasando, pero luego sus manos suben lentamente hasta mi cintura y me acerca más a él.

Cuando finalmente me separo, sus ojos están llenos de una emoción que me hace temblar.

—¿Esto significa que...?

—Significa que estoy cansada de resistirme a lo que siento —le digo, con la voz apenas

convertida en un susurro. —Significa que quiero intentarlo.

Manu sonríe, una sonrisa tan sincera y luminosa que hace que todo cuanto nos rodea parezca un poco más brillante.

—Te prometo que no te voy a fallar, Luz. No esta vez.

No respondo con palabras. En lugar de eso, lo beso otra vez, dejando que ese momento sea el comienzo de algo nuevo. Algo que, por primera vez en mucho tiempo, se siente como esperanza.

—Pero ahora, compañero, toca ponerse a trabajar.

Y me aparto de su lado con la sonrisa bailándome en los labios y con las ansias pintada en el rostro de él.

—¿Trabajar? No puedes hacerme eso. ¡No me dejes así, Luz!

—Ah, no… No te embales que todo requiere su tiempo —me río y cojo el bloc de notas antes de dejarme caer de nuevo sobre el sofá de su apartamento.

Por cierto, ¿no os lo he dicho?

Manu y yo estamos escribiendo juntos nuestra primera novela a cuatro manos.

A él no le queda más remedio que asentir y se sienta junto a mí, aunque más cerca de lo que suele ser habitual en nosotros.

—¿A por otro capítulo entonces? —pregunta, resignado.

—Contigo… siempre —respondo mientras siento que, por primera vez, el final feliz que ambos deseamos está a nuestro alcance.

FIN

Mil gracias por llegar hasta aquí.

Vuestras opiniones son de suma importancia para nosotros, los autores. Por ese motivo, te agradecería que dejaras tu valoración sincera.

La próxima chica que aparecerá en escena será Mara, que estará disponible para el próximo 20 de mayo, aquí tienes su enlace donde puedes reservarla a precio de preventa.

https://amzn.eu/d/9uAdv3V



OTROS LIBROS DE LA AUTORA



https://amzn.eu/d/6h9j9T4

No te enamores en la oficina

El amor no está en su lista de prioridades, pero a veces el corazón tiene otros planes.

Joe tiene dos pilares fundamentales: su hija y su trabajo. Se siente satisfecha con la vida serena y predecible que ha forjado con esmero a lo largo de los años, y no permitirá que nada ni nadie altere su apacible existencia.

Pero, ¡zas! Todo cambia cuando Enzo, un experto en marketing digital con una sonrisa cautivadora y mirada divertida, irrumpe en su vida. De repente, su mundo perfectamente equilibrado empieza a tambalearse, y lo que comenzó de manera forzada como una colaboración profesional se convierte en una atracción imposible de ignorar. Enzo la empujará a salir de su zona de confort, y Joe deberá enfrentarse a la gran pregunta: ¿está lista para arriesgarlo todo por una segunda oportunidad en el amor?

Descubre No te enamores en la oficina, una historia de segundas oportunidades y nuevas perspectivas que te atrapará desde la primera página.



https://amzn.eu/d/3PLahqr

Dama de Noche

Dama, una joven panadera sevillana, se encuentra atrapada en una relación tóxica cuando su vida toma un giro inesperado. Siguiendo a su novio a Madrid, descubre un mundo de oportunidades, pero también de opresión. En su camino se cruza con Oscar, un atractivo investigador de objetos antiguos del Museo Naval.

En medio de la quietud del museo, Dama tropieza con un antiguo manuscrito que oculta secretos del pasado. A medida que investiga, se ve envuelta en regresiones en el tiempo, sumergiéndola en una travesía de autodescubrimiento y superación personal.

"Dama de Noche" es una historia apasionante sobre el poder del amor, la resiliencia y la redención.



https://amzn.eu/d/iVP8bCJ

La Perla de Cartagena

En el exótico telón de fondo de Cartagena de Indias, Felipe Guzmán, un ambicioso escribano español, busca su destino en una tierra de promesas y peligros. Pero su llegada no solo marca el comienzo de una nueva carrera profesional, sino también el encuentro con Flora Orellana, una panadera local cuya belleza eclipsa incluso la luminosa ciudad conocida como La Perla del Caribe.

Mientras se oculta un romance prohibido, el destino de Cartagena se ve amenazado por la sombra de una flota británica implacable, dispuesta a conquistar y someter, no solo los derechos de sus habitantes, sino también el de un estilo de vida próspero y ejemplar. En medio del caos y la incertidumbre, héroes inesperados emergen: desde el valiente Virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, hasta el legendario don Blas de Lezo, cuya astucia y coraje desafían a un enemigo formidable.

¿Acaso en los momentos más oscuros se revelan los verdaderos héroes? Aventúrate en esta épica narrativa de historia, pasión y valentía, donde el amor y el deber se entrelazan en una batalla decisiva por la supervivencia.

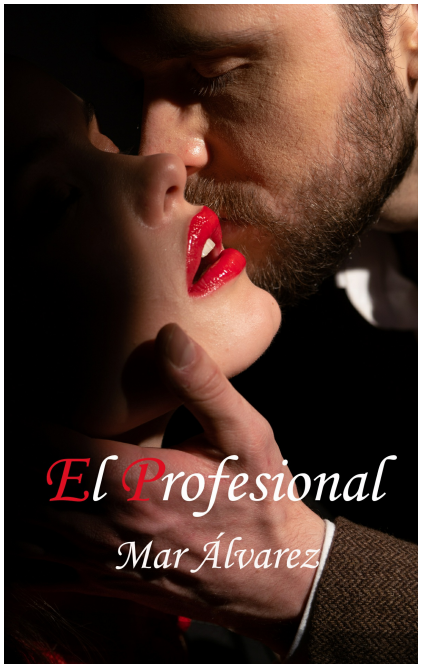


https://amzn.eu/d/bvs9Iaf

Viernes de Pecado

Un regalo sorpresa lleva a Alana a Los Viernes de Pecado, una sala en la que el anonimato es la excusa perfecta para dar rienda suelta a la lujuria, a las pasiones desenfrenadas y a los contactos clandestinos. En su primera experiencia en ese local, coincide con un hombre cubierto por un antifaz de zorro a quien de inmediato identifica como el compañero de trabajo que la trae de cabeza y, a pesar de su innata timidez, se deja arrastrar a un excitante laberinto de sexo desconocido para ella. Pero la cosa se complica cuando la química entre el zorro y ella entra en combustión, llevándola más allá de lo que iba a ser un simple encuentro sórdido y furtivo. Poco a poco descubrirá que las apariencias engañan, y que las cosas y algunas personas no son como ella creía.

Adéntrate en Los Viernes de Pecado, una novela en la que los sentidos despiertan y el amor aparece sin buscarlo.



https://amzn.eu/d/aHstYGL

El Profesional

La vida de Emma, monótona y aburrida, necesitaba un aliciente que le hiciera volver a sentir que, además de madre, seguía siendo mujer. Para ello, decide buscar los servicios de un profesional del sexo que sacuda su existencia durante unas horas y le ayude a salir del aburrimiento de su anodina vida diaria. Sin embargo, su particular Eros resulta ser una sorpresa que pondrá del revés su aposentada y tranquila rutina. Una noche de hotel. Cuatrocientos euros. Y un secreto q saldrá a la luz después de 8 largos años. ¿Te animas a descubrirlo?



https://amzn.eu/d/btjKUHE

Dos vidas para llegar a ti

Ares era un hombre feliz. Tenía todo cuanto había deseado en la vida: una familia a la que adoraba, el trabajo que siempre había soñado y una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Pero una noche, el destino se cruza en su camino y le arrebata todo cuanto tenía. Camino a Madrid para cubrir la coronación del nuevo rey, Felipe VI, sufre un accidente de coche que cambiará por completo todo cuanto ha conocido.

Varado en un mundo donde nada tiene sentido y cuyas normas no alcanza a comprender, tendrá que luchar por encontrar el equilibrio entre lo que su mente sabe que es lo mejor para aquellos que le rodea, y lo que su corazón y sus principios le dictaminan.

¿Será capaz de encontrar la armonía entre sus dos vidas sin renunciar a lo que más ama?



https://amzn.eu/d/hRQnw1B

Un Okupa en mi corazón

Sabrina, arquitecta y diseñadora de interiores, mantenía vivo un sueño desde hacía años: devolver a La Alborada, aquel palacio de cuentos de hadas sucio y abandonado que veía de niña en sus paseos, el esplendor y la belleza de tiempos pasados. Por eso, cuando la oportunidad de su vida se presenta, se aferra a ella dispuesta a conseguirlo como sea.

Sin embargo, no contaba con que la mansión de sus sueños encerrara un “regalo” inesperado: el príncipe también venía incluido con la casa y con él allí, las extrañas leyendas que corrían por la ciudad sobre el palacio comenzaban a cobrar sentido.

Nunca pudo sospechar que aquel “príncipe encantador”, en ocasiones molesto y desquiciante, pero también pícaro y divertido, consiguiera con su simple presencia que todo su mundo, sus creencias, sus objetivos y sus principios cambiaran radicalmente. Pero sobre todo, lo que nunca imaginó fue que lograra colarse en sus pensamientos, en sus sueños y en su corazón de manera irremediable y eterna.



https://amzn.eu/d/4CJJuP0

Al Sur

Una despedida de soltera... Una reunión de negocios...

La noche une a Luna y a Pablo, haciendo que entre los dos nazca la atracción y el deseo mutuo desde el primer momento. Pero ella no puede permitirse más líos de los que ya tiene, así que prefiere huir de la tentación y desaparecer sin dar a Pablo ningún dato que le permita encontrarla. Pero él no es un hombre que se rinda fácilmente. Tiene muy claro lo que quiere y ha decidido buscar la manera de encontrar a aquella joven misteriosa de la que solo sabe su nombre.

Una casualidad la pondrá de nuevo en su camino, y para evitar que se le vuelva a escapar, le propondrá un negocio que podría suponer a Luna un importante espaldarazo a su incipiente carrera como diseñadora de moda flamenca.

¿Será capaz de rechazarlo y seguir con su planificada vida? ¿O lo arriesgará todo, sacrificando su aparente equilibrio por el interés profesional?



https://amzn.eu/d/ccinGNB

Camino al Paraíso (Serie Conquista 1 – Volumen independiente)

Finalista Premio RNR-Vergara 2014. Edición 2018

Sevilla. Año de Nuestro Señor de 1.493.

Tras el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Occidentales por el ya almirante Cristóbal Colón, Javier Alonso, capitán de una de las naves que acompañarán al descubridor en su segunda expedición, está ansioso por zarpar con el deseo de formar parte del asentamiento que está previsto establecerse en la isla de La Española. Manuel Espinosa, su mejor amigo, también va a participar en la empresa colonizadora, dejando a su prometida, Mariana Balboa, en Sevilla. Pero, a diferencia de Javier, su viaje está motivado por la ambición y la codicia, no por el deseo de conocer otras culturas y nuevos horizontes.

Lo que Manuel ignora al marchar es que la joven destinada a ser su esposa es una muchacha indómita que no acepta la imposición del compromiso concertado por su familia, especialmente después de haber conocido al capitán Alonso. Decidida a conseguir el amor de Javier, Mariana inicia una intrépida aventura que romperá con los convencionalismos de la época, aún a costa de su buen nombre y el de su familia.



https://amzn.eu/d/aCX4DFW

En Busca de la Redención (Serie Conquista 2 – Volumen independiente)

Manuel es un hombre atormentado por sus fantasmas. En el pasado, viajó al Nuevo Mundo y allí cometió un terrible crimen movido por los celos y por su carácter misógino y carente de honor. Con sus fechorías les ha fallado a su mejor amigo, a la que fue su prometida y, sobre todo, al mejor hombre que ha conocido nunca, su padre.

Su mala vida le lleva a enfrentarse cara a cara con la muerte. Este hecho le demuestra que es imposible que su existencia pueda ser más indigna y resuelve que la mejor manera de saldar las cuentas que tiene pendientes con Dios es poniéndose en manos de la justicia de los hombres.

Cuando comprende que su existencia no tiene sentido y que sus malas acciones de antaño no le hacen merecedor de una segunda oportunidad, aparece un ángel en forma de mujer dispuesta a liberarlo de los demonios que le atormentan y a hacerle creer que todo ser humano, incluido él, merece la redención cuando su arrepentimiento y sus ansias de enmienda son sinceras. Pero solo tiene una manera de conseguir saldar sus viejas cuentas con el Altísimo: renunciar a ese ángel que le ha llenado de esperanza, convirtiendo la separación en su mayor penitencia.



https://amzn.eu/d/gHHQWrw

El Sendero de la Venganza (Serie Conquista 3 – Volumen independiente)

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.

La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.

El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su propósito. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que provocara, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como la atracción que lo lleva en su dirección está fuertemente en oposición con el objetivo que se ha marcado.

Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. ¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que nadie está dispuesto a transigir, y en el que los dos pierden de todas formas?

Descúbrelo en esta tercera y última parte de la Serie Conquista: El Sendero de la Venganza.



https://amzn.eu/d/eCKhKOg

Las mellizas y el fantasma del Palacio de Purullena (infantil)

Victoria ha perdido su maleta del colegio y ha ideado un plan con su melliza, María del Mar, para recuperarla antes de que sus padres se enteren. Ello las llevará a iniciar una aventura que jamás hubieran imaginado vivir, en la que deberán afrontar diversas pruebas, gracias a las cuales, conocerán a nuevos e inesperados amigos, que se convertirán en compañeros de sus peripecias.

¿Conseguirán su objetivo y lograrán recuperar su mochila a tiempo?

SOBRE LA AUTORA



Puedes seguir a la Autora en Facebook (Mar Alvarez), Instagram (@marimar02es), o en su web www.maralvarez.es donde puedes echar un vistazo al resto de sus libros

